

Gertrudis Segovia Álvarez



Mientras la nieve cae. Selección  
antológica de cuentos

Edición crítica y estudio introductorio  
Leonor Sáez Méndez

*Dykinson, S.L.*





**Colección**  
**ANDALUZAS OCULTAS**

*Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez*  
*Directoras*

*Comité Científico*

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia, Italia  
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba, España  
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia, España  
Francesca Denegri Calderón, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima  
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia  
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia  
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina  
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil  
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México  
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España  
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina  
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra  
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA  
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia  
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile  
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España



Leonor Sáez Méndez (ed.)

**GERTRUDIS SEGOVIA  
ÁLVAREZ**

**Mientras la nieve cae. Selección  
antológica de cuentos**

*Dykinson, S.L.*

2023

# Gertrudis Segovia Álvarez. Mientras la nieve cae. Selección antológica de cuentos

Leonor Sáez Méndez (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: Leonor Sáez Méndez

© De los textos: Herederos de Gertrudis Segovia Álvarez

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva María Moreno Lago

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.  
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España  
Internet: <https://www.dykinson.com/>  
E-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)

ISBN: 978-84-1170-209-6

MIENTRAS LA NIEVE CAE. SELECCIÓN  
ANTOLÓGICA DE CUENTOS

Gertrudis SEGOVIA ÁLVAREZ

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS

LEONOR SÁEZ MÉNDEZ

## SOBRE LA AUTORA

**Leonor Sáez Méndez** es profesora del Área de Filología Alemana en la Universidad de Murcia. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad de Málaga y licenciada en Filosofía por la Universidad del País Vasco. Doctora en Filosofía por la Universidad de Viena en 1999 con una Tesis sobre el paso de la estética a la ética en Kant. Pertenece a los siguientes Grupos de investigación: “Escritoras y personajes femeninos en la literatura” (Universidad de Salamanca); “Escritoras y escrituras” (Universidad de Sevilla); “Escrituras plurales: intertextualidad e interdisciplinariedad” (Universidad de Murcia). Sus principales líneas de investigación son: la literatura austriaca escrita por mujeres entre 1850-1950, los conceptos kantianos de “Esperanza” e “Ilustración” en la literatura escrita por mujeres, la literatura infantil austriaca escrita por mujeres entre 1850 y 1950 y las literaturas de habla alemana escrita por mujeres en el Tirol del Sur entre 1900 y 2020.



SRTA. GERTRUDIS SEGOVIA

Notable escritora, que ha publicado un precioso libro de cuentos  
titulado "Mientras cae la nieve"

Retrato de Gertrudis Segovia Álvarez



## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN CRÍTICA

#### SELECCIÓN ANTOLÓGICA DE CUENTOS DE GERTRUDIS SEGOVIA

1. La identificación de la escritora .....	7
2. La recepción crítica de su obra .....	10
3. Críticas a la mujer española en José Blanco White y Ángel Gavinet .....	14
4. Vida introspectiva de la autora a través de su poesía .....	19
5. Datos biográficos relevantes.....	31
6. Hadas, duendes, genios y madrastras en los cuentos de Gertrudis Segovia .....	46
6.1. Fundamentos de las tramas, recursos estilísticos y personajes.....	50
7. Referencias bibliográficas .....	58
6. Criterios de edición.....	63

### OBRA

MIENTRAS LA NIEVE CAE.....	65
Prólogo.....	67
Alapapajú.....	71
La princesita burlona. Segunda parte de Alapapajú .....	98
Quiquiño .....	128
El manto de claveles .....	154



# SELECCIÓN ANTOLÓGICA DE CUENTOS DE GERTRUDIS SEGOVIA

Leonor SÁEZ MÉNDEZ  
*Universidad de Murcia*

## 1. LA IDENTIFICACIÓN DE LA ESCRITORA<sup>1</sup>

Dentro del *Proyecto Andaluzas Ocultas* es el objetivo de este trabajo investigar sobre una escritora andaluza que por diversos motivos perdió su visibilidad. Gertrudis Segovia Álvarez no lo fue en sus inicios, pero llegó a ser una *Andaluza Oculta*.

En esta introducción que se presenta como preámbulo a los cuentos de la autora se pretende mostrar la encrucijada vital en la que se encuentra esta autora y en la que orienta sus escritos. Por un lado, están las alabanzas de los críticos literarios, en su mayoría conservadores y, por otro, las exigencias de modernización que reclaman dos andaluces de su tiempo: José Blanco White y Ángel Ganivet. En este contexto reparamos en dos cuestiones: qué llevó a la escritora a dejar de publicar a partir de 1914 y por qué fue perdiendo visibilidad en la esfera pública a partir de 1915. Qué sucedió con esta autora reconocida públicamente para que la *energía*, la *constancia* y el *amor* de las *hadas* de sus cuentos no pudieran reencarnarse en la escritora y le hubieran ayudado a no permitir su invisibilización.

En su libro de cuentos *Mientras la nieve cae...*, publicado el dieciséis de diciembre de 1912, se lee en la contraportada que tiene en preparación, en concreto, dos: *Narraciones y leyendas* y *Poemitas* (Segovia Álvarez, 1912). Lo mismo aparece en la contraportada de su novela *Juan de Mendoza*. Por ello, más claramente aún, queda abierta la pregunta, de qué pasó respecto a la publicación y escritura de estos textos de la autora.

---

<sup>1</sup> En la Biblioteca Nacional de España se encuentra un Blog en el que se pueden cotejar algunas referencias biograficas mediante los datos que aparecen en periodicos nacionales hasta 1915, fecha en la que contrajo matrimonio. <https://blog.bne.es/blog/los-cuentos-de-hadas-de-gertrudis-segovia-una-escritora-olvidada/>

A partir de los libros de cuentos solo publicó la novela *Juan de Mendoza* el treinta de junio de 1914. Esta es la última divulgación de ella en formato de libro junto a algunas poesías publicadas en la prensa conservadora tinerfeña, que irán apareciendo de forma esporádica, siendo asimismo la mayoría de ellas procedentes de su poemario editado en 1911. Por tanto, es legítimo preguntar qué llevó, contradiciendo su intención, a desaparecer del mercado editorial.

Desde esta perspectiva nos hemos preguntado cuáles fueron las categorías que los críticos y escritores utilizaron para hablar de ella y de su obra. Qué intereses, deseos y creencias constituyeron esas voces de la “autoridad” masculina para visibilizar primero y ocultar después a la escritora. Para ello hemos investigado, no solo en la prensa peninsular, sino fundamentalmente en la insular, ya que a partir de 1915 residió en Tenerife hasta su muerte.

Revisando la prensa desde finales del siglo XVIII hasta mitad del XX y las condiciones circundantes en donde la escritora nace y crece, lo primero que llama la atención es la dificultad en los críticos varones (no es el caso de María Luz Morales o de Soto y Corro) para establecer categorías que analicen las obras de sus compañeras escritoras. Desde la perspectiva masculina son innumerables los epítetos usados sobre las escritoras, pero ellos raramente tienen que ver con sus escrituras, sino que se centran en características de la “moral convencional”. No se habla de las escritoras, sino que dan perfiles ideológicos referidos a cómo “deben ser” las mujeres que quieren llegar a ser profesionales de la escritura, y qué credo deben transmitir. Esta exigencia ideológica en la autoría se aplica a la escritura femenina y no a la masculina y es un rasgo relevante para entender el ocultamiento de la obra y de la propia escritora.

Si nos remitimos a la columna en el Diario Regional, Político y Literario *La Unión Católica* en su edición del 25 de enero de 1894, firmada por Gaspar Núñez de Arce y titulada *Intermedio* se observan los siguientes datos:

CONFIGURACION SOCIAL EN ESPAÑA 1894 <sup>2</sup>			
	Mujeres	Hombres	Total
Habitantes en España			Cerca de 18 millones
Sin oficio o profesión	6.764.406	1.964.113	8.727.519
Censo agrícola	328.531	4.033.391	
Censo industrial			Insignificante
Administración pública			97.257
Pensionistas			64.000
Maestras/os y profesoras/es en enseñanzas	4 14 490	24.642	
Alumnos	719.110	1.009.810	
Medicas/os	78	20.477	
Escritoras/s	32	1.171	
Actores y actrices de teatro			3.497
Número de sirvientes	319.596	89.958	
Los mendigos de profesión	51.946	39.279	
Número de Monjas/ Número de curas y frailes	4 28.539	41.528	
Los españoles que saben leer y escribir	2.686.615	3.417.855	6.104.170

Desde estas referencias es significativo el elevado número de analfabetismo, especialmente, en las cifras referentes a las mujeres, aunque es cierto que puede haber un margen de error ya que se dan ciertas oscilaciones dependiendo de las fuentes (por ejemplo, en la de Manuel Osorio y Bernal). También es relevante la diferencia entre escritoras y escritores. Llama la atención el bajo índice que se registra de escritoras. Las causas de este número tan bajo son también complejas. Además del mayor índice de analfabetismo y falta de escolarización de las mujeres, también es conocido que algunas escritoras lo eran bajo seudónimo, o que había algunas que mantuvieron su producción

<sup>2</sup> <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/es/viewer?id=2e5e0190-d556-43e6-9cf4-47daa6d1d491>

literaria en la esfera de lo privado. Por otra parte, hay que observar la mayor dificultad de las mujeres para acceder a las editoriales, solo algunas hijas de la burguesía y la nobleza lo conseguían. A pesar de todo, es sorprendente el sesgo de género si se compara la población de mujeres en la educación en contraste con las que formaron parte de la creación literaria. Tenemos en cuenta, además, que varias maestras escribieron cuentos como materiales docentes para sus clases (María Luz Morales entre otras lo reivindican). En el caso de Gertrudis Segovia, se sabe que gozó de ciertos privilegios; primero, obtuvo parte de su formación, en el seno familiar, y, en segundo lugar, las relaciones familiares le abrieron las puertas de editoriales y periódicos.

## 2. LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE SU OBRA

Así comprobamos en Gertrudis Segovia, incluso en las referencias de sus cuentos, que tuvo un nivel formativo alto y que gozó de un reconocimiento en editoriales y prensa, por ello deducimos que las variables que facilitaron el sesgo de género en esta autora fueron fundamentalmente de carácter social, tales como en quién recaían los cuidados<sup>3</sup>. Esta demanda social iba unida a cómo entendió ella la abnegación y cómo se le propició entenderla. La abnegación es tratada en su obra como valor moral. Al tiempo que es contemplada en los sectores conservadores como modelaje de la mujer. En familias conservadoras, como era la suya, se observa la resistencia a promover los cambios sociales que estaban en el itinerario político de orientación feminista en la república. En dichas familias se obstaculizó la posibilidad de profesionalización a las mujeres, al mismo tiempo que la construcción social de la realidad mediante la prensa promueve una mujer burguesa, un sujeto *abnegado* y *sin profesión* laboral reconocida. A dichas *categorías femeninas* fueron unidas la imagen de una fuerte religiosidad y de un fervoroso patriotismo. Así la prensa y los críticos literarios conservadores de la época se sirvieron de

---

<sup>3</sup> Un dato reseñable aquí es en la diferencia entre sirvientas y sirvientes en la estadística.

Gertrudis Segovia Álvarez para hacer un ejemplo de cómo debía de ser la mujer: una mujer abnegada, patriótica, religiosa que escribía poemas, cuentos y novelas, de forma diletante y como entretenimiento. Esta era la mujer que ella representaba. De tal forma que la escritora *abnegada y no profesional*, contribuyó a la desaparición de la Gertrudis Segovia Álvarez escritora.

El nombre de la autora apareció con cierta frecuencia en diarios conservadores. Son varios los periodistas, escritores y críticos literarios que hablan en un tono poco académico y muy visceral de lo que era considerado una buena católica, española y por ende una buena poeta. Estos atributos los proclaman, con vehemencia y los defendían como muestra de calidad literaria. Su buen encaje en lo establecido es un argumento que se repite en casi todos los articulistas y prologuistas que escriben sobre ella. Entre los críticos literarios que comentan sus escritos y la calidad de la escritora tenemos a Jacinto Benavente, a Francisco Rodríguez Sagúes<sup>4</sup>, Antonio Balbín de Unquera<sup>5</sup> Federico García Anchis, un académico<sup>6</sup>. A esta pequeña representación de todos los nombres de la prensa peninsular que hablaron de ella, hay que unirle cronistas de la prensa tinerfeña especialmente desde 1914 a 1920.

Por la similitud en todos los articulistas en sus críticas sobre la escritora hemos seleccionado dos de los más de cuarenta aparecidos sobre Gertrudis Segovia Álvarez entre 1911 y 1933 en periódicos de tirada nacional y regional, especialmente tinerfeños. En todos se repite un vacío argumentativo literario. Se lee en sus artículos un argumentario en el que no se dice nada de cómo escribe la autora, ni de la complejidad de la reflexión de los textos, sino que basan sus alabanzas en argumentos ideológicos

---

<sup>4</sup> Prologuista de su libro Poesías, escribe en la *Revista bibliografica* lo siguiente: “Si el poseer un alma noble, un espíritu levantado y sentimiento generosos constituye la primera condicion para glorificarse con el nombre de poeta, a buen seguro que Gertrudis Segovia pertenece por derecho propio a los inmortales del Parnaso.”

<sup>5</sup> Artículo en la revista *Union Ibero-Americana*

<sup>6</sup> Federico García Sanchez (Valencia 1886 – Madrid 1964) fue un escritor, novelista, ensayista, prologuista, periodista que habia estudiado en la universidad Central. Miembro de la Real Academia Española, conferenciante muy solicitado, aunque él mismo se denominaba charlista.

vetustos<sup>7</sup>, tales como *abolengo, religiosidad y españolismo*. En este sentido presentamos en primer lugar una crónica del novelista, periodista y crítico literario perteneciente a una familia de intelectuales de la época, los González-Blanco<sup>8</sup>. Andrés González-Blanco en el periódico vespertino de ideología conservadora, *La Correspondencia de España* publicado en Madrid, el 18 de julio de 1911<sup>9</sup> escribe lo que sigue sobre la escritora bajo el título *LA NUEVA POETISA*:

Soy poco afecto a<sup>10</sup> las mujeres literatas. No andaría tres pasos más que de costumbre por indicar la honra ultrajada de una escritora, o, mejor dicho, *el puntillo* literario, mientras que, por la honra verdadera, por la honra moral de cualquier otra mujer, por muy vulgar que fuese, sacrificar la vida. Se me antojan poco entretenidas las escritoras. Soy un poco atávico y retrasado en este punto; lo comprendo, pero no me disculpo [...] Alguna vez, no obstante, he de hacer una. excepción a mi inexorable dogmatismo antifeminista. Con las que yo no me las entiendo, principalmente, es con los abominables marimachos de hoy, desenfadadas y libres de lenguaje, que dan asco. Pero hay escritoras y escritoras [...] Por ejemplo, esta poetisa que sale ahora a la palestra, Gertrudis Segovia, es una señorita distinguida, culta, discretísima, nada pedante, que en sus ocios aristocráticos ha cultivado la poesía, y ahora lanza a la publicidad un volumen de versos. Nada de afecciones ni de empacho

---

<sup>7</sup> Ni siquiera Benavente va a tener otro perfil como crítico de la obra de Gertrudis Segovia Alvarez, a pesar que durante esta época todavía se presentaba como republicano.

<sup>8</sup> Pues su hermano Edmundo se dedicaba a la filosofía, Pedro era también periodista y escritor. Aunque por nuestro interés investigador es su hermana Dolores Gonzalez Blanco también escritora, a la que destacaremos con una pequeña referencia. Ella nació en Cuenca en 1892 y muere en Madrid en 1963. Fue maestra e investigadora en pedagogía. Terminó los estudios en 1920. Estuvo enviada por la JAE para realizar estudios en diferentes países de Europa y colaboró en la reforma educativa española. Con la instauración de la Segunda República su participación fue activa. Tras la Guerra Civil fue depurada y separada de su cátedra. De sus investigaciones solo se publicó una obra.

<sup>9</sup> Con el título *Una nueva poetisa se publica este artículo donde se alaba a la poeta Gertrudis Segovia Alvarez.*

<sup>10</sup> En la mayoría de artículos y citas de la autora persisten los requisitos ortográficos de la época, debido a que ya no están vigentes se han cambiado en este escrito en las citas las “á” y “ó” por “a” y “o” .

femeninos en esta mujer españolísima [...] En Gertrudis Segovia, hija de un noble proceder castellano, de rancio y limpio abolengo, advierto ante todo esa nota españolista como predominante característica de mujer española. Tiene la religiosidad. Es religiosa católica a machamartillo, a la antigua española, [...] De ahí que sea su poesía, una poesía seria, sincera católica. De ahí que no pertenece a esa pléyade de poetas ultramodernos [...] Mi sinceridad crítica me obliga a decir esto, como me obliga a decir también que hay alma de poetisa en la Srta. Segovia, pues quien ha escrito el hermosísimo soneto titulado *Al pie del crucifijo*.

Reproducimos algunas estrofas del poema al que se refiere la crónica, para mostrar las referencias religiosas y los valores que la autora enaltece:

*Al pie del crucifijo*

[...] Al contemplar tus llagas conmovida, anhelo de ese  
leño desclavarte;  
a tus plantas, -; Señor, quedo rendida,  
mas nada puedo hacer: solo sé amarte.  
¡Si por mi amor, Jesús, diste la vida,  
quisiera con mi amor la vida darte!  
Al contemplar tus llagas conmovida, anhelo de ese leño  
desclavarte;  
a tus plantas, -; Señor, quedo rendida, más nada puedo  
hacer: solo sé amarte.

En segundo lugar, y en la misma línea traemos este artículo como representación de diferentes líneas editoriales de los periódicos de la época. En este caso se trata del diario *La Gaceta de Tenerife* (S/F, del 10 de febrero de 1914) donde aparece la siguiente crónica sin firmar:

La vecina ciudad escribió antes ayer una página de su historia literaria. [...] un verdadero acontecimiento [...] La culta y cristiana escritora, autora de tan bellísimas composiciones poéticas [...] la que alegra y canta a los niños con sus Cuentos de Hadas, la que llena y conforta el espíritu mientras la nieve cae Gertrudis Segovia, la primera entre las eruditas, esa privilegiada inteligencia y ese gran corazón desbordándose el domingo en la

vecina ciudad con un arte todo armonía y dulzura al Cristo de La Laguna. La concurrencia distinguida y selecta ovacionó a la Srta. de Segovia [Terminada la lectura de la poesía las autoridades y el público, en pie, tributaron a la gentil señorita un espontáneo, merecido y cariñoso homenaje de admiración y simpatía [...] el discurso del Excmo. Sr. Conde de Casa Segovia [...] Recibió una ovación prolongada y sincera. Entre el público se hacían grandes comentarios acerca de la oratoria.

Como hemos comprobado, ambos críticos consideran a la mujer en estado permanente de *minoría de edad* en su sentido kantiano del término, frente a un sentido *ilustrado*, es decir de autoría social. En ellos se muestra y se puede observar cómo se cercenan y se reconducen lo que Paul B. Preciado, en sus diversas publicaciones, denomina la *capacidad deseante*. Influyendo así en el imaginario colectivo mediante la alabanza y refuerzo de una imagen de mujer cuya *capacidad deseante* será moldeada para favorecer la reproducción del poder establecido. Se castra la *capacidad deseante* de la mujer en estos medios desde una reconducción intelectual y afectiva afines a la iglesia oficial, anejo al poder y al conservadurismo de tinte fascista; en definitiva, se le perfila en un rol próximo al poder institucional del momento. De estas editoriales en prensa y en concreto en la mayoría de los articulistas nos interesa también resaltar cómo se articula la figura paterna, una figura hegemónica. Generalmente se presenta en público a Gertrudis Segovia Álvarez en relación a él incluso cuando se presenta su obra o se aplaude una intervención de ella en público se le acompaña de las alabanzas intelectuales de su padre. En definitiva, es habitual en la prensa en general y en la tinerfeña, en particular, encontrar un enaltecimiento del padre y, posteriormente, del marido, cuando se presenta algo de ella.

### 3. CRÍTICAS A LA MUJER ESPAÑOLA EN JOSÉ BLANCO WHITE Y ÁNGEL GAVINET

Por otra parte, para completar el escenario social y literario en el que nace y vive Gertrudis y, en contraste con la imagen pública de la mujer en los medios conservadores citados, queremos

señalar la postura diametralmente opuesta de dos intelectuales andaluces, José Blanco White y Ángel Ganivet, autores que denuncian la España en la que van a nacer las mujeres sujetas a las estadísticas descrita en el cuadro presentado en páginas anteriores y de la que la propia Gertrudis Segovia Álvarez formará parte.

Estos autores, aunque promulgadores y reivindicadores de avances de igualdad en Europa, no ayudaron con sus escritos tampoco a las feministas españolas que luchaban por los cambios sociales, incluso algunas de ellas pagando con la vida. Ambos intelectuales denunciaron a las mujeres tradicionales españolas, pero sin embargo no reconocieron a sus congéneres e incluso conciudadanas su activismo intelectual por el feminismo. Pues en ellos no se hace mención de los cambios sociales demandados por mujeres españolas de la época, como son los exigidos por varias de las escritoras descubiertas mediante las investigadoras del *Proyecto Andaluzas Ocultas*. Ambos autores criticaron a la mujer española frente a las europeas como prototipo de mujer conservadora. Sus generalizaciones no ayudan a visibilizar, ni son justas con sus compañeras intelectuales feministas, que como muestran las investigaciones del mencionado proyecto y sus publicaciones representan un gran número de autoras que, a pesar de las dificultades, son capaces de defender el feminismo y sus derechos sexuales e intelectuales.

El intelectual andaluz, José Blanco White (Sevilla, 1775 - Liverpool, 1841) se exilió voluntariamente por sus problemas con la intelectualidad española de la época, a la que consideraba mediocre y especialmente intransigente, como avalaban las diferencias surgidas de él como religioso con la jerarquía de la iglesia católica. Respecto a las mujeres españolas denuncia la falta de acceso de la mujer a la cultura. Dice de su madre que había sido educada “con aquella ausencia de cultivo intelectual que prevalece entre las señoras españolas”. En este sentido encontramos en su carta segunda de 1798 lo siguiente:

¿Qué es la mera belleza si se compara con el poder fascinador de una sensibilidad exquisita? Los que son capaces de sentir este invisible encanto difícilmente encontrarán una cara vulgar entre las jóvenes andaluzas [...] Pero la naturaleza, como una madre

excesivamente cariñosa, las ha estropeado, y la superstición ha completado su ruina. La actividad de su espíritu se pierde inútilmente por falta de cuidado e instrucción, y la conciencia de su facultad de agradar excita muy pronto en ellas la idea de que en la vida sólo hay una fuente de felicidad. Si sus encantos fueran efecto de esa fría llama que arde en el corazón de las francesas, las mujeres andaluzas serían un peligro para la paz y bienestar de media parte de la humanidad. Pero en vez de ser las caprichosas tiranas de los hombres son sus víctimas.

Es cierto que José Blanco White finalmente pone la mayor culpa de la situación de todos los retrasos en la sociedad española a la religión y a la política, pero no cita la rebelión de muchas mujeres de la época, independientemente de que ellas se reconocieran o no a sí mismas como feministas:

[...] En vez de ser las caprichosas tiranas de los hombres son, por el contrario, sus víctimas. Pocas, muy pocas mujeres españolas y ninguna, me atrevo a decir, entre las andaluzas tienen el poder de ser coquetas. Si lo puedo decir sin cometer un solecismo, este vicio de la coquetería abunda más en nuestros hombres que en nuestras mujeres. Estos, a causa de su vida holgazana y de la situación en que viven, privados de todo estímulo que puede alimentar una honesta ambición por un gobierno ignorante, opresor y supersticioso, malgastan su juventud y parte de su edad madura jugando frívolamente con los mejores sentimientos del sexo débil y emponzoñando las mismas fuentes de la felicidad doméstica por el mero deseo de hacer daño. [...] Estamos peor que degradados por aquello mismo que debería servir para alimentar y promover todas las virtudes sociales. Nuestros corruptores, nuestros mortales enemigos son la religión y el gobierno (Blanco White, 1972: 72).

Esta conclusión verdadera, de que los enemigos mortales son fundamentalmente la política y la religión no justifica la falsedad de sus premisas, en las que no se recogen la oposición de las minorías ya que se contemplaban, solo al colectivo andaluz de las mujeres responsable del evolucionismo social española.

Antonio Blanco White no fue la única voz crítica en Andalucía. Ángel Ganivet (Granada, 1865 – Riga, 1898), tampoco mencionará a las feministas españolas, sino que, para

llevar a cabo su ajustada crítica social, respecto a la educación y a la formación que recibían las mujeres en el estado, estableció el contraste entre los comportamientos sociales de las mujeres españolas con las mujeres en Finlandia. Marcando en sus escritos aquellos puntos donde socialmente encuentra la diferencia entre las finlandesas y las españolas.

Escritor y diplomático granadino enumeró, según él, los que fueron los puntos de emancipación de las primeras. Tanto sus críticas, como la parte propositiva de sus escritos son muy ajustados incluso para la actualidad, pero al igual que José Blanco no reconoce el trabajo de las feministas españolas que están defendiendo sus mismas propuestas para exigir cambios sociales, como motor del avance social. Considera a la mujer española como «refractaria a la emancipación a causa de su atraso intelectual». Por otra parte, coge también un prejuicio clasista insostenible para marcar diferencias, que por otra parte no establece en el colectivo masculino, pues el restringe la emancipación a las mujeres que él considera mujeres “Excepcionales” y piensa que la liberación puede resultar ventajosa a esas «mujer excepcional» o ilustrada, pero que sería contraproducente en «las mujeres vulgares» (Ganivet, 1961: 157-159).

El retraso que nos describe es desde la reflexión sobre la mujer española en comparación con las mujeres finlandesas. Desde su residencia en Finlandia como diplomático y analista enumera los signos emancipatorios en las finlandesas. Dice en sus *Cartas finlandesas*, una obra del periodismo literario escrita en 1896, en primera edición y reeditada en 1954, que Don Juan Tenorio tenía que convertirse en Finlandia en maestro de escuela, porque Doña Inés está cargada de diplomas: «en vez de declamar tiradas de versos apasionados, tiene que discutir como un sofista» (Ganivet, 1961: 130). Otra reflexión sobre las diferencias en las españolas y finlandesas es:

A cualquier hora del día y de la noche entran y salen, van y vienen solas o en compañía. En la Universidad hay matriculadas más alumnas que alumnos, y por las calles y paseos se ven bandadas de muchachas con sus libros bajo el brazo, que en unión de sus compañeros van a sus clases o vienen de ellas; hay

licenciadas y doctoras en todas las profesiones; todo el comercio de mostrador está en manos de las mujeres; están en Correos, Aduanas, bancos y escritorios; hay barberías femeninas (Ganivet, 1961: 139).

La influencia de autores nórdicos en Ganivet se manifiesta en los análisis críticos de la posición de la mujer. Refiriéndose a la obra *Magnhild* (1877) escrita por Björnstjerne Björnson -dice diplomático español- que el escritor muestra que hay que prescindir de la moral convencional de la sociedad y atenerse a la moral humana. La mujer -añade- «tiene el derecho y aun el deber de romper los lazos matrimoniales para poner a salvo su dignidad moral» (1961: 1034 - 1037) Este cambio en lo que él, desde mi punto de vista acertadamente, denomina *moral convencional de la sociedad* implicaría, según él, “un cambio en las costumbres” que “arranque poco a poco al hombre la clave con que aprisiona a la mujer; y a la sociedad la ligereza con que le mancha la reputación, por apariencias engañosas o por hacerle pagar cara su libertad” (Ganivet, 1961: 142). Ganivet reivindica la libertad profesional para las mujeres a las que considera con iguales capacidades que los varones, aunque sus análisis sigan, en algunos casos, un argumentario de origen naturalista:

poco más o menos las cosas resultan hechas igual» (...) y el sexo es un accidente que no influye más que en el vestir y en la elección de algunos oficios que por su naturaleza exigen, ya la delicadeza de la mujer, ya la fuerza del hombre (Ganivet, 1961: 140 y 139).

En este sentido defiende la idea de que las jóvenes “hagan su aprendizaje en un oficio o en una profesión, y se preparen a vivir por cuenta propia, sin esperarlo todo del hombre”. Finaliza el texto de *Granada la bella* con un canto a lo que considera como una promesa de futuro: “la de la mujer con voluntad, con experiencia, con iniciativa, con espíritu personal suyo formado por su legítimo esfuerzo” (Ganivet, 1961: 144 y 145). Y seguimos leyendo en la obra citada:

Prosaico nos parecerá que las jóvenes hagan su aprendizaje en un oficio o en una profesión, y se preparen a vivir por cuenta

propia, sin esperarlo todo del hombre; pero hay en ese movimiento una promesa de poesía futura: la de la mujer con voluntad, con experiencia, con iniciativa, con espíritu personal suyo formado por su legítimo esfuerzo (Ganivet, 1961: 145).

Si en Blanco White observábamos su regionalismo y la crítica directas a las andaluzas, el análisis y la crítica en Ganivet se centra en la mujer española en general. Ganivet especifica por contraste con las mujeres finlandesas que los puntos centrales de la diferencia radican primero, en la confusión que hay en las españolas entre ética y moral costumbrista y en segundo lugar en la independencia económica de las mujeres finlandesas.

Frente a las reflexiones de Blanco White y Ganivet, María Luz Morales, escritora y representante del periodismo cultural, sí saca a la luz, desde otra perspectiva, a las escritoras. En sus escritos sobre la aportación a la literatura resalta que la mujer estaba llevando a cabo una buena aportación en la literatura infantil y creando nuevas propuestas literarias atractivas, cita varios nombres de sus contemporáneas entre ellos el de Gertrudis Segovia Álvarez.

En la época posterior a la República las dificultades para publicar las mujeres aumentan. A los obstáculos tanto de descalificación por críticos literarios, como por compañeros de profesión, ya a principios del siglo XX, se le unió las pérdidas materiales de los escritos<sup>11</sup> de varias escritoras. Lo que nos lleva a la consabida desafortunada situación devastadora para las escritoras, a la que hubo que sumar la dura censura franquista.

En la dictadura franquista en Gertrudis Segovia Álvarez sigue el silencio que inició a partir de 1915, a pesar de los tiempos favorables para ella por su ideología políticamente y religiosa, sin embargo, pasado los años 20 a penas se lee algo de ella o sobre ella. Como escritora raramente aparece en la prensa noticias sobre publicaciones o intervenciones en público.

---

<sup>11</sup> Entre ellas resaltamos aquí el caso de la escritora, mencionada anteriormente, Dolores Gonzalez-Blanco, republicana y defensora de los derechos de la mujer, cuyo hermano era el crítico Gonzalez-Blanco, que recordamos que “alaba señoritas distinguidas, discretísimas, nada pedante”, como se refiere a la “Señorita Gertrudis Segovia” para distinguirla de las pedantes “marimachos”.

#### 4. VIDA INTROSPECTIVA DE LA AUTORA A TRAVÉS DE SU POESÍA

Reseñas y alabanzas de la poesía de Gertrudis Segovia se encuentran en varios medios informativos y recopilaciones literarias de la época, así como en los prólogos de sus libros. Un contemporáneo Darío Rahola<sup>12</sup> reconoce su valía como poeta. Describe su poesía como tierna y delicada; lejana del modernismo. Es uno de los pocos críticos que se ha referido más a su obra que a la escritora patriótica y religiosa.

Hemos seleccionado algunas crónicas de los periódicos que festejan y exaltan su persona y, a veces, incluso, su obra. Nos remitimos a ellos para reconstruir las aspiraciones literarias de la escritora, reconstruir sus intereses intelectuales y su mundo afectivo. Hemos seleccionado especialmente prensa a partir del año 1915, fecha en la que contrajo matrimonio,

La periodista Mari Luz Morales firma en la Vanguardia un artículo titulado *De la vida del niño. LOS CUENTOS*. En él se refiere, con reconocimiento explícito, a la calidad de los cuentos de Gertrudis Segovia Álvarez, a pesar de los 10 años de silencio que separaban la última publicación de la escritora con el artículo de Mari Luz Morales. A pesar del tiempo transcurrido se le siguió reconociendo en público la belleza de sus cuentos y su calidad.

La mayor parte de nuestra literatura infantil peca por falta de sinceridad. Es literatura hecha de encargo, sin fe, sin entusiasmo, sin grandeza [...] No se ha perdido del todo, sin embargo, la amable huella de María de Francia. La siguen hoy, que nosotros sepamos, tres hadas de la narración: miss Sara C. Bryant, en los Estados Unidos; miss Jennie Lang, en Inglaterra, y, entre nosotros, la señorita Gertrudis Segovia, cuyos cuentos de hadas, tan maravillosamente bellos como poco conocidos, le han valido el renombre de «el Andersen español» (Morales, 1922).

---

<sup>12</sup> Darío Rahola dice que “Gertrudis Segovia es una escritora castiza por la forma y por el sentimiento que inspira sus poesías”. Para él la creación poética de la autora está entre Becquet y Gabriel y Galán respecto a su calidad. <file:///C:/Users/Leonor/Documents/Proyecto%20Memoria%20Andaluzas/Autonomista-Suplement-Literari-L--1-12-1914.pdf>

En este sentido, en el Blog de la Biblioteca Nacional se recoge también una cita de Jacinto Benavente procedente de la revista de Barcelona *La Hormiga de Oro* (20 de abril de 1933) donde este elogió a la escritora. Aunque en el elogio a la autora más que información sobre ellas se da de él. Pues en la cita lo que queda patente es la combinación de la ñoñería y el machismo intelectual del Premio Nobel:

Género de arte en que debieran triunfar las mujeres, si no fuera que la mayoría de las mujeres escritoras tienen muy poco de femenino. Cuando la mujer es mujer antes que escritora y antes que literata, escribe, cuenta, mejor dicho, deliciosos cuentos de niños, todos de ingenua imaginación y candoroso sentimiento. [...] El alma del Arte es alma de madre, como el alma de la Naturaleza... Sin afectación, alegre, claro, limpio, llega un libro de cuentos para niños, 'Cuentos de hadas' de Gertrudis Segovia, libro de mujer, como yo quisiera todos los libros escritos por mujeres; libro que añade a nuestra pobre literatura infantil unas flores más valiosas que joyas. Hay en él cuentos comparables en interés al delicioso 'Pájaro Azul', de Mme. D'Aulnoy, y a 'La Bella y la Bestia', de Mme. de Beaumont. Son verdaderos cuentos para niños.

Estos son solo dos de las numerosas citas que aparecen en varios periódicos nacionales y regionales de la producción literaria de la autora. Gertrudis Segovia Álvarez, al contrario de muchas escritoras de su época, como exponíamos anteriormente, tuvo una gran acogida en el inicio de sus contribuciones a la literatura, pero pronto empezó a perder su presencia como literata hasta llegar a ser olvidada. Sus escritos, cayeron en el olvido a pesar de seguir en la mayoría de su aportación literaria la máxima que Benavente llamó el *ser femenino*, es decir, un *ser femenino* al que ni se le da un estatuto intelectual o emocional propio y cuyo estatuto ontológico está sujeto a una ideología y a una función social a la que Benavente le llama *alma de madre*, confundiendo así la profesión de escritora, con la ideológica de reproductora. Nos preguntamos si a Gertrudis Segovia le fue ajena esta confusión entre la profesión de escritora y la escritura como entretenimiento, aunque no quisiera enfrentarla y enfrentarse, nos preguntamos también si fue la falta de *energía* a la que se refiere

en varios personajes de sus cuentos, para los que crea el Hada de la Energía y los ayuda a salir de la injusticia o fue la falta del Hada de la Conciencia que aconsejaba a *Quiquiño* que sus buenas acciones tendrían reconocimiento. Cuando su personaje *Quiquiño* se enfrentan al desafío del infortunio de una bruja malvada y del mal de la pereza, las hadas bondadosas le condujeron a restituir la felicidad y la equidad social consigo mismo y con sus súbditos. Sus personajes salieron airoso de las situaciones de peligro porque encarnaron la *energía* y la *conciencia* de sus hadas y duendes. A Gertrudis Segovia Álvarez deducimos que las hadas no pudieron encarnarse en ella y los muchos brujos sociales le ganaron las batallas.

Gertrudis Segovia Álvarez a pesar de mantenerse en el estatuto ideológico de Benavente se hizo una escritora oculta, que, además, dejó de publicar cuentos y novelas. Son estas las razones que nos condujeron a plantearnos: ¿Qué ideologías y cambios biográficos influyeron para que esta escritora llegase a ser una andaluza oculta y, sobre todo, que dejase de publicar las obras que incluso tenía programadas?

Para adentrarnos en su mundo interior lo haremos primero mediante la poesía y posteriormente mediante los prólogos de sus dos obras de cuentos. Intentamos a través de ellos reconstruir ese imaginario que emocionó a la escritora y que suplen en parte la pérdida de la correspondencia o confidencias de la propia autora, que seguro las tuvo, pero que me ha sido hasta la fecha imposible encontrar. Dichos materiales parecen desaparecidos.

En la poesía observamos dos tendencias: una poesía con cierta frescura y sencillez, con falta de retórica y pompa. De estas forman parte las dedicadas a su amor por la literatura, a la creación poética, o la dedicada a la crítica de la costumbre como destructora de la reflexión y la libertad. Junto a este tipo de creación hay otra que defiende un sentir patriótico y religioso, donde la ética se confunde con la moral católica y la mística con las costumbres sociales. Estas representan a una Gertrudis más anacrónicas y rancia que en las tres primeras poesías que traemos aquí como ejemplo. Nos detendremos en el contraste que se muestra en el campo de la poesía donde poemas de corte costumbrista y reflexivo contrastan con otros poemas con una fuerte carga devota y con pretensiones místicas o patrióticas. En

general coincidimos con Cansinos Assens que en su libro *La nueva literatura* no la considera una gran poetisa, pero su creación poética nos da pesquisas para rastrear su abandono en publicar sus escritos. Nos referimos que la frescura y la pasión por escribir en las poesías de esa primera época se van difuminando en un sentimiento de retiro y sumisión que no encontramos ni en el poema *la costumbre*, ni en la poesía dedicada a su hermano.

Para avanzar en estas cuestiones contrastamos, por una parte, los sentimientos que se muestran en los poemas dedicados a su padre, a su hermano, a la duda y a la costumbre, como descripción de un momento creativo donde la fuerza y la energía vital la acompañan con más furor que en las otras de corte religioso. En las primeras donde nos presenta como nace su interés intelectual, mientras que en la dedicada a la costumbre se nos muestra la duda y la crítica al reflexionar sobre las tradiciones y sus perjuicios. De ahí que, para establecer el contraste mencionado, lo hagamos con esos poemas y los religiosos y patrióticos. De estos últimos resaltamos algunos fragmentos de su Plegaria a Santa Teresa, que se encuentra manuscritos en los archivos de la fundación Juan March, y que nos revelan la deriva del refugio y repliegue a una moral católica, a una función de hija y esposa cuidadora.

Empezamos esta reproducción de los poemas con las poesías que hacen referencia a sentimientos intelectuales y pasaremos posteriormente a los religiosos y patrióticos. El primero, *La duda* es un poema que muestra la creación intelectual como resultado de la tensión entre atracción y angustia. Esta descripción del momento creativo lo expresa la autora de la siguiente manera:

Este amor de mis amores es mi dicha y mi tormento;  
el dolor de mis dolores, mi continuo pensamiento.  
¡Si tus ojos me dan la vida,  
tus labios me dan la muerte! [...]

¡Oh sentir de mi sentir,  
oh pensar de mi pensar!  
¡Maestra del buen decir,  
maestra del buen callar! [...]

Esa ansiedad que me incita  
es horrible, es batallar;  
que si la vida me quita  
la vida me puede dar. (Segovia Álvarez, 1911: 147-148)

En el poema *La Costumbre* la autora reflexiona sobre los perjuicios que acarrearán seguir a la costumbre sin cuestionarla. Se apostilla en la publicación que este poema fue escrito sobre un pensamiento de Sully Prudhomme<sup>13</sup>.

Es la costumbre una anciana  
tan osada y tan ladina,  
que si nuestro albergue allana  
al raciocinio domina.

Humilde, fiel y discreta,  
familiar de los rincones,  
nuestros caprichos respetan  
tranquila, sin objeciones.

Siempre a nuestro lado vuelve,  
destruye nuestra energía  
y en sus mallas nos envuelve  
con más fuerza cada día.

Conduce los pies del hombre  
por el sendero escogido;  
sabe sin que se le nombre  
donde va y donde ha ido.

Con firme y segura calma  
infiltra letal beleño.  
En adueñarse del alma  
cifra su tenaz empeño.

Esta vetusta matrona  
que trabaja sin ruido,  
nunca jamás abandona

---

<sup>13</sup> Este poeta francés recibió el Premio Nobel en 1901. Sus poemas tienen una carga pesimista y se observa cierta propensión en sus poemas entre la filosofía y lo científico.

al que en su yugo ha caído.

Triste del que le hace caso  
y su consejo obedece  
con su monótono paso  
la libertad adormece.

Y los que su fuerza oscura  
ganó sin descreimiento,  
son hombres por la figura,  
cosas por el movimiento (Segovia Álvarez, 1914).

Gertrudis Segovia había reflexionado, por tanto, sobre las consecuencias de resignarse y permanecer en la costumbre social y en sus prejuicios, concluyendo que esto deja a las personas sin figura humana y los transforme en cosas. Esta reflexión no ayuda a la autora a ser crítica con la costumbre a la que ella se está haciendo paulatinamente. Su ejercicio intelectual no tiene consecuencias en su biografía. Ella con mayor o menor perfección se mete en el rol de hija y esposa y sin salirse de ambos. Ángel Ganivet interpretaría aquí que Gertrudis Segovia se sujetaba a una moral convencional de la sociedad conservadora y de un catolicismo asociado al poder del estado. Esa falsa moral la llevaría “sin hacer ruido” y con “segura calma”, como leemos en su poesía, por senderos escogidos, controlándola a donde va y fue hasta adormecer su libertad. Siguiendo la costumbre sigue la directriz de los críticos conservadores que la han ido conduciendo con su aplauso. Esto exactamente es la imagen que los periódicos aplauden y nos transmiten de ella. La joven escritora se va retrayendo y dando paso a la “figura” mujer y a la “cosa” que como dice el poema solo es reconocible por el movimiento.

Ya va a quedar poco de aquella joven que asomaba en otras poesías de juventud dedicadas a su hermano y a su padre, donde les agradece el haberles despertado el amor por la literatura y por la escritura. Más concretamente en el poema dedicado a su hermano describe incluso el entusiasmo con que se inició en la creación poética en una tarde estival durante las vacaciones de él, cuando ella era una niña, dejando a un lado sus muñecas y sus

soldados con los que acostumbraban a jugar con él se inicia en el arte de hacer versos:

[...] Si, cogiendo mis muñecas,  
Intentaba hacerles trajes,  
Cosiendo faldas muy huecas,  
Con lazos y con encajes,

Tú a mi lado te sentabas,  
siempre a complacerme atento,  
y entre tus libros buscabas,  
para leerme, algún cuento.

[...]-te gusta- Me han encantado.  
-también los puedes tú hacer.  
- ¡Sí no me lo han enseñado!  
-Pues ahora vas a aprender

De muñecos desistimos,  
De soldados y labores,  
Y ser tan solo quisimos  
poetas y trovadores

Y aquel verano, dichosos,  
Tuvimos como recreos  
Escribir dramas famosos,  
fingir justas y torneos

¡Qué versos! ... ¿Tú no te acuerdas? ...  
Aún los conservo guardados  
[...] (Segovia Álvarez, 1911: 17-18).

Esta constatación de cómo se inició a escribir poesía nos muestra su frenesí por practicar este género y un entusiasmo que también se muestra cuando le agradece a su padre en el primer poema de su libro *Poesías* dedicado a él, el haberle transmitido su pasión por la poesía:

[...] No busques en mis trovas, padre amado,  
galana forma, ni potente idea:  
ecos son de mi alma, ritmo alado

Que de su fondo surge y aletea.

Tú a pensar me enseñaste  
y con tus besos  
desde niña dejaste  
dentro del corazón, muy hondo impresos,  
el sentir de la ardiente poesía [...] (Segovia Álvarez,  
1911:1-2)

La misma profundidad y entusiasmo la encontramos en su poema titulado *Poesía*. En él se refiere la escritora a la función que la escritura tiene para ella, expresa detalladamente cómo actúa la poesía sobre ella, tanto intelectual, como afectivamente. En primer lugar, el sentimiento poético no es un sentimiento sensiblero y de lágrima fácil. En segundo lugar, la poesía es un sentimiento profundo, tiene que ver con la libertad de la imaginación y con un sentimiento de esperanza, en tercer lugar, la poesía es reparadora de alegrías y consoladora de penas:

Es algo que vive, que nace muy hondo,  
que llevamos muy dentro del alma.  
[...] Ilusión que, surcando el espacio,  
a las aves les roba las alas,  
y con ellas remonta el espíritu  
por cimas doradas.  
Las tristes miserias que forman la vida  
encubre impalpable cual nube diáfana;  
¡se lleva negruras,  
y deja esperanzas!...  
Con ella nacemos, y a todos los seres  
invisible y sutil acompaña.  
¡Mil veces dichoso  
quien sabe encontrarla!...  
La hermosa Poesía  
que el hogar bendecido engalana,  
dulcifica trabajos y penas,  
tristezas amargas,  
pesares y angustias  
que son ley humana.  
[...] maridaje de ensueños y de amores,

Que ennoblece y remoja el alma (Segovia Álvarez,  
1911: 82).

En este poema se deja translucir una tendencia más intimista, junto a una tendencia conservadora más acorde con la tradición hegemónica de la sociedad donde ella transita. Esta tendencia se iba mostrando con mayor claridad en los poemas con motivos religiosos, pero sobre todo en los patrióticos, que también aparece en la obra *Poesías* citada. Las poesías que esporádicamente irá apareciendo en la prensa a partir de 1915 rezumarán más estos últimos sentimientos dominados por “una anciana tan osada y tan ladina, que, si nuestro albergue allana, al raciocinio domina”, Como leíamos en su poema *La Costumbre*, anteriormente citado es en su obra la costumbre de la sociedad conservadora la que se le impone y se le alaba en la prensa de la época. La incipiente crítica social de la autora que se puede desprender de sus párrafos denunciando lo que la costumbre nos hace no se sigue elaborando. Seguir lo rancio de la costumbre de la sociedad española tradicional, iba adormeciendo su *energía* y su *libertad*. Como ejemplo de esta influencia castrante mediante el cultivo de este sentimiento religioso expresado desde el nacional-catolicismo y no desde la mística, encontramos en los archivos de la Fundación Juan March su *Plegaria a Santa Teresa*. De la que reproduciremos algunos párrafos significativos. En ella, veremos, como se enardece el sentimiento religioso e incluso el patriótico:

[...] El siglo más grande que encierra la historia  
que a España ilumina con luz esplendente  
los actos del mundo cantaron su gloria  
con ecos sublimes de Oriente a Occidente [...]  
Las letras, las artes las ciencias, la guerra  
Sus triunfos derrochan, derrochan sus dones [...]  
También en el siglo de inmenso renombre  
Cien santos insignes dejaron su huella,  
Con letras de fuego han escrito su nombre  
Brillando entre todos, purísima estrella,  
La santa más bella [...] que admiro extasiada [...]  
Teresa la insigne que el orbe engrandece [...]  
Castilla tú el nombre de España abrillantas ¡Tu!  
Patria bendita de Santa Teresa [...]

La fe de Teresa me anime y aliente  
Remonte mi espíritu su dulce esperanza,  
Mi alma consuma su amor tan ardiente  
Su amor tan ferviente. [...]

Estos sentimientos patrióticos y religiosos son los que irán tomando fuerza en las apariciones esporádicas de las poesías que aparecen en los periódicos conservadores y de los que reforzaran su escritura mediante alabanzas y reconocimientos. Así vemos que irá desapareciendo de sus escritos paulatinamente la frescura de esas primeras poesías que describen sus inicios en la escritura y de algunos recursos en sus cuentos y en la novela de Juan de Mendoza.

Pasamos ahora en esta reconstrucción de cómo se va produciendo la desaparición de la escritora a lo que contribuyen su concepción de los roles sociales que ya van manifestandose en fragmentos de los prólogos de sus dos cuentos. En el prólogo de su libro *Cuentos de Hadas* se produce un dialogo a dos bandas entre ella y el Hada Protectora de los niños. Esta hada le hace de interlocutora a la autora para que Gertrudis Segovia exponga los objetivos pedagógicos de su obra: el fin pedagógico de su obra lo muestra a quien expone la autora va dirigido el libro: “los que serán mañana sostén de la familia, gloria de la patria y luz del infortunio” (Segovia Álvarez ,1912: 11). Salta a la vista que los parámetros que nos da como referentes indican ya la intención de la autora de que su obra sirva para formar una ciudadanía en su credo y no se centra en la psicología infantil, ni en una educación del sentimiento que tengan perspectiva crítica. Es decir, su función es la reproducción de las categorías para adoctrinar en la moral convencional de la España que asfixia y no crea espacios de libertad.

En el prólogo encontramos ya cinco objetivos que orientan su implicación tanto con el adoctrinamiento, como con una reflexión bastante clara de los objetivos del cuento, en general y de los suyos en particular. El primero, nos anuncia que sus cuentos seguirán un esquema de la lógica binaria maniquea: “Mis cuentos os demostrarán siempre la virtud recompensada y los malos instintos castigados” (Segovia Álvarez, 1912a: 11-12). El segundo, se sigue del dialogo entre ella y el lector, mediante este dialogo

se superpone la fantasía y la realidad. Los lectores cuestionan la existencia de las hadas, ella resuelve con dos argumentos, primero defiende que lo que se cuenta tiene la realidad de pertenecer a la vida de los sueños y eso no es quimérico, sino que tiene un estatuto real. Ello lo sustenta con la idea del Dios garante y con la estrofa de Calderón de la Barca “los sueños, sueños son”. El tercer objetivo es el contraste de manera simbólica entre el bien y el mal, que ella sitúa en los corazones humanos:

Además, las hadas y los gnomos si no los vemos realmente los llevamos todos dentro del corazón, puesto que en el fondo de él viven el amor, la fe, la esperanza, la bondad, la abnegación y el ensueño, que son las verdaderas hadas de nuestra existencia, las que con su prodigiosa varita nos llevan por el sendero de la virtud, de la idealidad y de la dicha. También, apunta la escritora, por desgracia existen en algunos corazones la envidia, el odio la soberbia, la adulación y la mentira, simbolizados por los brujos y las hadas malas de los cuentos (Segovia Álvarez, 1912: 12).

El cuarto es el de la trascendentalidad: “El encantamiento, no es más que la ilusión, ¡eterno más allá, de nuestro existir”. En esta concepción de lo trascendente es de resaltar que no aparece la mención a Dios para quien reserva más una función punitiva que la de garante de la esperanza. El quinto y último objetivo que detestamos, es quizás el más novedoso para la época, sabiendo de que se trata de las posibilidades de hacerse presente lo inconmensurable. Así manifiesta que el cuento revela la función de lo simbólico como puerta de la ética y cómo mediador del inconsciente, pues el cuento saca del alma lo que está cubierto en dos funciones: “No son pues, quimera las que engendra la mente en sus momentos de fantasía, sino las aspiraciones, los anhelos, las venturas, las virtudes y las pasiones que tienen un recóndito asiento en el fondo del alma humana y que salen a la superficie en formas diversas”. Termina expresando la esperanza de que: estas “¡Ojalá surgieran siempre con el sencillo ropaje de los cuentos!” (Segovia Álvarez, 1912: 13).

Esta encrucijada y solapamientos de vivencias y sentimientos que nos permiten acercarnos a ver como se construyó su vida íntima de la escritora, aunque contradictoria en algunas

descripciones, también rica en proyectos, la vamos a poner en contraposición con su vida pública, menos rica, que encontramos fundamentalmente en la prensa nacional y especialmente en los periódicos tinerfeños posteriores a 1914<sup>14</sup>, es decir, enlazamos su primera estancia en Tenerife, cuando su padre fue Gobernador de la Isla con la segunda a partir de 1915 cuando se traslada definitivamente a la isla por su matrimonio.

La vida de Gertrudis Segovia Álvarez muestra el doble sesgo al que se vieron afectadas las biografías de varias autoras que forman parte de las escritoras *Andaluzas Ocultas*. Al olvido hay que añadirle las dificultades a que se enfrentaban las mujeres para avanzar intelectualmente debido a la *violencia epistémica* (Brunner, 2022) ejercida por la cultura hegemónica. Una cultura que como es notorio estaba orientada, en gran medida, por la ideología tradicional unida al sector de la iglesia del nacional-catolicismo. El avance intelectual y afectivo quedó cercenado para muchas mujeres. Gertrudis será una de ellas, pues acogerá el mandato de género. Las ansias de escribir y de ejercitarse en la literatura como muestran haber publicado entre 1910 y 1914 un poemario, dos libros de cuentos y una novela y haber anunciado en dos contraportadas la producción ya iniciada, se sesgan, al menos en lo que respecta a nuevas publicaciones.

Además de ser olvidada como escritora, tenemos pocos datos de la biografía de Gertrudis Segovia Álvarez, de tal forma que se sabe poco de lo que íntimamente deseaba y parece que podemos saber algo más de lo que estaba predeterminada a sentir. Siguiendo la prensa, se puede observar cómo se fue construyendo su identidad de mujer conservadora y de cómo se interiorizaba y se naturalizaba la incorporación del rol de mujer. Un dato que lo corrobora es el desconocimiento de la fecha de su nacimiento, se saben las fechas de los nacimientos de su padre y de su hermano, pero no la de su madre y ni la de ella, lo que nos da una cierta información del espectro de subjetivación que rodeaba a la familia. Así solo podemos saber que la fecha de su nacimiento es

---

<sup>14</sup> El Blog de la Biblioteca Nacional anteriormente citado en la nota a pie de pagina 1 habla que se pierde información de ella a partir de 1914. Esta información podemos encontrarla en diversos periódicos de corte conservador en las ediciones regionales.

posterior a 1872 ya que es esta la fecha que reza de nacimiento de su único hermano, Fernando. Entre otros datos recogidos también lo deducimos, a través del poema dedicado a él, mencionado anteriormente.

Hasta la investigación que se inicia dentro del proyecto de *Andaluzas Ocultas* la fuente más asequible sobre ella y que llama la atención sobre la autora es el citado Blog de la Biblioteca Nacional de España. Donde una afortunada e interesante aportación de Antonio García Jiménez hizo despertar el interés por la escritora y por su obra. En dicho Blog apunta el autor que: “Apenas se sabe nada de esta autora salvo algunas noticias en la prensa de la época, pese a haber publicado cuatro obras y ser elogiada por sus escritos literarios, incluso por el premio Nobel Jacinto Benavente”. Basándonos en estas fuentes y en la prensa, fundamentalmente, tinerfeña, entre 1914 y 1945, fecha de su muerte, hemos podido observar, como hemos mostrado en el apartado anterior, que la escritora no pudo desprenderse de las convenciones sociales y de sus orígenes sociales y religiosos. A través de las apariciones en prensa y de testimonios de familiares hemos podemos testificar que vivió como una mujer perteneciente a una órbita masculina limitativa que como diría Carmen Martín Gaité la presentaban como el ángel del hogar, incluso como escritora.

## 5. DATOS BIOGRÁFICOS RELEVANTES

Como hemos visto en los poemas dedicados a su padre y hermano hay en Gertrudis Segovia Álvarez una necesidad intelectual de cierta complejidad, sin embargo, en los poemas dedicados a temas religiosos y patrióticos veíamos que la reflexión y la necesidad intelectual se difumina en favor de una moral convencional con unas posiciones anacrónicas y vetustas de patrones femeninos. Lo que podría interpretarse como rasgo característico de su procedencia noble y burguesa.

La vida de la autora transcurre en un periodo donde los cambios políticos, sociales e ideológicos en España se suceden con gran rapidez. La España desde la que se escribe la historiografía de género en general, muestra exceptuando incuestionables escritoras, un roll femenino altamente

determinado por el culto a la figura femenina que Gertrudis Segovia Álvarez representaba.

Por vía materna se conoce que su madre Natalia Álvarez Guijarro pertenecía a una familia de la nobleza. La familia materna contaba con un fuerte patrimonio por parte del padre de ella, procedente de la herencia de Medina Pomar. Por vía paterna, se sabe que el título nobiliario del padre de Gertrudis Segovia Álvarez era reciente<sup>15</sup> provenía de su abuelo, Gonzalo Segovia, político y fundador del Banco de Sevilla, con negocios en Argentina. Los negocios fueron heredados por el padre y posteriormente por el hermano de Gertrudis<sup>16</sup>. Antonio Gracia señala que su abuelo fue diputado y alcalde de Sevilla, recibiendo el título de Conde de Casa Segovia de manos de Alfonso XII por los servicios prestados para la restitución de la monarquía. Su padre Gonzalo Segovia Ardizzone nació en Cádiz en 1837 y murió en la Laguna, Tenerife en 1925, donde se había trasladado a vivir con su hija y su yerno tras retirarse, unos meses después que contrajeran matrimonio. Estudió derecho y era un reconocido erudito. Fue miembro de la Real academia Sevillana de Buenas Letras, también ocupó cargos en la administración, fue diputado en las cortes y gobernador civil de Toledo, Santa Cruz de Tenerife y de Gerona.

La estrecha relación entre padre e hija se puede seguir desde la infancia, como queda manifiesto en el primer poema de su libro *Poesías* anteriormente citado. Posteriormente de esta estrecha relación da cuenta la prensa de la época donde se dan noticias de las intervenciones de ambos en actos oficiales y en tertulias literarias, sobre todo en la prensa tinerfeña entre los años 1914 y 1925, aunque el testimonio más claro de esta fuerte unión la podemos leer en la carta que la escritora le dirige a Guillermo Fernández Shaw, con fecha del 5 de octubre de 1925. Tras

---

<sup>15</sup> Gonzalo Segovia Laurez solicitó y se le concedió el título en 1985, lo ostentó hasta 2021 fecha en la que fallece siendo solicitado posteriormente por su hija María Pía Segovia Romero en 2022, lo que implica la quinta generación según figura en la dirección que citamos: [https://es.wikipedia.org/wiki/Condado\\_de\\_Casa\\_Segovia](https://es.wikipedia.org/wiki/Condado_de_Casa_Segovia)

<sup>16</sup> Debido a ello Gertrudis pasó unos años en la Argentina. Algunos poemas recogen su añoranza a España. Esta experiencia quedó también reflejada en su novela *Juan de Mendoza*.

agradecerle el pésame, añade “¡Ya calculará cómo estoy! V [Usted] sabe muy bien la unión tan grande que hubo siempre entre mi padre y yo ¡No puedo consolarme!”. Su vida intelectual se redujo a los círculos literarios donde el padre y la familia gozaban de influencias. Tras la muerte del padre la aparición de ella en la vida pública se reduce notablemente, especialmente como escritora.

Gertrudis Segovia no tuvo una formación académica, por tanto, no pudo lograr la independencia económica de tener una profesión, por otra parte, esto le reportó, quizás, que parte de su poesía, pero principalmente de su prosa, no fuese totalmente determinada por discursos académicos baldíos, como era el caso de algunos colegas varones con los que tenía relación, como hemos visto anteriormente. No hay mascarar bufonas de discursos elocuentes en su producción literaria, se habla mayormente de los sentimientos cotidianos elaborados mediante la reflexión en un campo de una moral costumbrista conservadora y retrograda. La escritora sigue el destino de las hijas de la aristocracia a las que no se les educaba para trabajar. La escritura en ella parece formar parte de un ornamento de una “señorita”, aunque también hay rasgos en la prosa y en poesía, como hemos visto, de una necesidad intelectual de comunicar, de elaboración del razonamiento y de una pretensión pedagógica. En su obra es constatable una cierta demanda de reflexión, así como en sus personajes se manifiesta una exigencia de dignidad y de responsabilidad social, también se trata la duda, el miedo y la angustia, destaca que sus personajes masculinos lloran cuando se quiebra su seguridad.

Mientras que en el artículo del Blog de la Biblioteca Nacional de España se recoge el inicio de la escritora en el mundo literario a través de las diferentes publicaciones en prensa, la prensa tinerfeña entre 1914 y 1938 da cuenta de la vida social y privada de la escritora. El primer dato sobre el que queremos recaer es sobre la frecuencia de aparición. Un dato que nos muestra cómo se va haciendo la escritora cada vez más *oculta*. Se observa que en 1914 hay veintiocho entradas en la prensa donde aparece en un acto social unido a actividades literarias, sin embargo, en 1915, año en que en abril contrajo matrimonio, aparece once veces y así irán paulatinamente disminuyendo sus apariciones

hasta que a partir del 1918 solo se encuentran 5 menciones y a partir de 1929 solo 2. La última poesía que aparece de ella en un periódico es en 1929.

Interesante no es solo la disminución de la presencia y ocultamiento en la esfera de lo público tras su matrimonio, sino las funciones en las que aparece generalmente citada. Si habitualmente su presencia en la prensa como escritora iba acompañada de la referencia, e incluso de las alabanzas a su padre<sup>17</sup>, a partir de su matrimonio serán padre y marido las figuras de referencias para hablar de la escritora. En varias ocasiones aparece su nombre como anfitriona de fiestas familiares, aunque ni siquiera se le reconoce su individualidad. La prensa tinerfeña conservadora reproduciendo los patrones sociales no le reconoce identidad propia, ni siquiera en algo tan personal como era la celebración de su onomástica. Observemos cómo da la noticia la *Gaceta de Tenerife* de su onomástica (S/F, 16 de noviembre de 1918): “Ayer día de Santa Gertrudis, celebró su santo la distinguida dama, Excma. Sra. D<sup>a</sup> Gertrudis Segovia de Guigou, esposa del reputado doctor Diego Guigou, e hija del Excelentísimo señor Conde de Casa-Segovia”. La escritora se difumina en favor del arquetipo de esposa e hija. El siguiente patrón que reproducirá la prensa a partir de 1915 es el de esposa caritativa y abnegada, formando parte activa en los actos organizados por la Acción Católica Española. Las últimas apariciones de Gertrudis Segovia Álvarez en prensa serán como doliente albacea de la memoria de su padre y de su marido.

¿Qué sucedió a partir de 1914 para que la autora dejase de publicar? ¿Qué posibles conflictos se dieron entre la vocación de escritora y las obligaciones que se desprendían de un mandato de *moral* convencional? ¿Qué pasó con los proyectos de publicación

---

<sup>17</sup> A modo de ejemplo citamos una noticia de un artículo de *La Gaceta de Tenerife* (S/F del 4 de febrero de 1904) con el título *Fiesta de cultura* en el que se puede leer lo siguiente: “El Domingo tendrá lugar en los elegantes salones del Ateneo de la Laguna una fiesta de la cultura [...] un verdadero acontecimiento. Tomaran parte los siguientes: Gertrudis Segovia, que leera unas hermosísimas poesías de la que es autora, el Sr. Conde de Casa Segovia que pronunciara un grandilocuente discurso [...]”. En <https://jable.ulpgc.es/jable/gaceta.de.tenerife/1914/02/04/0001.htm?palabras=4+febrero+1914+gertrudis+segovia>

que enumera en su libro de cuentos *Mientras la nieve cae...* y en su novela *Juan de Mendoza* que están en preparación? En la prensa conservadora local de Tenerife, lugar donde fija su residencia primero como hija del gobernador y luego como esposa del renombrado Doctor Diego Guigou se encuentran algunos datos que pueden dar información sobre los motivos del abandono de su profesión como escritora. Por una parte, sabemos que Gertrudis Segovia Álvarez se inicia en la escritura muy joven. Entre los testimonios que tenemos sabemos que dio un recital de poesías en Argentina, en la Embajada española de Buenos Aires, el 18 de junio de 1897 con motivo del cumpleaños de Alfonso XIII. El periódico lo recoge de la siguiente forma: “La Srta. Gertrudis Segovia recitó un monólogo que conmovió a los circunstantes” *La Época* (S/F, el 18 de junio de 1897. pág. 2). Si este fue uno de sus inicios en recitales de poesía y de la cobertura por la prensa, no fue menos notoria para la prensa conservadora el enlace matrimonial y su llegada a la isla ya casada. Ambos acontecimientos tuvieron una gran cobertura mediática. Recogemos algunas de las múltiples noticias en prensa sobre su nuevo estatus social. El *Diario de Tenerife* (S/F, 8 de abril de 1915) el recoge la noticia de la boda: “ayer se efectuó en Gerona el enlace de nuestro querido amigo el Director del Hospital de Niños don Diego Guigou, con la distinguida e ilustrada señorita Gertrudis Segovia, hija del exgobernador civil de esta provincia Sr. Conde de Casa Segovia”. En el diario *El Progreso* (S/F, 10 de mayo de 1915) en el apartado *Carnet de sociedad* recoge su llegada a Canarias: “Ayer regresó de la Península nuestro querido amigo el reputado médico D. Diego Guigou y su distinguida señora esposa D<sup>a</sup> Gertrudis Segovia”. A partir de estas fechas no se encuentra ningún libro de ella publicado, solo irá apareciendo en noticias, en las que se combinan algún acto con lectura de poesías o la publicación de alguna poesía con su firma, también aparece en actos sociales formando parte de *La Asociación Caritativa de la Infancia*. La prensa siguió reconociendo durante largo tiempo su potencial literario, pero no aparece la reseña de ninguna publicación. No cesan las alabanzas y los reconocimientos en los periódicos, aunque hay que apuntar que las noticias relacionadas con sus intervenciones literarias siguen estando, incluso después de su matrimonio, más unidas a la

presencia con su padre, que con su marido. Ya que el Conde de Segovia, según recoge la prensa, volverá a Tenerife en noviembre del 1915 y se quedará a vivir con su hija y su yerno. Significativo es en este contexto que a partir de la muerte del padre la frecuencia de su aparición en prensa baja notablemente.

Es interesante conocer algunos datos de la persona pública que fue su marido con el fin de ir desentrañando algunas causas que contribuyeron con total seguridad a que no continuara su carrera profesional de escritora. Para obtener datos sobre a biografía de su marido Diego Guigou Costa son varias las fuentes investigadas, tanto periódicos<sup>18</sup>, como datos biográficos aportados por Bernardo Cabo Ramón<sup>19</sup> en su Blog con el título *Diego Guigou Costa 1861-1936*, así como testimonios obtenidos de la memoria de vida, es decir por los nietos de él.

Diego Guigou Costa se trasladó a estudiar medicina, música y literatura en 1882 a Cádiz. En esta época formó parte del Círculo Literario, en el que Alejandro Lerroux García (1864-1949) también estaba. En 1887 termina la carrera y se traslada a Madrid, entró seguidamente en el cuerpo de Sanidad Militar. Pasaría por Cataluña y en 1892 se traslada ya a Santa Cruz de Tenerife. Su trayectoria profesional fue exitosa y socialmente comprometida, por ello contó con un fuerte reconocimiento social desde el principio. Por su labor durante la epidemia de cólera morbo que hubo en Santa Cruz en noviembre y diciembre de 1893, donde fallecieron un gran número de personas, incluidos niños, recibió un diploma de agradecimiento y al año siguiente le concedieron la Cruz de primera clase al Mérito Militar con distintivo blanco. En 1895 se le nombró médico primero del Cuerpo de Sanidad Militar en la guerra de la independencia de Cuba, siendo médico en el hospital de la Habana. El 10 de febrero de 1896 vuelve y se instala definitivamente en Tenerife. En 1898 se incorpora como médico civil, inclinándose por las especialidades de Obstetricia y Pediatría. En mayo de 1899 contrae matrimonio con Rafaela Costa Izquierdo, que era su prima hermana, por línea materna.

---

<sup>18</sup>Son varias las fuentes periodísticas que se refieren al hospitalito, destacamos aquí la noticia que recoge recuerdo en el aniversario de sus 120 años, escrito por José Manuel Ledesma Alonso en el diario *El Día* de 23 de mayo de 2021.

<sup>19</sup> En labibliografía se encuentra el enlace de acceso.

Con ella tuvo siete hijos (uno de ellos fallece). En 1912 fallece Rafaela Costa Izquierdo<sup>20</sup>, de una peritonitis a la edad de 33 años, cuando regresa a casa de los oficios religiosos, informan varias fuentes periodísticas. Contrae nuevas nupcias en abril de 1915<sup>21</sup>, como habíamos mencionado, con Gertrudis Segovia, en la Catedral de Gerona. Dicha boda tiene una amplia cobertura mediática que se inicia ya con la salida del médico hacia la península para casarse<sup>22</sup> y acaba con la reproducción del telegrama de la bendición apostólica del Papa recogidas por la prensa que da cobertura de la celebración de la boda.

Respecto a los cargos ostentados por el marido, se coteja que Diego Guigou Costa fue presidente del Ateneo de Tenerife, miembro de la Comisión creada con motivo de la creación de los cabildos insulares. Fue presidente de la Real Academia de Tenerife entre 1918 y 1935. Entre 1900 y 1936, fecha de su muerte, son frecuentes y afectuosos los artículos que aparecen sobre él en la prensa tinerfeña. Todos ensalzan su personalidad carismática. A modo de resumen de las crónicas periodísticas reproducimos aquí el semblante que aparece en la revista semanal *Gente* (20 de julio de 1900) y que representa el tono de admiración mantenido en la prensa hasta la fecha de su muerte:

Bastante Joven aún ha realizado la labor de un viejo. Diego Guigou es de los que trabajan sin descanso, con ese impulso casi

---

<sup>20</sup> “A causa del fallecimiento de la distinguida Sra. esposa del ilustrado doctor Guigou, el entusiasta Centro «Liceo de la Juventud», ha suspendido la velada que tenía anunciada para el 20 del corriente”. En el periodico *la Opinion* (S/F, 19 de enero de 1912).

<sup>21</sup> Las fechas del día de la boda oscila en la prensa del momento, pero todos coinciden en el mes y año. E, en el Blog citado no Cavo Ramon se da el 18 de abril, en el Diario de Tenerife se da el 6 de abril, en el diario el progreso se da el 8 y en el diario la Opinion el 7.

<sup>22</sup> *La Gaceta, El Diario de Tenerife, El Progreso y La Opinion* dan cuenta de la boda. “El sábado se embarco para la Península el Dr. don Diego Guigou y Costa, para contraer matrimonio con la señorita Gertrudis Segovia”. En el *Diario de Tenerife* (S/F, del 15 de marzo de 1915). Según la prensa fue un acontecimiento de gran importancia, de la que se cuenta que durante la ceremonia se recibió la bendición del Papa a la pareja. Es curioso también que la madrina de la boda fue la primera presidente de la organización que sostenía el Hospital infantil.

instintivo de los hombres que han ido descubriendo paso a paso los secretos de la muerte para emplearlos como armas poderosas en defensa de la vida [...] Guigou tocaba el violín con bastante perfección [...] Como Médico bien lo conocemos todos y orador de sanas ideas y persuasiva lógica ha dado no pocas muestras desde las tribunas del Gabinete Instructivo. Sus trabajos sobre la construcción de un barrio obrero llevaron mucha gente a los salones de aquel Centro, como la hubiese llevado—de ser públicas las sesiones de la Academia Médica—su disertación notable sobre El Alcoholismo, que es la obra más reciente de Guigou [...] Tal es Diego Guigou como Médico, como hombre de Letras y como artista.

Seguimos encontrando en la prensa que, en 1918, ayuda a que se establezcan los Tribunales Tutelares de Menores. En el mismo año y hasta 1935, es nombrado presidente de la Real Academia de Medicina, de Santa Cruz de Tenerife. Fue presidente del Ateneo, presidente de la comisión pro-Parque García Sanabria, caballero de la Gran Cruz de Beneficencia con distintivo morado. Palmas Académicas de la Medicina de París. Uno de los fundadores del Conservatorio de Música de Santa Cruz de Tenerife, fue también concejal por Santa Cruz de Tenerife. Comisario Regio de la Escuela Náutica, Miembro de la Comisión por la unión Santa Cruz y La Laguna. Miembro de la Comisión para la construcción del Aeropuerto de Tenerife. Reconocimiento internacional, tales como The Brithis Medical Journal de Londres, La Revue de Therapeutique de París, Archives de Médecine des Enfants de París. Escribió además varios libros de temas médico. En 1935 se retira de sus cargos por su enfermedad cardíaca, pero sigue publicando trabajos en revistas médicas de Madrid, Canarias y en la prensa especializada.

A pesar de todos estos cargos su legado más importante, leemos en varias fuentes, fue la creación del hospitalito para niños. En 1900 en una sesión extraordinaria del Gabinete Instructivo, Diego Guigou Costa presentó su proyecto de construcción de un centro benéfico, un Hospital de Niños, advirtiendo que tanto enfermeras, como médicos tendrían que presentar sus servicios de forma gratuita. En España en la fecha solo había dos centros pediátricos hospitalarios, uno en Madrid y otro en Barcelona, con lo que la novedad de la propuesta es

contundente. Se formó una comisión (para que se vea la importancia de los vínculos cito nombres y cargos) integrada por don Patricio Estévanez y Murphy, director del Diario de Tenerife y del Gabinete Instructivo, don Ángel Crosa y Costa, secretario del Ayuntamiento de Santa Cruz y don Diego Guigou Costa. Dicha comisión fundó la *Asociación Caritativa de la Infancia niño Jesús* para la construcción del Hospital que atendió a los niños sin recursos económicos. Para ello se constituye una asociación de carácter caritativo para sostener el Hospital de Niños.

Entre los componentes de la administrativa del Hospitalito figuraban Carmen Monteverde Cambreleng, como presidenta y como vicepresidenta. Rafaela Costa de Guigou, es decir su primera mujer y él era el médico-director. El 26 de mayo de 1901 se inaugura el centro en un edificio cedido por la Sociedad Económica Amigos del País, las Hermanas de las Siervas de María son las encargadas del cuidado de los niños y en 1920 fueron sustituidas por las Hermanas de la Caridad hasta que cerró el hospital en el 2000. Su financiación corría a cargo de ayudas del Ayuntamiento, Casino, Obispado, Sociedad, periódico Gente Nueva y la de muchos particulares. También se instauraron luchas en comercios y se celebraban actividades benéficas. En 1906 fallece Carmen Monteverde Cambreleng, le sucede su hija, Carmen Hamilton Monteverde en la presidencia de la Institución. La relación entre Diego Guigou Costa y ella debió ser estrecha ya que no toman la función de madrina de su segunda boda ninguna mujer de la familia, sino Carmen Hamilton Monteverde; aunque ella no pudo asistir personalmente actuó en su representación Manolita Carreras de Coll, casada con el alcalde de Gerona del momento. Cuando el 15 de julio de 1936 falleció Diego Guigou Costa, la dirección del centro fue asumida por su hijo, Diego Matías Guigou, ayudado por Miguel Estarriol Hamilton, como jefe de Pediatría e hijo de Carmen Hamilton Monteverde. Tras este periplo de interrelaciones es interesante observar el ingente número de cargos y trabajos que ostentó su marido, unido a los fuertes vínculos con la elite política de las islas.

Volviendo a Gertrudis Segovia Álvarez sabemos, por la prensa, que en noviembre de 1915 su padre, que como

mencionábamos anteriormente, había permanecido en la península, se trasladará de nuevo a Tenerife a vivir con el matrimonio. Residió con ellos hasta su fallecimiento el 22 de agosto de 1926, como reza en la esquila mortuoria, su hermano y familia no asistirán al sepelio. Se sabe, que, a pesar del tiempo y la distancia, el contacto con él y con sus sobrinos se mantuvo hasta la muerte. Como mencionábamos anteriormente Gertrudis Segovia fue activa en la *Acción Católica Española* cuya misión fundamental fue el adoctrinamiento de mujeres y niños, unidos a labores caritativas. Esta actividad toma fuerza en la prensa tras su matrimonio. Gertrudis Segovia Álvarez también formará parte, como la primera mujer de Diego Guigou, de la Junta de Damas del Hospitalico, aunque su posición no sería tan destacada. Así vemos que en la crónica de Atilano Santos de la *Gaceta de Tenerife* del 8 de enero de 1922 aparece una reseña con el título *Día de Reyes en el hospital de niños* en la que se lee un párrafo con el título *poesía y caridad*. En él se reconoce el arte poético de Gertrudis, ahora como el aderezo a la figura y al trabajo del marido:

En nuestra visita de anteayer tarde al Hospitalito pudimos apreciar cuan enlazadas marchan la Poesía y la Caridad, ejemplo elocuentísimo de ello fue para nosotros el que nos ofrecieron las Sras. de la Asociación Caritativa, entre las que figura la inspirada por la poetisa doña Gertrudis Segovia de Guigou. Esta distinguida dama, a quien, durante nuestra estancia en el Hospitalico tantas finuras y atenciones tenemos que agradecerle al unirse espiritualmente con el Dr. Guigou, también lo hizo con su santa obra del Hospitalico.

Son varias las entradas en los periódicos a partir de 1915 que hablan de esta función de ella, la cual aparece con frecuencia ligada a otra función la de acompañante y anfitriona de su marido. Si nos retrotraemos apenas un año, a 1914, fecha en la que se publicó el libro de *Juan de Mendoza*, una novela con un gran componente autobiográfico es significativa su concepto del matrimonio de conveniencia. En este contexto nos interesa observar la reflexión de la escritora sobre el matrimonio en la trama de su novela. Describe la autora una reunión, donde se

habla de las estrategias para volver a casarse de Matilde, una viuda de la que todos creían había heredado una gran fortuna por parte del marido. La protagonista de la novela, Elena, también escritora, como la autora, pero de un estrato social humilde opina lo siguiente:

[...] casándose, nada gana, todos sabemos que su marido era muy rico, y, al morir, según me ha confiado ella, la dejó por única heredera de su fortuna. En cambio, pierde su libertad, y sólo el amor puede compensar de este sacrificio a una mujer independiente como Matilde (Segovia, 1914: 282).

Ella indudablemente no sopesó las consecuencias de esta reflexión en su propia vida, por ello en este punto nos preguntamos: ¿Qué habría hecho de su vida Gertrudis Segovia Álvarez si hubiera tenido una profesión y un salario? A través de la prensa y de testimonios de quienes la conocieron, inducimos que la escritora enredándose en éticas axiológicas, en una moral convencional de la sociedad, como Ganivet denunciaba en *valores* costumbristas y sus *degeneraciones* practicó en su vida una supuesta generosidad y abnegación que respondía a la presión que sufrían las mujeres en el espacio público, recluyéndose como hijas, esposas y madrastras.

El diario *El Día* editado en Santa Cruz desde 1938, publica el 31 de mayo de 2009 una entrevista realizada por la periodista Cristina Álvarez a Doña Rafaela Guigou con motivo de su 103 cumpleaños. Se inicia la entrevista con “La hija de Diego Guigou Costa, fundador del Hospitalito de Niños, celebró su cumpleaños el día 26. [...] con mil y un recuerdos sobre su infancia, su adolescencia y su madurez [...]” (Álvarez, 2009). Fue la sexta hija del primer matrimonio de Diego Guigou Costa con su primera mujer. Gertrudis Segovia Álvarez se casó con Diego Guigou Costa cuando Rafaela Guigou tenía 6 años. Dice en la entrevista que su infancia estuvo marcada por la muerte de su madre. De su padre habla con cariño y respeto, contando anécdotas de su preparación intelectual y humana y de los consejos que les daba. A Gertrudis Segovia Álvarez, por el contrario, simplemente se le menciona, en esta entrevista, con el dato, de ser la segunda mujer de su padre. No se añade nada más,

aunque ella formó parte de su infancia. A la escritora y madrastras se la ignora. No se le concede lugar en la familia.

Las memorias de vida que gracias a la gentileza y gran amabilidad de nietas y nietos de Diego Guigou Costa he tenido acceso, dejan un semblante de Gertrudis Segovia Álvarez de una mujer huraña, distante, que se negó a cumplir el papel de madre con los hijos del marido y, posteriormente, de abuela con hijos de ellos. Familiarmente se la conocía como la *tía Gertrudis*. Excepto uno de estos testimonios considera que la falta de empatía con los hijos de Diego Guigou y sus nietos se debiese a su frustración por no haber seguido la carrera de escritora. Los demás concuerdan en ver a una mujer que no amaba a los niños, lo que sería contradictorio con las aseveraciones de la escritora en los prólogos de sus cuentos. En ellos no solo manifiesta ella el cariño que dice tener a sus sobrinos. En el primer libro de cuentos se lee en la dedicatoria lo siguiente:

Queridos míos ya que la distancia que nos separa me impide entreteneros con alguna de esas fantásticas historias que tanto divierten a los niños, este modesto libro os las contará por mí, llevándoos entre sus páginas el inmenso cariño que os profesa vuestra tía.

En el segundo volumen leemos la siguiente dedicatoria: “Es mi mayor anhelo divertirlos con sus fantásticas historias y conseguir que a un mismo tiempo aprendáis a leerlas y a querer a la que sin conoceros os ama tanto”.

Según estos testimonios de vida, en el domicilio de los Guigou ella no amaba a los niños de la familia y pasaba el día encerrada en su habitación escribiendo, estas son las palabras con la que varios de ellos la describen. Las nietas del marido que la conocieron la recuerdan como una “dama” ya mayor con un bastón cuya empuñadura era la cabeza de un negro que cuando se apoyaba en ella sacaba la lengua. Describen como poco acertados los regalos que preparaba para ellos en navidad.

No nos ha sido posible hasta la fecha saber qué producía la autora encerrada en aquella “Habitación Propia” en la que la recuerdan escribiendo constantemente. Desafortunadamente esos escritos producidos por Gertrudis Segovia Álvarez no han sido

publicados, al igual que la correspondencia que se sabe que tuvo por esa época con intelectuales y amigos, y se supone con su hermano, ni tampoco la conservan los familiares con los que se ha contactado. Por tanto, lo que podemos conocer de su obra a partir de 1915 son las publicaciones en periódicos regionales mayormente, poemas de corte religioso, patriótico rancio, o de admiración por la voluptuosidad de la naturaleza tinerfeña y los testimonios de vida citados. Tras la muerte de su marido, según los citados testimonios, abandonó la vivienda familiar y se trasladó a un piso familiar con varios objetos valiosos de su propiedad<sup>23</sup>. El resto de su patrimonio personal y que quedó tras su muerte, fue enviado también a su hermano y a sus sobrinos, con los que siempre mantuvo una relación cariñosa como ya se mostró en la dedicatoria de los libros de cuentos, que según dichos testimonios de vida se mantuvieron hasta su muerte. Durante la última parte de su vida padeció demencia y algunas de sus posesiones desaparecieron. Su hermano, al que no había visto desde su ida a la Argentina, sí acudió al entierro de Gertrudis.

Los críticos de sus obras ya sean poesía, cuentos o novela, construyen un símbolo de ella como estereotipo femenino de mujer bondadosa, piadosa y virtuosa, donde la abnegación es la virtud cultural más sobresaliente de sus personajes y, por ende, de la autora. Se nos presenta así un dilema, por una parte, a una mujer a la que se le considera autora solo cuando educa el sentimiento de sus lectores en los roles socialmente asignados a la mujer y ayuda culturalmente a reproducir dicha sociedad, al mismo tiempo es dicha estructura social promovida por ella la que la axfisia y la frustra como escritora y como mujer. La crónica de F. Ramos en el diario conservador *La Región* de Santa Cruz de Tenerife del 23 de enero de 1914 sobre Gertrudis Segovia Álvarez es ejemplo de ello. F. Ramos describe lo siguiente:

---

<sup>23</sup> Según las mismas fuentes contaba Gertrudis con una selecta pinacoteca en la que había, incluso, pinturas de Rubens. Según testimonio de la familia, estas pertenencias fueron enviadas por la familia Guigou a Gonzalo Segovia a la Argentina.

[...] los *Cuentos de hadas* de la genial y cultísima escritora [...] Los cuentos prodigiosos y admirablemente confeccionados por la brillante pluma de la señorita Gertrudis Segovia, [...] Loable empresa, magnífica idea fue la de tan preclara dama, quien, al realizar tan meritísima labor, ha «logrado repartir el tesoro de su ingenio portentoso entre niños y hombres, donando grato solaz a los primeros, dulces emociones de plácidas añoranzas a los segundos y sanas lecciones de virtud a ambos.

Tanto en sus cuentos como en la novela sus personajes femeninos terminan logrado ser felices por haber sido mujeres virtuosas. Pero además logran la felicidad ejerciendo de reinas y construyendo una familia con al menos dos hijos. Pero no solo en la ficción, también en la realidad cree ella que la felicidad es consecuencia de la virtud. En la citada carta de Gertrudis Segovia a Guillermo Fernández Shaw del 5 de octubre de 1925 expresa al respecto:

Ya sé que es V. [usted] muy feliz y que tiene una mujer encantadora y unos niños preciosos. Todo esto, lo mismo que sus triunfos literarios se lo merece el hijo modelo que consagró a sus padres su primera juventud con la abnegación más amante que haya jamás existido y que en los días finales fue el consuelo de su santa madre (Segovia Álvarez, 1925).

La superposición entre ficción y realidad en el sentimiento de felicidad de Gertrudis Segovia Álvarez pone de manifiesto que esta es fruto de la abnegación y de esas virtudes que tanto dicen de ella los críticos literarios. Las consecuencias de quienes practican las virtudes es la forma de asegurarse la felicidad. Felicidad de la que goza Guillermo Fernández Schaw. Él se mereció el éxito profesional y el tener mujer e hijos, ambas cosas son los componentes de ser muy feliz. Siendo el garante divino, Dios, el que la otorga. Si nos basamos ahora en el elemento fantástico, observamos que, en el cuento *El Manto de claveles*, que se recoge en esta antología, rompe la autora el elemento maravilloso interpelando al lector. Fragmenta la ilusión que gesta la fantasía con otro elemento, para ella real, que es garante de la

felicidad, es decir, “Dios”, él es el último responsable de distribuir esa felicidad.

¿Existió el tiempo dichoso,  
en que de un hada el poder  
amparando al virtuoso  
lograba al malo vencer? ...

No, mis lindos lectorcitos,  
Mas seguid del bien en pos;  
que, si las hadas son mitos,  
existe inmutable Dios.

Dios, que de ternura lleno  
Otorga vida y salud,  
Dios que protege al que es bueno  
Y que premia la virtud.

Así pasamos de las hadas a la virtud y de ahí al garante divino para obtener la recompensa final, es decir, la felicidad.

Esta última estrofa sigue la lógica de la carta dirigida a Guillermo Fernández Shaw “es V. [usted] muy feliz [...]”. La razón de su felicidad fue el haber sido buen hijo y por tanto el premio divino es que tiene éxito profesional y que tiene una mujer encantadora y unos niños preciosos. Todo esto, lo mismo que sus triunfos literarios se lo merecen por haber sido el hijo virtuoso, un modelo, pues consagró a sus padres su primera juventud con abnegación. De aquí derivamos dos conclusiones, la primera, la abnegación de Gertrudis esperó una recompensa que no llegó, porque probablemente se alejó su vida mucho de su deseo. Nada por lo que ella considera a Fernández Shaw haberla alcanzado, ha logrado obtener. Ella fue también una hija abnegada, pero ni consiguió acceder a la maternidad biológica, ni seguir como profesional exitosa. La segunda conclusión se refiere al espejismo de ese imaginario colectivo que tiene que ver con la violencia simbólica que la cultura hegemónica provoca, es decir, entender la felicidad, por un lado, desde el estado de casado y padre de dos hijos, por otro lado, entender la ética, como ética heterónoma fundamentada además en la lógica binaria sustenta desde una

estructura de valores en las que las categorías de análisis son la de virtuoso o malvado regida por el dios garante y castigador.

Desde Weber sabemos que las éticas axiológicas pueden confundirse con morales-costumbristas. Los modelos que Segovia Álvarez sigue ayudan a reproducir y producir una identidad patriótica y subalterna más que a crear prácticas de libertad, como diría Paul B. Preciado. El modelo que entraña la autora se ancla en el estereotipo de mujer sujeta por un catolicismo castrante que sigue un modelo jerarquizado en el que la función de la mujer se reduce a la posición de sierva de un señor divino o humano.

Por tanto, su experiencia vital muestra un fenómeno contradictorio por antonomasia, ya que cuánto más inflaron y proclamaron su éxito de escritora la prensa, más redujeron sus posibilidades y su *energía* para avanzar profesionalmente como escritora. Las hadas de la prensa actuaron muy diferentes a las de sus cuentos. Las cinco categorías que usó la prensa para identificar a la escritora son aparatos de control social simbólicos para impedir que la “esposa de” o “la hija de” deje lugar a la escritora. La propia prensa la ponía en lugares castrantes de la libertad. Interesante es reflexionar sobre el dilema de cómo la prensa construye una “identidad de escritora exitosa”, al mismo tiempo que la exigencia del propio éxito que presentan lleva para la mujer implícito el cercenar sus posibilidades de ser y seguir siendo escritora. Un dilema que está en la sociedad de la época y en la prensa conservadora, pues en vez de denunciar este dilema, lo normalizaron. La prensa que la encumbró no se hizo eco de las dificultades de una mujer para encajar una identidad de mujer con un estatuto intelectual o emocional propio, y se refirió a ella solo como “la acompañante de” que además es escritora. Este fue el poder de la prensa que mediante técnicas de subjetivación normativas ayudó también a llevar a Gertrudis Segovia Álvarez a la ocultación. A pesar de su notoriedad al principio otros caminos, diferentes a los de sus compañeras, pero con igual resultado, o sea el del ocultarla, hicieron que la escritora abrazase la *Costumbre*, y esta como ella sabía, “con firme y segura calma infiltra letal beleño”, evitando, de este modo que llegara a ser una escritora profesional.

Incluso no solo se le oculta como escritora, sino que también como ser humano. Mientras que de su padre y marido hemos encontrado las esquelas mortuorias, de ella no me ha sido posible encontrar ninguna en los periódicos.

#### 6. HADAS, DUENDES, GENIOS Y MADRASTRAS EN LOS CUENTOS DE GERTRUDIS SEGOVIA

Parece una motivación de la escritora el vincular su obra a su familia: su libro *Poesía*, está dedicado a su padre; su novela, *Juan de Mendoza* la dedicó a su hermano Fernando Segovia Álvarez. Este nació en 1872 en Sevilla y murió, después de ella, en Buenos Aires en 1954. Los dos libros de cuentos de Gertrudis Segovia los dedicó a sus sobrinos, los hijos de este hermano que también residieron en la Argentina y a los que no conoció personalmente. Sorprende que de toda la familia sea solo su madre la que no cuente con una obra dedicada, lo que refuerza la hipótesis de que haya parte de su obra posterior a 1915 que se haya perdido. Sí se cuenta con un poema dedicado a ella en su poemario y donde habla de su madre como una pérdida inconsolable, podemos contemplar la posibilidad de que hubiese alguna obra dedicada a ella y que haya desaparecido.

En su poesía vemos una ideología muy influenciada por el credo religioso y el patriótico, aunque advertimos también rasgos o pinceladas de una reflexión con cierta complejidad, donde se muestra una tibia posición crítica y una vaga libertad. En los cuentos va a ocurrir lo mismo. Algunos de sus personajes, incluidos los personajes femeninos, como es el caso de *la Princesa Burlona*, y más especialmente el de el personaje de *la Gacela* en el cuento que lleva este nombre, aparecen jóvenes que son confrontadas con situaciones que tienen que resolver ejerciendo una cierta libertad, este personaje de princesa metamorfoseada en Gacela lo hace para oponerse a un marido deshonesto. La princesa lo abandonó por su deshonestidad y se llevó a su hijo, iniciando así el proceso iniciático de mujer libre.

Destaco estos casos ya que, aunque van a ser las princesas, donde los roles tradicionales de pasividad y sometimiento a la norma social y religiosa van a ser más representativos, son ellas también, en algunos casos, las que inician el rito de transición.

Constataremos en las historias de la autora, que tanto los personajes masculinos, como algunos femeninos, ejercen su libertad al hacer ritos de transición.

Desde la última década del siglo XX, se hizo más visible la producción literaria de las escritoras, entre ellas están las literatas de cuentos infantiles y juveniles Elena Fortún, Magda Donato, Lola Anglada, etc. Como observábamos, Gertrudis Segovia formó parte de esta incorporación de mujeres a la autoría literaria. *Para los niños, cuentos de Hadas y Mientras la nieve cae ...: Nuevos cuentos de hadas*, fueron publicados el 2 de enero y el 16 de diciembre de 1912 respectivamente. En el volumen que aquí presentamos, recogemos cuatro cuentos del total de ocho, que componen el segundo volumen.

Las relaciones familiares, indudablemente, facilitan a Segovia Álvarez el acceso a las editoriales y a la prensa, pero tras sus cuentos y poemas podemos afirmar que no fue solo eso. Anteriormente llamábamos la atención respecto al argumentario de Blanco White y de Ganivet oponiéndonos a sus generalizaciones respecto a la *intelectualidad femenina* española, en nuestro sentido traemos este artículo de Luis Alba, contestando a un periodista de la época:

Con lo dicho creemos dejar suficientemente demostrado que el feminismo intelectual no es tan precario ni tan ruin como el articulista asegura; y que la Nación española, lejos de ser un erial infecundo y desolado, en lo que a intelectualidad femenina se refiere, es un campo florido y feracísimo donde brotan en profusión exuberante plantas multicolores y lozanas, que esparcen en nuestro ambiente como un aroma sano de pureza del que estamos muy necesitados (Alba, 1909: 518).

Luis Alba ya apunta en 1909 la necesidad de no perder de vista dos posicionamientos diametralmente opuestas que estaban en la cultura española enraizadas a finales del XIX y primera quincena del XX y por ende en las escritoras. Me refiero a la corriente que persiste en el ideario conservador-tradicional y a otra corriente defendida por Carolina Soto y Corro, que tratan de buscar

originalidad y ruptura con lo establecido <sup>24</sup>. Gertrudis Segovia Álvarez, como hemos ido documentando pertenece al primer grupo. En el prólogo de su primer libro de cuentos expresa no solo cuál es su intención, sino que muestra y articula una intención de obediencia y sumisión a la moral costumbrista de la Iglesia católica y del posterior *nacional catolicismo*. Se confiesa como una mujer modosa y humilde que se deslinda de las *marimachos* a las que se referían algunos de los críticos de su obra y como corroboran los siguientes párrafos sacado de los prólogos de sus cuentos:

Que vuestras lindas boquitas [...] que jamás ruegan en vano pidan a los señores críticos que no las lean, pues nada contiene pueda serles agradable. No hallarán galas retóricas, ni pintorescas descripciones, ni profundidades filosóficas: eso os aburriría y este humilde libro es todo vuestro. Formando sencillas historias con las que intento divertirlos [...] como adoro a los niños [...] me quedé dormida hallándome de pronto transportada a un magnífico jardín [...] Contemplaba en sueños Tan hechicero paraíso cuando divisé a una preciosa jovencita [...] ¿quién eres? [...] me apresuré a decir mi nombre y lo que tan ardientemente deseaba y ella respondió:

-Dios te ha favorecido al traerte hasta aquí. Soy el Hada Protectora de los Niños [...] No encontrareis en ellos, como anteriormente os he dicho, galanas frases, ni pedantes filosofías, ni aun siquiera enseñanzas históricas; no intento instruiros, para eso ya tenéis a vuestras maestras y a vuestros profesores. Quiero solo divertirlos dejando en vuestros tiernos corazones la semilla del bien (Segovia Álvarez, 1912:10)<sup>25</sup>.

Esta declaración aparentemente ingenua y humilde se colija con el texto, donde los fines pedagógicos y la defensa de la moral tradicional se promulgan abiertamente y se tematizan.

El contraste en el estilo de mostrar la intención de la escritura de Gertrudis Segovia Álvarez es diametralmente opuesto al de la poeta, dramaturga, narradora y articulista Carolina Soto y Corro,

---

<sup>24</sup> ALBA, L., «En defensa de la mujer» *El Album Iberoamericano*, XXVII, 44, 30 de noviembre de 1909, p.518.

<sup>25</sup> Segovia Alvarez., Cuentos de Hadas. Madrid, imprenta de España, 1912.

por ejemplo. En la editorial de la publicación con la que se inaugura el semanario *Asta Regia* (que lleva el subtítulo de Ciencia, letras, artes e intereses locales) aporta una declaración de intenciones mucho más directa y defensora de la Ilustración:

Una mujer es la que va a emprender tan difícil tarea; difícil, cuanto que son muy pocos los que se disponen a ayudarla. Pero nuestro deseo es grande y muy particular el espíritu que nos domina. Fomentar la educación de la juventud estudiosa, de esa juventud que nace ávida de conocimientos, y que tanto necesita el impulso de una mano atrevida para seguir adelante por el camino del progreso [...] El objeto de nuestro periódico es como ya hemos dicho, prestar nuestros esfuerzos en pro de la Literatura Jerezana y facilitar el camino en cuanto nos sea posible con nuestro asiduo trabajo, a la Ilustración y al Progreso (Soto y Corro, 1880: 1).

Efectivamente, aunque los géneros donde se expresaban diferían, sin embargo, sus objetivos pedagógicos coinciden. Los contenidos, por el contrario, variaban totalmente y las formas expositivas aún más. Se proponen educar el sentimiento para ser sujetos de cambio social, caso de Carolina Soto y Corro o, por el contrario, se promulgaba el mantenimiento de las estructuras conservadoras de la sociedad española, caso de Gertrudis Segovia. Estas diferencias se plasman cuando comparamos a Carolina Soto y Corro, María Teresa León, E. Fortún etc., con Gertrudis Segovia y también en los periodistas que escriben sobre ellas. De tal forma encontramos una colaboración del diario *la Correspondencia de España* firmada por Alberto Segovia, una de las múltiples reseñas que se encuentran en el mismo tono en periódicos regionales y nacionales del cuento de Segovia Álvarez *Mientras la Nieve cae ...* El crítico hace hincapié sobre el doble fin que persigue la autora: un fin sentimental y otro moral. Al respecto expone:

Pues bien, una ilustre escritora, la Srta. Gertrudis Segovia ha emprendido una labor literaria interesantísima en España cultivando el cuento de hadas, con el cual se realizan el fin sentimental y el fin moral. He aquí el doble aspecto estético-ético de los cuentos de esta mujer, cuya cultura extraordinaria y

singular talento colocan su nombre entre los más distinguidos intelectuales españoles [...] Estos cuentos, modelos en su género, verdaderamente ejemplares, superiores a los mismos de Andersen, prueban la portentosa imaginación de su autora.

#### 6.1. FUNDAMENTOS DE LAS TRAMAS, RECURSOS ESTILÍSTICOS Y PERSONAJES

E. Gómez Baquero en el periódico *Imparcial* del 25 de marzo de 1912 destaca también el fin moralista de la escritora axiológica. Se trata, por tanto, de cuentos que giran alrededor de valores morales. No todos cierran con una moraleja explícita, pero todos invitan a una reflexión de carácter moral. Los valores y sus vicios tendrán corporeidad en hadas, genios, duendes, brujos o brujas respectivamente. Estas figuras intermedias ejercen de aliados de la moral. Parte de los cuentos siguen el esquema de los cuentos maravillosos. Lo novedoso que tienen es la vinculación entre la bondad y la justicia social (*Enriquillo el poeta*). En esta reflexión, Gertrudis diferencia entre caridad y justicia social, como veremos más adelante.

La avaricia, el miedo a lo desconocido, la holgazanería, la burla, la codicia son castigados y recompensados o restituidos a través de procesos iniciáticos, de astucia, de ingenio, de audacia, de abnegación, de la fidelidad, de la compasión y la caridad, la nobleza y la generosidad. Mujeres y hombres pueden salvarse y restituir los daños o agresiones causados mediante el proceso iniciático (la Princesa Burlona, la Gacela, Quiquiño) donde la niña o el niño dejan de ser *consentidos* y elaboran una *autonomía* y responsabilidad para volver a sus lugares de origen y transformarse en ciudadanos. Las figuras masculinas representantes de la valentía realizan sus hazañas, a veces, con lágrimas en los ojos, algunos son descritos con lloros inconsolables, lo que choca con las figuras masculinas de otros cuentos maravillosos. Sugerente es también que el orden que restituye el príncipe no solo lo hace con el fin feliz del matrimonio, sino con la distribución de la felicidad a los súbditos, lo que implica, dice la autora literalmente *bajar los impuestos*. “Gonzalo llevó a palacio a los antiguos leñadores, que le habían servido de padres, disminuyó los impuestos, revocó las órdenes injustas del conde Timoteo de Serafín y, en una palabra, en

Illopus renació la perdida palabra” (Segovia Álvarez, 1912: 206). La autora sigue los roles sociales tradicionales, aunque los valores tienen que cumplirse indistintamente por ambos sexos: Ricardo, el protagonista del Alapapajú, que representa la fidelidad, es valiente y la princesa sólo paciente. Si bien, la princesa es raptada y embrujada, transformada en un autómata, como forma de venganza del brujo, lo peculiar del encantamiento es la distinción que hace la autora respecto a las capacidades adormecidas en la princesa. Así leemos que Ricardo esta triste pues al ver aparecer a su amada, observa que esta no muestra ninguna emoción al verlo Las figuras intermedias como son los duendecitos le participan que no se preocupe si su prometida no muestra alegría en su presencia, pues se debe a que está encantada, “el mago ha dormido su inteligencia para que no piense; su memoria para que no recuerde; su corazón para que no sienta”. Si recordamos el cuento de *Blanca Nieves*, por ejemplo, esta distinción no aparece, simplemente se presenta a la princesa dormida, aquí la autora demarca y proporciona una distinción en el estado de encantamiento distinguiendo en el concepto de encantamiento tres niveles; un encantamiento en el conocimiento, en el sentimiento y en el recuerdo.

La maldad del brujo de los Pistachos precisa de varias generaciones para restituir el orden. La lealtad, la constancia en la creencia de los principios para no abandonarlos, la valentía y la astucia logran quitarle al brujo ciertos poderes pues se necesitarán varias generaciones para acabar con sus maleficios y los de su loro don Trombolin, de ahí la necesidad del siguiente relato: La Princesa Burlona. Esta historia presenta nuevos retos para salvar a una princesa caprichosa y soberbia Edelmira<sup>26</sup>, que ha cambiado el amor que servía de puente entre los súbditos y los monarcas, creando una relación de miedo. Su hermano Fernando<sup>27</sup> y su noble amigo Mirtildo, futuro rey, son los que toman la responsabilidad de liberarla del embrujo y devolverla a la sociedad. Mirtilo y Edelmira comparten el Hada Graciosa. Graciosa es la que limitó el despotismo de Edelmira. La bondad

---

<sup>26</sup>El nombre viene de athal miru significa "de nobleza insigne"

<sup>27</sup> Recordamos que los cuentos son dedicados a sus sobrinos y que su hermano se llama Fernando.

de Fernando y su astucia lo lograrán con la ayuda de su amigo. Para llegar a peligrosos recónditos lugares, al igual que otros personajes del cuento por otras causas menos nobles, tendrán que sufrir metamorfosis. Transformaciones de las que el héroe deberá salir victorioso en varias pruebas para poder liberar a su hermana. Un elemento que recogen los cuentos maravillosos.

En los cuentos tercero y cuarto parte la trama con la visita al pueblo de las magas de la buena y mala suerte. Ambas escogen hospedarse en dos familias diferentes con lo que las vidas de esas familias quedan sentenciadas. La familia Mombón hospedaron a la mala suerte. Era esta una familia que prosperaba debido a su bondad, pero la visitante le trae la desgracia. La posibilidad de salir de ello tras varias generaciones la reivindica la madre de Quiquiño, su madre le advierte, que el problema ya no es solo la mala suerte, sino la resignación a ella que se ha encarnado en la familia bajo la forma de apatía y abatimiento. Estos sentimientos no dejan romper el ciclo de la mala suerte. Es interesante el planteamiento de esta trama, donde la lucha con la pereza y la desilusión por los golpes de mala suerte se superan por la esperanza, la valentía y con la ayuda del Hada de la Energía. Todos ellos lograrán que la felicidad y la justicia se impongan a la avaricia y a los orgullos y vicios. La esperanza refrena a la venganza y a los miedos, pero no eternamente. De ahí la secuela. Pasados trescientos años la mala suerte vuelve a caer en los descendientes de la familia de *Joaquín de Mombón. Gonzalo*<sup>28</sup> de *Mombón*, siendo todavía un bebé, es el único que es salvado de la familia tras un incendio producido por causas sobrenaturales en su palacio. Solo se salva un bebe, sobre el que recaen las maldiciones de la desgracia. Este es protegido por el *Hada Melinda* que se lo da en adopción a un matrimonio de leñadores y por la *Reina de las Hadas*. La trama se monta en cómo salvarlo y conseguir que se le restituya su condición de príncipe para que a su vez los súbditos recuperen su tranquilidad e incluso su dignidad. En paralelo en el *reino de Camelengo* se está produciendo otra injusticia con la futura princesa, movida por la negligencia de su padre y su malévola madrastra (la trama es parecida a Cenicienta). A Elvira la madrastra quiere quitarle los

---

<sup>28</sup> Recordemos que su padre se llamaba Gonzalo.

derechos al trono, que hereda con la muerte de su madre. Mediante peligrosos retos de amor, fuerza e ingenio se probará que Gonzalo que es digno del amor de Elvira a la vez que heredero de la ciudad de Illopus. El cuento se centra en la superación de la avaricia por la bondad, en el amor y la gratitud.

Los capítulos de sus cuentos reciben, con frecuencia el nombre de virtudes o vicios: *la tentación*, *el bien* o también son nombres propios que crea la autora. Uno de los duendes, que aparece en el cuento de *Alapapajú* y en la *Princesa Burlona*, se llama Pirindongo que, según el Diccionario de la Real Academia Española, se refiere al varón que lleva una vida irregular o inmoral; aunque en los dos cuentos es un personaje con características de bufón y representa una cierta generosidad ya que la ejerce con un determinado egoísmo, los duendes son seres intermedios del bien, no tienen el poder de las hadas, ni la generosidad y visión del devenir de estas. Ellas restituyen el orden moral sin interés propio, los duendes no y aparte estos pueden sufrir el poder de fuerzas malignas.

En el libro se mezcla la prosa y la poesía. Respecto a la estructura y organización de los cuentos, el volumen empieza con la dedicatoria a sus sobrinos a los que quiere regalarle este cuento para que se inicien en la lectura y aprendan a leer con ellos, como ya mencionamos. Una voz omnisciente los irá interpellando en varios momentos de los relatos. El cuento se inicia con un poema de cuartetos con palabras muy simples y con una rima muy fácil de retener. En ellos la autora desvela que los hechos que presenta son maravillosos, pues no son historias reales, pero sí tienen realidad porque enseñan los puros ideales y estos sí que son reales y además siempre salen victoriosos. Sorprende en estas estrofas la capacidad que Gertrudis muestra para usar la estética como camino de la ética, es decir, creando una estructura del “como si esto pasase”, lo que implica estar en un mundo imaginario, en el cual los personajes ejercitarán los valores y lograrán que al fin mediante esta ejercitación imaginaria se puedan consolidar. Este recurso pedagógico se va a repetir en los dos sentidos, tanto en el de velar, como en el de desvelar, o sea, tanto en velar una situación de maldad, como en el de desvelar una bondadosa. Por otra parte, será también un recurso estilístico pues la autora mezcla los dos mundos: el real y el fantástico, los superpone y

entrecruza, según la dinámica de la situación. De ahí ese juego e interpelación con el lector que mencionábamos. La autora remite al lector en la antepenúltima estrofa del poema que la virtud está en ellos y que su importancia es el ser base de la justicia, por tanto, Gertrudis Segovia insta aquí que la justicia tiene que tener una base ética lo que no es cuestión fácil cuando nos retrotraemos a la realidad.

En la penúltima estrofa del poema también nos desvela que la vida no es fácil, que nos preparemos para una vida que nos marchitará con el dolor, por ello hay que no desaprovechar los disfrutes que la ingenuidad de la infancia nos provee, pues en los corazones que el dolor aún no ha marchitado se puede ver un mundo mejor y tener ilusión. En el penúltimo cuarteto del poema, es el más triste y quizás el que más revela su propia historia, en cierta medida, visiona la escritora su vida, ya que solo la infancia es épocas de alegrías y a partir de ahí el corazón se marchitará por el dolor del mundo que le tocará vivir. Aquí resuena el contraste de la alegría que tienen los poemas dedicados a su padre y hermano con las informaciones que recabamos en la memoria de vida y que reproducíamos en el apartado tres. El último cuarteto, por el contrario, es esperanzador, nos retrotrae a su poema *poesía* y a los dedicados a la descripción de su infancia, a los dedicados a su padre y hermano donde la fantasía lleva a la alianza de la esperanza con la luz de la poesía.

Otro recurso con el que la autora capta la atención son los juegos de palabras y los modos de estructurar las frases de un duende cuyas frases cuando está nervioso no tienen concatenación lógica, dice palabras sin sentido, especialmente confunde las causas y los efectos, es decir una frase es: “Somos muy Trombolinos con el infame desgraciado” y lo que quería decir es “somos muy desgraciados con el infame Trombolino”, por lo que recibe el nombre de Batiborrillo. Esto aviva la atención del lector y es un recurso ocurrente. Ello junto a elementos satíricos referidos a nombres agilizan la lectura del cuento, dan pistas de los valores que se tratan, crean suspense y son divertidos.

Otro recurso que también crea suspense e intriga son el uso de las metamorfosis, en la princesa Burlona donde el *Genio de las Transformaciones* ejerce estos poderes mediáticos. Por último,

usa la autora adivinanzas. En el cuento *El Manto de Claveles* se pone como reto el resolver las adivinanzas, esto aviva también la atención y el entretenimiento.

Algunos personajes reciben nombres de su familia: Fernando, Gonzalo, también son fuente de inspiración los nombres de la mitología, otros lo reciben de los personajes mitológicos con funciones diferentes a los que recoge la tradición. Los diecisiete años suelen ser un punto de inflexión para los personajes. La bondad y la generosidad son transversales para hombres y mujeres. Sorprende la autora con el desenlace del cuento *El Manto de Claveles* donde la reina *Elvira*, regala su reino, herencia de su madre y que había conseguido con tanto esfuerzo y tenacidad, como muestra de agradecimiento, pues es donde estaba el elixir que servía para proteger el manto de claveles del *Hada Melinda*.

A pesar de que hay diferencia en los roles masculinos y femeninos en este volumen de cuentos, y especialmente en los cuatro aquí seleccionados, se trabajan los valores como propios de dinastías y no tanto de individuos. La abnegación, lealtad, la fe, la dignidad, el esfuerzo, el arrojo, la paciencia, la laboriosidad, la constancia, la nobleza, la prudencia y la generosidad se distribuyen entre los géneros, si bien la virtud máspreciada especialmente en las mujeres es la abnegación. En *Juan de Mendoza* es ella la virtud de su protagonista por excelencia (recordemos que es la obra autobiográfica). La valentía es el rasgo más virilizado. Aunque las princesas sean pasivas y precisen del príncipe que las libere, cuando son liberadas no son solo consortes como es el caso de *Elvira* o de la princesa *Burlona*. Ellas son artífices de la felicidad colectiva. De tal forma se dice “Gonzalo y Elvira vivieron largos años muy felices [...] adorados por sus vasallos. Sus hijos heredaron sus virtudes y perpetuaron la noble dinastía de los Mombón” (Segovia Álvarez, 1912: 207)

Después del recorrido por su obra y por su biografía la conclusión que cierra mi reflexión es que Gertrudis Segovia Álvarez fue víctima de la violencia epistémica. Su padre, su hermano y su marido pudieron trazar una vida pública y una proyección laboral exitosa y compaginarlos con una familia, donde ella fue un personaje central para el sostén de ese anclaje “feliz”, mientras que ella siguió un concepto de *abnegación* que

la llevó a realizar su escritura como profesión de escritora, sino que la redujo a una actividad de *ocio* y de distinción social. La autora creó un imaginario de un *deber-ser* sujeto a una cultura patriarcal, moldeándose en aquella persona imaginaria que define Andrés Gonzales-Blanco como el *deber-ser* de la *Srta. Gertrudis Segovia*:

fue una señorita distinguida, culta, discretísima, nada pedante, que en sus ocios aristocráticos ha cultivado la poesía, y ahora lanza a la publicidad un volumen de versos (la escritura no es para ella una profesión, por tanto, nos deja claro el crítico). Continúa el crítico. Nada de afecciones ni de empacho femeninos en esta mujer españolísima [...] En Gertrudis Segovia, hija de un noble proceder castellano, de rancio y limpio abolengo, advierto ante todo esa nota españolista como predominante característica de mujer española. [...]. [El rasgo nacionalista]. Tiene la religiosidad. Es religiosa católica a machamartillo, a la antigua española, [...]. Por último, se presenta a la iglesia como garante de toda esa definición.

Es indudable que Gertrudis Segovia Álvarez no pudo o no tuvo la fuerza de resituarse como aquellas de sus compañeras que se alejaron de las convenciones sociales que asfixiaban a las mujeres. La prensa, la carga de la educación familiar, la influencia de la institución eclesiástica, su sentido de ejercer los cuidados, de la abnegación, etc. influyeron en la retroalimentación de la construcción de una mujer que se dejaba encasillar en una órbita limitativa patriarcal. Los periódicos dan cuenta de una mujer sometida a un código de valores encasillados en la moral convencional. Gertrudis Segovia Álvarez a pesar de sus deseos, que veíamos en la poseía dedicada a su hermano y a su padre publicada en 1910, no accedió a la profesión de escritora, como otras tantas *Andaluzas Ocultas*; pero sí contribuyó a ejercer la reflexión y educar en una cierta autonomía intelectual a otras mujeres con sus cuentos<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> María Luz Gomez escribe tres cuentos de hadas. El tercero aparece publicado el 22 de junio de 2016. En el prologo puede leerse: “Los cuentos vienen inspirados en los relatos de Gertrudis Segovia que escribía a principios del 1900 [...]”

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBA, Luis (30 de noviembre de 1909). En defensa de la mujer. *El Álbum Iberoamericano*, XXVII, 44,
- ÁLVAREZ, Cristina (31 de mayo de 2009) “103 Años de Buen Humor”. *El Día*. Recuperado de <https://www.eldia.es/santacruz/2009-05-31/15-anos-buen-humor.htm> [Fecha de consulta: 10/04/22].
- BALBÍN DE UNQUERA, Antonio (1910) “*Poesías*” *Unión Ibero-Americana*, p. 25. Recuperado de <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0028346577&page=25> [Fecha de consulta: 20/07/22].
- BLANCO WHITE, José (1972). *Cartas de España*. Madrid: Alianza.
- BLANCO WHITE, José (2005). *Semanario Patriótico*. Granada: ALMED
- DE SEGOVIA, Alberto (8 de enero de 1913) “La conquista del Ensueño”. *La Correspondencia de España*. Recuperado de <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0000659213>.
- DE SOTO Y CORRO, Carolina (26 de enero de 1880). “De ciencias, artes e intereses locales”. *Asta Regia*. Recuperado de [Hemeroteca Digital. Biblioteca Nacional de España \(bne.es\)](https://hemeroteca.digita.la.biblioteca.nacional.de.es/) [Fecha de consulta: 20/03/22].
- DOCABO, Bernardo (2010). “Diego Guigou Costa” *Blogpost*. Recuperado de <http://bernardocabo.blogspot.com/2010/08/diego-guigou-costa-1861-1936.html> [Fecha de consulta: 20/03/22].
- GANIVET, Angel. (1989) *Cartas finlandesas*, Granada: Vda, e Hijos de P.V. Sabatel,
- GANIVET, Angel. *Granada la bella* (1961). *Obras completas*, Madrid: Aguilar.
- GANIVET, Angel. *Magnhild* (1961). *Obras completas*, Madrid: Aguilar.
- GARCÍA JIMÉNEZ, Antonio (14 de octubre de 2020). “Los cuentos de hadas de Gertrudis Segovia, una escritora olvidada” [Biblioteca Nacional de España. Recuperado de https://www.bne.es/es/blog/blog-bne/los-cuentos-de-hadas-de-gertrudis-segovia-una-escritora-olvidada#:~:text=Los%20Cuentos%20de%20hadas%2C,sal](https://www.bne.es/es/blog/blog-bne/los-cuentos-de-hadas-de-gertrudis-segovia-una-escritora-olvidada#:~:text=Los%20Cuentos%20de%20hadas%2C,sal)

- [vo%20que%20muri%C3%B3%20en%201945](#) [Fecha de consulta: 15/02/22].
- GARCÍA SÁNCHEZ, Pedro (20 de diciembre de 1911). *La Noche*. Recuperado de <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0029677418&page=10> [Fecha de consulta: 15/02/22].
- GONZÁLEZ BLANCO, Andrés (18 de julio de 1911). “Una nueva poetisa”. *La correspondencia de España*. Recuperado de <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0000292270&page=3> [Fecha de consulta: 15/02/22].
- IMPARATO-PRIEUR, Sylvie (2003). *Familia y educación de los jóvenes en la segunda mitad del Siglo XVIII*, Lleida: Milenio Impreso.
- LEDESMA ALONSO, José Manuel (23 de mayo de 2021). “Ciento veinte años del hospitalito de niños” *El Día*. Recuperado de <https://www.eldia.es/santa-cruz-de-tenerife/2021/05/23/120-anos-hospitalito-ninos-52151914.html> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- MORALES, María Luz (1922). Recuperado de <https://hemeroteca.lavanguardia.com/preview/1922/03/07/pagina-16/33284119/pdf.html> [Fecha de consulta: 10/04/22].
- MUÑOZ, José Luis (2023) “Dolores González, Blanco”. *Ediciones Olcades*. Recuperado de <https://olcades.es/gonzalez-blanco-dolores/> [Fecha de consulta: 02/02/23].
- PRECIADO, Paul Beatriz (2022). *Dysphoria mundi*, Barcelona: Anagrama.
- RAMOS (23 de enero de 1914). “Impresiones”. *La Región*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/resultados?o=&w=Gertrudis+Segovia&f=&d=creation&d=1914&d=01&d=23&d=1914&d=01&d=23&l=10&t=-score&s=0&c=1&lang=es&view=jable>
- RODRÍGUEZ SAGÜES, Francisco (1911) *Revista bibliográfica*. Recuperado de <https://hemerotecadigital.bne.es/hd/viewer?oid=0002542561&page=139> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (1911). *Poesías*. Madrid: Rustica Editorial.

- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (1912). *Mientras la nieve cae... Nuevos cuentos de hadas*. Madrid, Imprenta Española.
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (1912). *Para los niños. Cuentos de hadas*. Madrid, Imprenta Española.
- SEGOVIA ÁLVAREZ, (1914). *Juan de Mendoza*. Madrid, Suc. de Rivadeneya.
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (1 de junio de 1937). “A la vista de Tenerife”. *Nueva España*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/nueva.espa%C3%B1a/1937/06/01/0029.htm?palabras=gertrudis+segovia> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (9 de febrero de 1914). “Al pie del crucifijo”. *Gaceta de Tenerife*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/gaceta.de.tenerife/1914/02/09/0001.htm?palabras=gertrudis+segovia> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis (10 de marzo de 1914). “La costumbre” *Gaceta de Tenerife*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/gaceta.de.tenerife/1914/03/10/0001.htm?palabras=gertrudis+segovia> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- SEGOVIA ÁLVAREZ, Gertrudis. (5 de octubre de 1915). “Carta a Guillermo Fernández Schaw”. Recuperado de <https://www2.march.es/bibliotecas/repositorio-fernandez-shaw/ficha.aspx?p0=fshaw%3A3628> [Fecha de consulta: 20/02/22].

## HEMEROGRAFÍA SIN FIRMA

- “Carnet de Sociedad” (10 de mayo de 1915). *El Progreso*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/el.progreso/1915/05/10/0002.htm?palabras=diego+guigou+progreso>
- “Crónica” (15 de marzo de 1915). *Diario de Tenerife*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/diario.de.tenerife/1915/03/15/0002.htm?palabras=gertrudis+segovia> [Fecha de consulta: 20/03/22].



- [.htm?palabras=gertrudis+segovia](#) [Fecha de consulta: 20/02/22].
- “Nuestras Caricaturas” (20 de Julio de1900). *Gente Nueva*. Recuperada de <https://jable.ulpgc.es/jable/gente.nueva/1900/07/20/0002.htm?palabras=diego+guigou> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- “Revista Literaria” (25 de marzo de 1912). *Los lunes del imparcial*
- “Novelistas Canarios” (13 de enero 1928). *Gaceta de Tenerife*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/gaceta.de.tenerife/1928/01/13/0004.htm?palabras=gertrudis+segovia> [Fecha de consulta: 20/02/22].
- “Varias noticias” (19 de enero de 1912) *La opinión*. Recuperado de <https://jable.ulpgc.es/jable/la.opinion/1912/01/19/0002.htm?palabras=diego+guigou+fallecimiento+esposa> [Fecha de consulta: 20/02/22].

## CRITERIOS DE EDICIÓN

El objetivo de esta nueva edición de los cuentos de Gertrudis Segovia Álvarez es ofrecer una versión crítica de la narrativa infantil de la autora. Se pretende así acercar de nuevo a la escritora y su obra a un público interesado en la narrativa infantil de la época. La obra de la literatura infantil y juvenil de Gertrudis Segovia Álvarez versiona los cuentos tradicionales con fines didácticos y ejemplarizantes unidos a recursos ingeniosos y traviosos que pueden motivar la lectura de los más pequeños. La presente publicación recoge una selección de historias de la autora de su volumen de cuentos *Mientras la nieve cae...*, publicados en 1912 e impreso por la Imprenta Española. El volumen contiene en total ocho cuentos de los que presentamos aquí los cuatro primeros: *Alapapajú*, *La Princesa Burlona*, *Quiquiño* y *El Manto de Claveles*. Se han elegido estos cuatro por varias razones. Partiendo de que todos los relatos de la autora tienen una intención moralizante, estos cuatro se organizan alrededor de valores morales que se complementan y comparten varias hadas y duendes. Los dos primeros y los dos segundos narran la historia de varias generaciones de dos familias. La saga está organizada de forma que el segundo es la secuela del primero y el cuarto la del tercero.

Para facilitar la lectura hemos adaptado la escritura en cuanto a signos de puntuación y acentuación al castellano actual, manteniendo la fidelidad al texto.

MIENTRAS LA NIEVE CAE... NUEVOS  
CUENTOS DE HADAS

Gertrudis SEGOVIA

A mis sobrinitos

NATALIA, ELENA Y GONZALO

QUERIDOS MIOS:

Pronto os enseñarán a leer y deseo que este libro que os dedico, sea el primero en que se fijen vuestros hermosos ojos. Es mi mayor anhelo divertirlos con sus fantásticas historias y conseguir que a un mismo tiempo aprendáis a leerlas y a querer a la que sin conocerlos, os ama tanto,

Gertrudis.

Madrid, diciembre 1912.

# PRÓLOGO

A los niños

## HISTORIA DE UN RAYO DE SOL

LA Princesa Coralina,  
hija del Rey Deseado,  
presa de un mal ignorado  
hacia la tumba camina.

Tienden su dorado velo  
largas pestañas rizadas,  
y encubren a las miradas  
aquellos ojos de cielo.

Lleno de amargo dolor  
el Rey, con ansia mortal  
pregunta: —¿Cuál es su mal?  
—Tristeza sólo, Señor,

La infame bruja Tarquina  
principio dio a su dolencia,  
llevándose en su presencia  
Al hada Odril su madrina,

¿No recordáis sus lamentos? —  
(Esta maga, mis lectores,  
era el hada de las flores,  
de los niños y los cuentos.)

Marcha el Doctor consternado...  
Llora el Rey con aflicción...  
Por el abierto balcón  
entra un pájaro encarnado,

Lleva en el pico una rosa  
de hermosura soberana;  
dióle el sol tintes de grana,  
su aroma la selva umbrosa.

El ave al lecho descende,  
abre la niña los ojos,  
y de los pétalos rojos  
un pliego azul se desprende.

Encierra el cuento de un hada  
tan hermosa como buena.  
La enferma olvida su pena  
leyéndolo entusiasmada;

Rauda cruzando el espacio,  
rasgando un girón de cielo,  
todos los días su vuelo  
tiende el ave hacia el Palacio.

Y deja en su barandal  
rosas de excelsa virtud,  
que devuelven la salud  
a la Princesa real

Una mañana de abril  
al despuntar de la aurora,  
regresa al fin vencedor  
de la bruja, el hada Odri1

El hada de sus amores,  
el hada de sus cariños,  
la que adoraba a los niños,  
a los cuentos, y a las flores.

La maga a su favorita  
abraza; ¡todo lo sabe!;

y anhela premiar al ave  
que salvó a su Princesita.

Cual, si la hubiese evocado,  
robando al sol resplandores,  
ante el hada de las flores  
llega el pájaro encarnado.

La sangre de abierta herida  
entre sus plumas fulgura.  
La maga con amargura  
dice al verlo, conmovida:

—No he de consentir que muera  
quien supo el bien derramar;  
por otra quiero trocar  
su existencia pasajera. —

Y envolviendo el arrebol  
de aquel rojizo plumaje  
entre su manto de encaje,  
lo trueca en rayo de sol

Se acerca la primavera;  
en dulce abrazo de amores  
fragancias, luz y colores  
se funden en la pradera.

¡Cual bello el cielo español!  
¡Cuán tibia esta la mañana!  
Por mi entreabierta ventana  
penetra un rayo de sol.

Y acariciando mi frente,  
quedo susurra en mi oído  
la historia que habéis leído  
de la Princesa doliente.

Aventuras prodigiosas

me refiere, y mil portentos;  
y al fin me narra los cuentos  
encerrados en las rosas.

Con gran amor los he escrito  
por si el relato os distrae;  
y mientras la nieve cae...  
esos cuentos os repito.

.....

En el pequeño lector,  
de la vida en el umbral,  
odio infunden contra el mal,  
engendran al bien amor.

Hechos son maravillosos;  
no son historias reales.  
Los más puros ideales  
siempre salen victoriosos.

Y los niños con delicia,  
alegres buscan en ellos,  
de la virtud los destellos,  
el triunfo de la justicia.

Dejad que sus corazones  
que aún no marchitó el dolor,  
viviendo en mundo mejor  
gocen con las ilusiones.

Y lleve la fantasía  
a sus almas la alianza,  
del beso de la esperanza,  
con la luz de la poesía.

# ALAPAPAJÚ

## I

### EL BRUJO RENCOROSO

Los poderosos Monarcas del reino de los Pistachos, solo tenían un hijo, el Príncipe Ricardo, al que amaban más que a las niñas de sus ojos. Valiente, noble, inteligente y bueno, las hadas habían derrochado sobre él todos los dones, y era la esperanza de sus padres y de sus pueblos.

El deseo más vehemente de los ancianos Reyes, era casar a su único heredero, y tener el consuelo, antes de morir, de ver asegurada su egregia dinastía. Pero el Príncipe, siempre obediente y sumiso a las órdenes de sus padres, en cuanto se trataba de esto rechazaba sistemáticamente todas las Princesas que le proponían. Las unas porque eran bajas, las otras por ser demasiado altas, unas por rubias, aquellas por morenas. Y el tiempo corría sin que ni las lágrimas de los Soberanos, ni los ruegos de su pueblo consiguiesen enternecer al Príncipe.

Una tarde la Reina Celina, su madre, le llamó y le dijo:

—Ricardo, es preciso que antes de un mes, elijas por esposa alguna de las encantadoras Princesas que conoces. Tu padre, cansado de tantas negativas, ha resuelto obligarte a cumplir los deberes que tu alto nacimiento te impone.

El joven, por toda respuesta arrojase llorando en brazos de la Reina.

—Habla, hijo mío—exclamó ésta, -ábreme tu alma que yo consolaré tus penas; una madre sabe siempre encontrar el bálsamo que cierre las heridas del corazón de su hijo. Ten confianza en mí. ¿Por qué no quieres obedecer?

—Madre—contestó el Príncipe, —cien veces me habéis dicho que la lealtad y la fe a las promesas juradas deben ser las principales virtudes de los Reyes, y yo no puedo faltar a mi palabra:

—No te entiendo.

—¿Tan pronto habéis olvidado la Princesa Graciela?

Celina, muy triste y asombrada respondió:

—Olvidarla, jamás; pero desgraciadamente nunca la volveremos a ver.

—¿Quién sabe? Pedid a mi amado padre un año de plazo y rogadle que me permita partir en su busca; si al cabo de ese, tiempo no la encuentro, os juro acatar vuestras órdenes.

—Hijo mío, recuerda que de cuantas personas han intentado lo que tú te propones, ninguna ha vuelto, Nunca te dejaremos acometer tan loca aventura.

—Mi fuerte brazo, mi invencible espada y sobre todo mi poderosa madrina el hada de la Constancia, me ayudaran en tan difícil empresa. Decid a mi padre que me deje marchar—imploró de nuevo Ricardo.

Se resistió Celina, suplicó el Príncipe, y al fin tras muchas lágrimas y suspiros logró el segundo convencer a la primera, y ésta, dirigiose a pedir al Rey la venia para el viaje de Ricardo.

Mis pequeños lectores preguntaran:

—¿Y quién era la Princesa Graciela?

—Ahora vais a saberlo.

Raimundo, el Soberano de los Pistachos, tenía una hermana única a quien adoraba. Muy joven se casó con el Monarca del vecino reino de Tonambul. Por su desgracia, un horrible mago llamado Alapapaju, se prendó de su excepcional belleza y solicitó su mano antes de esta boda, honor que ella rechazó indignada. Él furioso se retiró jurando vengarse. Quince años pasaron desde esa fecha y nadie se acordaba de las amenazas del brujo. Los Reyes de Tonambul vivían felices con su hija Graciela, que contaba catorce primaveras y había heredado la hermosura de su madre, La Princesa pasaba largas temporadas con sus tíos los Monarcas de los Pistachos. Era Ricardo un año mayor que ella, y los dos primos sentían el uno por el otro verdadero cariño. Al observar este naciente amor, los padres de ambos decidieron casarlos cuando fuesen mayores.

Cierto día llegó a los Pistachos la horrible noticia de que la Princesa Graciela habría sido robada. Dolorosamente impresionados Raimundo y Celina pidieron detalles de tan inmensa desdicha y les contaron lo siguiente:

—Una tarde, los habitantes de Tonambul vieron cruzar los aires un enorme pajarraco que se detuvo ante la terraza del Real Palacio, donde se paseaba la Princesa con sus padres. Descendió

del monstruoso animal un hombre horrible, en el que, con profundo terror, reconocieron a Alapapajú. Este levantó en sus brazos a Graciela sin que pudieran impedirlo, y subiéndose con ella en su aérea montura, desaparición entre las nubes mientras gritaba:

—Nunca es tarde cuando la venganza es buena. Jamás recobraréis a vuestra hija.

Los desgraciados Monarcas creyeron volverse locos de pesar; cuantas pesquisas se hicieron en ambos reinos resultaron inútiles. Las personas que marchaban a buscar la Princesita no volvían jamás.

Tan dolorosa fue la impresión recibida por Ricardo con este desdichado acontecimiento, que su vida estuvo en peligro; y los Reyes prohibieron bajo pena de los más severos castigos que nadie le hablase de Graciela, ni de ninguno de los misteriosos sucesos relacionados con su inesperada desaparición.

Corrió el tiempo, siete años habían transcurrido, veintidós contaba Ricardo, y como siguiendo las órdenes de sus padres no volvió a mencionar lo ocurrido, aunque le viesan algo melancólico no daban importancia a lo que juzgaban ser condición de su carácter.

Cuando la Reina comunicó a su marido los deseos de su hijo, aquél, furioso, llamó al Príncipe para asegurarle que jamás otorgaría su consentimiento. Pero observó en el joven tan viril firmeza, unida tan respetuosa dignidad; que al cabo accedió a lo que Ricardo anhelaba, y dándole su bendición y una escolta numerosa, dejole emprender la marcha.

## II

### LA ISLA PORTENTOSA

Al brioso galopar de sus corceles atravesaron el Príncipe y su acompañamiento villas, ciudades y reinos sin que lograsen encontrar por parte alguna, rastro de Graciela ni del fatal hechicero. Una noche que Ricardo, perdida casi toda esperanza se quedó dormido al pie de un árbol no lejos del mar, le pareció ver en sueños a su madrina el hada de la Constanca que le decía:

—No desespere, tu firmeza y tu lealtad serán premiadas.

Levantose muy contento el Príncipe y divisó meciéndose sobre las aguas una preciosa nave. Corrió hacia ella encontrándola vacía. Y decidió proseguir su viaje atravesando los mares, en pos de la que tanto amaba.

En vano fue que intentasen disuadirle sus leales consejeros y sus fieles servidores; Ricardo de un salto subió a la embarcación, y entonces sucedió una cosa extraña; cada vez que alguno de los caballeros de su séquito intentaba penetrar en ella, se apartaba de la orilla; por lo que el Príncipe alzando la voz exclamó:

—Amigos míos, vamos a separarnos. Ya lo veis, una voluntad más poderosa que la nuestra os obliga a ello. Regresad a mi reino y decid a mi padre que antes de un año, con la ayuda divina espero volver a sus brazos.

Apenas el heredero de los Pistachos pronunció estas palabras, el barco balanceándose suavemente abandonó la orilla, y emprendió su ruta hacia lo desconocido, cual si invisible mano lo guiase.

El mar estaba en calma, el viento era muy favorable, la tarde serena, y Ricardo recostado en la popa de su navío dejaba correr las horas, deslizándose insensiblemente sobre su vida como la nave entre las ondas del mar.

Nadie dirigía la portentosa embarcación, y sin embargo ésta seguía siempre sin obstáculo adelante. Todas las mañanas al levantarse encontraba Ricardo abundantes y sabrosas provisiones. Desde el fondo de su alma renovaba fervientes acciones de gracias a su madrina; seguro estaba que era ella la que le colmaba de tantos beneficios.

Una semana había transcurrido y nuestro valiente Príncipe comenzaba a impacientarse de su forzada inacción, cuando de repente cubriose el cielo con negras nubes y desgarró el espacio una cinta de fuego, en tanto el estampido de horrible tempestad atronó los aires. Las olas se encrespaban más altas que montañas amenazando tragar la débil embarcación. Crujió ésta. El Príncipe, viéndose perdido arrancó una tabla del puente, reunió en un saco cuantos alimentos pudo y aguardó firme y sereno, sin temor, al peligro que le amenazaba. Segundos después una ola más formidable aún que las anteriores tumbó la maltrecha nave que lentamente se hundió bajo las ondas, en tanto el Príncipe agarrándose a la tabla salvadora flotaba sobre las encrespadas

aguas. Como por encanto calmose la tormenta y Ricardo divisó a lo lejos una playa a la que no tardó en abordar.

De rodillas dio gracias a su protectora que de tales peligros le había librado, y como la noche se acercaba, juzgó temerario avanzar por aquellos desconocidos parajes. Ocultando entre unas peñas los alimentos salvados, trepó a un frondoso peral cuyo ancho tronco ofreciese seguro asilo para aguardar la salida del sol. Apenas el astro rey lanzaba sus rayos por Oriente, pudo observar que se encontraba en una pequeña isla, y vio con asombro multitud de animalitos que se acercaban a un palacio construido sobre un promontorio de rocas, no lejos de su refugio, y llamaban con sus patitas exclamando:

-Alapapajú, salud, Alapapajú, salud:

El Palacio ofrecía la rara particularidad de no tener puertas. Temblaron las rocas que con aquél comunicaban, giró una de ellas sobre sí misma y por la ancha abertura salió un hombre horrible de repugnante aspecto. En su cabeza calva sólo brotaban tres largos mechones de pelo; negro uno, rojizo el otro y blanco el último. Sobre sus manos descansaba un loro tan feo como su dueño.

Detrás del hechicero marchaba una joven hermosísima; mas semejaba aparición divina que criatura humana.

Trabajo le costó al Príncipe contener el grito de júbilo que pugnaba por salir de sus labios, al reconocer en ella a la Princesa Graciela.

Seguían después tres hombrecitos de media vara de estatura próximamente, vestido el uno completamente de rojo, de azul el otro y de una mezcla varios colores el más pequeño: Tras ellos marchaba un imponente cortejo de sirvientes.

Los animales de la isla volvieron a exclamar:

—Alapapajú, salud. — Y desaparecieron por donde habían venido.

Sentáronse todos bajo los árboles después de un corto paseo por el campo, y al cabo de una hora el hechicero (ya habrán comprendido mis lectorcitos que era él) dio un golpe en el suelo con su bastón. En seguida salió de la tierra una mesa lujosamente servida, a cuyo alrededor se colocaron el mago y su comitiva.

Entonces el Príncipe pudo observar una cosa extraña.

Cada vez que el hombrecito rojo intentaba llevar un bocado a sus labios, el manjar se le convertía en dura piedrecilla;

—Señor, señor—exclamó tristemente el pequeño ser cuya cara tomó al hablar el mismo matiz de su traje: —¿qué he hecho para que me tratéis así?

Miró Alapapajú amorosamente a su horrible loro, y éste con su gangosa voz contestó:

—Duendecito Sofoquete, ¡pícaro!, así aprenderás a no tirar piedras a Don Trombolín, el loro de tu Señor.

Un quejido lastimero llamó la atención del Príncipe hacia el hombrecito azul.

—Señor, señor—gemía éste viendo que no podía apaciguar su hambre porque los manjares se trocaban en plumas al caer en su plato—Señor—repitió

moviendo vertiginosamente sus manos y sus pies, —¿qué culpa he cometido para que no me dejéis saciar mi apetito?...

El antipático Don Trombolín tomando la palabra respondió:

—Duendecito Pirindongo, ¡pícaro!, así aprenderás a no arrancar las plumas al loro de tu Señor.

Un nuevo sollozo más doloroso que los anteriores conmovió el buen corazón de Ricardo. Era el más pequeño de los duendes, el que se engalanaba con el traje de cien colores quien lo exhalaba implorando:

—Señor, señor, tengo hambre.

En el plato del desdichado sólo se hallaban espinas.

—Duendecito Batiborrillo—respondió por tercera vez el horrible así aprenderás a no pinchar a Don Trombolín el loro de tu Señor.

Bajaron tristemente la cabeza los tres castigados, en tanto gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Porque habéis de saber, niños míos, que, los duendes son muy comilones.

A todo esto, la Princesa parecía insensible a cuanto ocurría ante ella.

A una señal del brujo, una invisible orquesta empezó a tocar deliciosas melodías, y al terminar el banquete, mesa y criados desaparecieron y Alapapajú volvió a entrar en su morada seguido de toda su comitiva, menos los tres duendes, a los que dejó fuera temiendo sin duda, que para vengarse le hiciesen algunas de sus infinitas travesuras.

III  
EN EL QUE SOFOQUETE, PIRINDONGO Y  
BATIBORRILLO, DEMUESTRAN AL PRÍNCIPE SU  
GRATITUD

Ricardo; como ya hemos dicho, tenía muy buen corazón y al contemplar los duendecitos tristemente sentados en el suelo, descendió del árbol sin que le viesen, recogió las provisiones que dejó escondidas la noche anterior y presentándolas ante los castigados hombrecitos les invitó amablemente a participar con él de su comida. El asombro de aquellos primeros, y su alegría después, no, es para descrita.

Aceptaron con entusiasmo sin hacerse rogar, preguntando al Príncipe quién era y lo que allí iba buscando.

Contoles Ricardo cuanto deseaban saber, y Sofoque, mas colorado que nunca, efecto sin duda de la digestión, tomando la palabra le dijo:

—Has sido muy caritativo y el hacer bien obtiene siempre recompensa, Muchos han llegado a esta isla y nadie ha tenido compasión de nosotros; celebrando, al contrario, con gran regocijo las mortificaciones que el infame loro, nuestro enemigo, nos hace sufrir. No te pesara el favor que nos dispensas. Desde este momento te tomamos bajo nuestra protección, y aunque por haber perdido temporalmente nuestros; poderes mágicos no está en nuestra mano hacerte vencer en tu empresa, te ayudaremos en cuanto nos sea posible y acaso te libremos de grandes peligros, siempre que nos obedezcas.

Dio el Príncipe las gracias a su interlocutor añadiendo:

—Yo os he referido mi historia, decidme vosotros por qué estáis aquí contra vuestra voluntad y cuál fue la causa que motivó este castigo.

Batiborrillo quiso responder muy de prisa, y se hizo tal confusión que nadie lo entendía.

—Veras, amigo, las colas del mago, digo de las hadas unidas; la Reina se enfadó, Lo hicimos sin reflexionar. Somos. muy trombolines con el infame desgraciado, es decir, muy desgraciados con el infame Don Trombolin y con el malvado Alapapajú. ¡Ay! ¡Ay! —y se echó a llorar;

—Batiborrillo—exclamó Pirindongo, dando un salto, —ya hiciste uno de los tuyos. Estoy seguro que el Príncipe no ha comprendido una palabra de tu inexplicable narración.

—Escucha—prosiguió dirigiéndose a Ricardo. — Una tarde se celebraba gran reunión en el Palacio de la Reina de las hadas, y nos entretuvimos en coser las colas de los mantos de las unas con las de las otras. Ya calcularás la que se armó cuando intentaron marcharse. Nuestra excelsa Soberana indignada por lo que juzgó desacato a su persona, nos desterró a esta isla privándonos de nuestros privilegios y dejándonos a las órdenes de este malvado brujo que tiene dos poderes mágicos independientes, uno en la tierra y otro en el agua, El día en que él pierda el primero recobraremos el nuestro. Pero aun cuando nos faltan muchos de los dones sobrenaturales, conservamos la ciencia mágica, y comprenderás nos es fácil, acudiendo a ella, prestarte auxilio con nuestros consejos y nuestra vigilancia.

—¿Sabes por ventura, ¿cómo hemos de valernos para que pierda el brujo su poder terrestre? replicó Ricardo.

—Todavía no he conseguido averiguarlo. En cuanto se trata de esto (como complemento al castigo impuesto) nuestra ciencia mágica resulta inútil. Mi primera advertencia es que desconfíes de Don Trombolín, el consejero y el espía de Alapapajú. La segunda, que no te aflijas si tu prima permanece insensible al verte: está encantada. El mago ha dormido su inteligencia para que no piense; su memoria para que no recuerde; su corazón para que no sienta; y así la tiene más segura, sirviendo de ciego instrumento entre sus manos para causar la desgracia de muchos infelices; pues cuantos su mala estrella arroja a esta isla; se enamoran locamente de su belleza; y Alapapajú ofreciéndoles otorgársela por esposa les exige antes cosas tan imposibles de llevar a cabo; que los unos perecen en la demanda y los otros quedan para siempre como esclavos del brujo, cuando no es algo peor. ¿Recuerdas los animales que al despuntar el día llegaban a esperar la salida del hechicero? Son los enviados de los reinos de los Pistachos y de Tonambul trocados en bestias de diferentes especies por Alapapajú. El brujo no se sacia de hacer daño a los súbditos de los que él llama sus enemigos. Comprenderás, si descubre quién eres, la suerte que te aguarda.

—¿Y qué debo hacer, amigos míos? —preguntó Ricardo.

—Vuelve a subirte en ese árbol donde nada malo te sucederá. Una vez que la Reina de las hadas pasó por esta isla comió de su fruto y lo encontró tan dulce y agradable que en recompensa declaró el peral libre e independiente de la propiedad del brujo; y mientras en él te halles, no puede cosa alguna contra ti. No descieras sin ponerle tus condiciones para evitar que te haga daño, obligándole bajo juramento a cumplirlas por los tres colores de sus cabellos, única promesa que respeta. Suerte has tenido en que te lo avisemos antes de que te viese Don Trombolín. Su indignación contra nosotros por haberle arrojado unas piedras, tirado de las plumas de la cola y pinchado con unas púas, y la idea de su venganza primero y la alegría de verla satisfecha después, le han distraído; pero ahora no ocurrirá lo mismo.

—Sube pronto — gritó Sofoquete. — Siento los pasos de Alapapajú.

Efectivamente, giró la roca y el brujo con su séquito volvió a presentarse.

Apenas avanzó un poco, el loro inquieto y moviendo las alas gritó:

—Atención. Hombre tenemos. Mirad al árbol privilegiado, Señor.

Adelantose el hechicero y al divisar a Ricardo, fingiendo exquisita cortesía le dijo:

—Baja, gentil mancebo, esta isla y su dueño están a tu servicio. Ricardo permaneció quieto.

—¿No bajas? — clamó de nuevo el brujo.

—Sólo lo haré—dijo el Príncipe—cuando me hayas jurado por los tres colores de tus cabellos no hacerme daño alguno y respetar mi libertad y mi vida.

—Lo juro—respondió malhumorado el mago. — ¿Y qué más quieres?

—Saber cuáles son las condiciones que exiges para otorgarme a la encantadora joven que te acompaña.

Los tres mechones de pelo del hechicero se pusieron de punta al oír esto y las plumas del loro más tiesas todavía, pero como Ricardo calló sin decir quién era, creyeron ambos que la hermosura de Graciela ponía entre sus manos otra víctima.

Y Alapapajú respondió:

—Si prometes obedecerme y hacer las cinco cosas que te mande, te entregaré esta doncella como premio a tu comportamiento. Más si cumples mal mis órdenes, serás mi prisionero mientras vivas.

—Aceptado—replicó Ricardo saltando del árbol. Su prima lo miró, y en seguida sin conocerlo volvió los ojos a otro lado con la mayor indiferencia.

Los duendecitos no le habían engañado. Dormidos tenía Graciela la inteligencia, la memoria y el corazón.

#### IV

#### PERVERSAS INTENCIONES DE DON TROMBOLIN

Siguiendo al brujo, entró Ricardo en el magnífico Palacio que le servía de morada y halló dispuesta para él una lujosa habitación.

A los dos días llamole Alapapajú y le dijo:

—Deseo que me edifiques una casa orillas del mar.

—¿Cómo hacerla? — Preguntábase a sí mismo el Príncipe tristemente, observando que ni una piedra divisaba para empezar la faena.

Cuando más abismado estaba en sus amargas reflexiones oyó un ligero ruido no lejos de él, y vio acercarse a Don Trombolíri;

—Vengo—gritó con su voz chillona — a presentarte auxilio eficaz. Si te hablaron mal de mí te han engañado y te lo demostraré. Conozco tu aflicción por no hallar ni una piedra para comenzar tu obra. Sígueme y mira.

Marchó el joven tras el loro, y éste se detuvo ante un muro de abrojos en el que hizo una pequeña abertura con su pico. Con alegría descubrió Ricardo una hermosa cantera oculta entre las malezas.

Dio las gracias al pájaro, que desapareció velozmente, y tomó una de aquellas piedras para transportarla al sitio designado. Mas apenas la tocó, saltó de sus manos volviéndose contra él, y mal lo hubiera pasado si para precaver el golpe no se tirase con prontitud al suelo.

Milagrosamente el proyectil cruzó sin herirle sobre su cabeza.

—Bien empleado te está lo sucedido por tonto, — Oyó que le decía una débil vocecita, y alzando la vista se encontró con los tres duendecitos que le miraban furiosos;

—No has hecho caso de nuestros consejos—prosiguió Sofoque con el rostro más rojizo que nunca: —y has estado a punto de morir por confiar en las falsas palabras del enemigo, en vez de preguntarnos lo que debías hacer.

—Y por poco te rompes la piedra con la cabeza, digo la cabeza con la piedra —añadió Batiborrillo, equivocándose como siempre.

—Perdonadme, amigos míos—imploró con humildad Ricardo, —perdonadme y decidme de qué medios me valgo para salir airoso en mi empeño.

—¿Nos prometes obedecernos y hacer siempre lo contrario de lo que te diga Don Trombolín? — interrogó Pirindolo dando saltitos.

—Lo prometo.

—Pues ahora síguenos.

Llegaron los cuatro amigos a un sitio de la playa donde se agrupaban cantidad de piedrecitas en una especie de hondonada formada por las aguas.

—Aquí tienes el material para fabricar lo que te han mandado; sólo nosotros conocemos por nuestra ciencia mágica la prodigiosa virtud que atesoran estos guitarrillos—dijo Sofoque levantando un puñado de ellos. —Ven con nosotros—prosiguió, —vamos a ayudarte.

Ricardo acarreaba piedrecitas y los duendecitos muy de prisa las amontonaban las unas sobre las otras, uniéndolas con una mezcla de agua y arena. Al cabo de algunas horas, en el lugar señalado por el brujo, se alzaba una preciosa casita tan pequeña que más bien semejaba morada para un gatito o un perrillo, que albergue para un ser humano.

—Me mata Alapapajú; no hay remedio—pensó Ricardo al contemplarla. Y por miedo a parecer ingrato no se atrevió a decir nada.

—Conozco las cabezas que pasan por tus ideas, digo las ideas que pasan por tu cabeza—exclamó Batiborrillo. —Ya te hemos advertido que esta arena, ¡no!, estas piedras son prodigiosas. Aguarda mañana para juzgarlas.

Muy temprano se levantó el Príncipe al día siguiente y con alegría solo comparable a su profundo estupor, vio la pequeña casita

trocada en señorial mansión que elevaba hacia la altura su elegante almar.

Alapapajú irradísimo al contemplarla le preguntó:

—¿A quién has pedido consejo para tu trabajo?

—Al muy noble Don Trombolín— contestó Ricardo haciendo una reverencia.

El pájaro abrió el pico furioso, pero se contuvo a tiempo.

—Hoy vas llevar a pastar mi rebaño—le indicó el brujo; —pero como te falte un solo carnero cuando regreses, estás perdido.

El loro disimuladamente se acercó al Príncipe diciéndole:

—Encamínate a la pradera de la derecha; a la izquierda únicamente hallaras abrojos y malezas.

Hizo Ricardo como que se marchaban hacia el lugar designado; pero en cuanto el pajarraco se fue, volvióse muy de prisa al otro lado, pudiendo convencerse de las malas intenciones del péfido consejero, al observar a lo lejos una liebre que comía de aquellas hermosas yerbas y caía muerta en seguida. Todas eran venenosas. Cuando la noche presentó Ricardo completo su rebaño, Alapapajú temblaba de rabia.

Durante nueve días nada nuevo le ordenó, al décimo llamole, entregándole un abultado paquete de finísima seda, en tanto le decía:

—Veremos cómo te vales para tejer con esto una tela que necesito para renovar mi manto.

—Señor—objetó el Príncipe esta es ocupación de mujeres. Enviadme a luchar con animales feroces, con valerosos guerreros; pedidme trabajos de fuerza y de energía; pronto estoy a cumplir vuestros mandatos. Pero esto, no lo he hecho en mi vida.

—Tú te has comprometido a obedecerme o a ser mi esclavo; elige:

—Obedeceré, señor.

Muy satisfecho Alapapajú se retiró a su Palacio, seguido del loro, que al pasar por delante del joven susurró en su oído:

—No toques esa seda, porque morirás.

Ricardo, sin hacer caso naturalmente, comprendió que sólo los duendes, sus amigos, podían auxiliarle en aquel trance. Mas sus esfuerzos por encontrarlos resultaron inútiles. No los halló en parte alguna. Sin desanimarse prosiguió sus pesquisas. Al rodear unas malezas oyó una voz que clamaba:

—Si yo pudiera hacer de Don Trombolín tenazas encantadas que consiguieran estrangular mis manos, digo, de mis manos tenazas para estrangular Don Trombolín.

Por aquí anda Batiborrillo—pensó lleno de alegría al escuchar estas palabras el Príncipe. Y sin temor a las afiladas púas de las zarzas penetró resueltamente entre los abrojos. Allí, atados a un arbusto, estaban los duendecitos.

—¿Qué os sucede? —les preguntó el joven deshaciendo sus ligaduras.

—El maldito loro le ha dicho al brujo que nosotros somos quienes te ayudamos a salir bien de tus empresas, y para evitar que te demos consejos, nos trajeron a este lugar que juzgaban bien oculto.

—Lo que me extraña es que nadie haya intentado matar ese infame pájaro.

—Intentarlo, ya lo han hecho varios. Más los golpes se vuelven contra el osado que se atreve a tocarle, y él se queda tan fresco y tan bueno como, antes. Ahora hablemos de ti, que es lo más urgente.

Explicó Ricardo la faena que le habían encomendado, y Sofoque, tomando su rostro como que hablaba el tinte del carmín, le dijo muy contento:

—No te apures y ven con nosotros.

Sin quejarse de los dolores que les causaban las agudas espinas y los abrojos, se encaminaron por el tupido matorral hasta llegar a la entrada de una lóbrega caverna.

Una araña monstruosa salió muy amable a recibirlos, moviendo a un tiempo sus innumerables patas, cual, si quisiera darles la bienvenida, en tanto así decía:

—Buenos días, amigos míos, tiempo hace que no tengo el gusto de veros. ¿Puedo servirlos en algo?

—Señora araña—se apresuró a responder Batiburrillo, —con vuestra poca, digo mucha habilidad, os ruego tejáis las manos del joven que trae esta seda— y comprendiendo por el asombro que demostraba el insecto su equivocación, añadió: —quiero decir que tejáis la seda que este joven trae en sus manos.

—Con mucho gusto—contestó la interpelada. Y tocó un cascabel sujeto al saliente de una roca. En seguida apareció un verdadero

ejército de arañas que en menos de una hora entregaron al asombrado Príncipe una hermosísima y rica tela.

Dio éste las gracias de todo corazón. De nuevo ató a los duendes petición suya, donde los encontró para que el brujo no descubriese lo que habían hecho, y encaminose muy contento a la morada de Alapapajú.

Cuando éste le vio llegar le preguntó irónicamente:

—¿Qué traes en ese paquete?

—Señor, lo que me ordenasteis—respondió Ricardo.

Corrió lleno de ira el mago a las malezas y halló a los duendes amarrados donde él los dejó simulando estar profundamente dormidos. Furioso los desató diciéndose a sí mismo:

—No comprendo lo que ocurre. Antes de someter a este joven a las dos últimas pruebas, trataré de averiguar quién es el ser tan poderoso que lo protege.

Ricardo, se encontraba todos los días con Graciela, y esto le hacía sufrir dolorosamente. La hermosa Princesa insensible siempre, no daba señal de conocerlo, y él por prudencia no osaba ni acercarse a ella, ni intentar hablarla.

Acaso les sorprenda a mis amados lectorcitos que el brujo tardase tanto en adivinar con su, ciencia mágica quién era Ricardo. Sin duda el hada de la Constancia, su madrina, puso una venda ante los ojos del hechicero- para que así ocurriese. ¡Cuántas veces sucede lo mismo en hechos de la vida real, Dios permite que los malos cieguen moralmente en algunas determinadas circunstancias, y no vean lo que ante sus ojos se presenta para perjudicar a los buenos, que salen triunfantes de la lucha cuando han creído con fe sincera, llena el alma de amor ardiente y de segura esperanza en El que todo lo puede!

## V

### EL RINOCERONTE

Dos meses pasaron sin que ni Alapapajú ni Don Trombolín observasen nada extraordinario en el Príncipe; éste delante de ellos, simulaba sentir por los duendecitos profundo desdén.

Cansados de esperar tanto tiempo para hacerle su esclavo, decidieron acabar las pruebas de una vez. Con objeto de discutir y buscar cosas imposibles, se encerraron una tarde en el cuarto

del brujo. Los duendes, indiferentes a todo al parecer, no cesaban en su vigilancia, y arrastrándose sin ruido, lograron colocarse detrás de la puerta sin miedo a que los descubriesen, porque el hechicero había mandado salir al campo a los sirvientes del Palacio. Así pudieron enterarse de cuanto se tramaba contra su protegido.

Aquella noche dormía Ricardo profundamente y sintió que le tiraban con suavidad de un brazo. Incorporose sobresaltado y a la luz de la luna que se filtraba por una claraboya de su habitación, reconoció a los duendes. Con un dedo sobre los labios les imponían silencio.

Arrojose el Príncipe del lecho, y Sofoque acerbando su boca al oído del joven, le habló muy quedo durante algunos minutos, al cabo de los cuales se retiraron los tres pequeños seres, con las mismas precauciones con que habían entrado. Las últimas palabras del duende fueron:

—No olvides que solo apoderándote del objeto que encuentres detrás de la puerta de la armería, podrás salvarte.

A la siguiente mañana paseábase el Príncipe tristemente por la isla, pensando en su prima y en los medios de desencantarla. Sabía que aun saliendo triunfante en todas las pruebas y obteniendo el galardón ofrecido, mientras no descubriese el modo de hacer recobrar Graciela la inteligencia y el corazón, sus esfuerzos por conquistar la dicha, resultarían infructuosos.

Sacole de su abstracción el ruido de un fuerte aleteo cerca de él, y levantando la cabeza divisó al antipático Don Trombolín que se aproximaba.

—Vengo—chilló con destemplada voz—a advertirte que Alapapajú te esperara a la entrada de su Palacio dentro de una hora.

Y en seguida remontó de nuevo su vuelo hacia la altura. Ya no intentaba aconsejar al joven. Por los resultados obtenidos comprendió claramente que sus malvadas insinuaciones no eran escuchadas.

En el tiempo marcado se presentó el Príncipe ante Alapapajú. Éste al verlo dijo a aquél:

—Me avisan que un rinoceronte que tiene su guarida en el extremo Sur de esta isla, ésta destrozando mis sembrados. Me

pediste hace dos meses que pusiera a prueba tu valor. Accediendo a tus deseos te mando a luchar contra el furioso animal.

—Supongo no pretenderéis que vaya a combatir sin arma alguna.

—¿Y si así fuera?...

—Arrancaría una rama de ese frondoso peral—y con la mano señalaba el árbol privilegiado.

—No, no—balbuceó el loro demostrando un terror inmenso.

—Entonces, dejadme entrar en la armería por una espada.

—Ven y elige la que quieras.

Encamináronse los tres al lugar designado, y Ricardo que iba delante, al echarse hacia atrás para dejar libre el paso, inclinose disimuladamente, y recordando las advertencias de sus amigos, recogió un pequeño objeto que brillaba en el suelo al lado de la puerta, guardándoselo sin que lo viesen en su bolsillo.

Dirigiose en seguida a la primera arma que encontró, y el brujo muy satisfecho de la elección se apresuró a ponerla entre sus manos.

No tenía tiempo que perder y corrió al sitio donde debía estar su enemigo. Próximo ya a su guarida sacó del bolsillo el misterioso objeto recogido en la armería, y no sin cierto estupor observó que era su cuchillo muy pequeño, sucio y mohoso,

Los duendes esta vez se han equivocado—pensó, — pero como tengo esta fuerte espada, con ella y con mi arrojó daré fin al rinoceronte.

Embebido estaba en estas ideas, cuando oyó el crujido de las ramas secas destrozadas por pesados pasos, y levantando los ojos se halló frente a frente del formidable animal.

Ni tardo ni perezoso abalanzose el Príncipe hacia él con la espada desnuda; ésta al tocar la dura piel del monstruo saltó hecha pedazos. Considerábase perdido cuando se acordó del pequeño cuchillo, y con toda la fuerza de su brazo arrójale dentro de la abierta

boca del rinoceronte. En el mismo instante, éste dio un rugido y cayó pesadamente al suelo.

Muy arrepentido por haber dudado de sus protectores, corrió en busca del brujo, al que obligó a seguirle.

¡Qué rabia tan grande la suya cuando contempló al terrible animal muerto a sus pies!

## VI EL CONDOR

Una mañana, despertaron al Príncipe muy de madrugada advirtiéndole que Alapapajú lo llamaba. Vistiose apresuradamente y corrió a su aposento.

—Se me ha antojado—exclamó el brujo al verlo— comer hoy una tortilla de huevos de cóndor. Sube a lo alto del cerro que se alza hacia el Norte, y allí encontrarás un nido del que te ordeno me traigas tres. Marcha en seguida; es preciso que estés de vuelta a la hora de almorzar.

Ricardo, muy contento, dirigióse al lugar designado.

No había encontrado a los duendes, pero esta última prueba le pareció a él fácil de realizar; con un poco de astucia y un mucho de arrojo, seguro estaba de salir triunfante de ella.

Caminaba cantando alegremente cuando oyó que le llamaban desde lo alto de un árbol y vio a Pirindongo que le decía:

—Nos han vuelto a encerrar; de nuevo sospechan de nosotros. Yo he conseguido escaparme por la claraboya para explicarte lo que tienes que hacer. Nos figuramos que empleando el último recurso te mandaran a buscar huevos de cóndor.

—Efectivamente.

—¡Desgraciado! Ninguno ha regresado de los que al cerro subieron. Si desde el principio no te envió Alapapajú, ha sido porque pretendía quedarse contigo para aumentar el número de sus esclavos, y sabe que de allí no baja nadie.

—¿No hay modo, por peligroso que sea, de cumplir las órdenes del brujo?...

—Preséntate con esta pluma en la mano—y Pirindongo alargó al Príncipe el mencionado objeto. — Tuvimos ocasión de hacer un día un favor a esta hermosa ave librándola de una asechanza de Alapapajú, advirtiéndole a tiempo el proyecto que éste acariciaba de robarle todos sus huevos, y agradecida nos dijo: «Los que se acerquen con esta pluma nada tendrán que temer.» El brujo, al enviarte allí, se juega el todo por el todo. Cree que aun cuando volviesses milagrosamente con vida hay ventaja para él en el peligro a que te expone. No ignora que dentro de cada uno de los huevos de esta portentosa ave se encierran piedras preciosas de incalculable valor; su avaricia le hace anhelar lo que nunca ha

logrado poseer. Pero no sabe que al lado de estos huevos hay otros, llamémoslos falsificados, y de éstos son los que debes pedir.

Con demostraciones de profunda gratitud despidiose Ricardo de Pirindongo, marchándose éste hacia el Palacio, entrando por donde había salido para ocultar su escapada, en tanto el Príncipe subía por el abrupto monte.

Con el pico abierto y las garras dispuestas a clavarse en el osado que llegaba, acudió el dueño de aquel cerro. Mas apenas divisó la pluma que ostentaba en alto nuestro amigo, cambió su fiera actitud y aguardó que el Príncipe le comunicase el motivo de su visita.

Relató «éste cuanto le sucedía, pidiendo en nombre de Pirindongo los tres huevos que sirviesen para chasquear al brujo.

Retirose el cóndor y apareció minutos después con lo que el joven deseaba. Este, dándole muchas y expresivas gracias, emprendió el regreso presentándose ante los asombrados ojos del hechicero en el momento que se disponía a sentarse a la mesa.

## VII LOS HUEVOS DELCONDOR

Disimulando como pudo su despecho, el mago dijo al joven:

—Está bien; has vencido; mas espero que antes de marcharte te quedaras unos días con nosotros hasta que encuentres medio de volver a tu patria.

Sin duda el brujo pretendía ganar tiempo e inventar contra el Príncipe alguna nueva asechanza que le librase de cumplir su compromiso.

Ricardo se apresuró a aceptar. No quería salir de la isla sin hallar el modo de destruir el poder terrestre del hechicero, para demostrar así su reconocimiento los duendes, que tan buenos fueron con él, devolviéndoles sus privilegios. Además, acariciaba la secreta esperanza de que acaso terminase también con el poder del enemigo, el encantamiento de Graciela, y dejando ésta de ser la fría estatua de mármol que aparentaba, recobrase la inteligencia y el corazón.

Sentáronse todos alrededor de la mesa y Alapapajú pidió una fuente para echar en ella el contenido líquido de los huevos y

recoger después las piedras preciosas que esperaba encontrar en ellos. Golpeó el primero y al romperse salió de él un verdadero enjambre de moscas que devoraron cuanto manjar había en la mesa.

Irritadísimo rompió el segundo, y multitud de pequeñas langostas se esparcieron por la isla destruyendo rápidamente los tiernos brotes de los sembrados, en los que no quedó ni una yerba, ni una espiga.

Furioso el brujo tiró al suelo el tercer huevo y al estrellarse surgió una legión de liliputienses hombrecitos con alas, armados de minúsculas lanzas y cachiporras, que pincharon y aporrearon cruelmente al hechicero y a su fiel amigo Don Trombolin; desapareciendo a los pocos minutos hacia el cerro en compañía de las voraces moscas y de las destructoras langostas.

El loro lleno de ira gritó a Ricardo:

—No creas que después de lo sucedido te vamos a entregar a Graciela, Alapapajú empeñó contigo su palabra; pero yo nada te prometí. Inútiles han sido tu arrojo, tu paciencia y tu constancia. Ocultaré a la Princesa donde jamás la encuentres.

Diciendo esto se abalanzó a la joven que insensible, como siempre, contemplaba con asombrados ojos lo que sucedía, e intentó, cogiéndola con sus patas, llevársela volando.

A la memoria de Ricardo, por inspiración sobrenatural sin duda, acudió en aquel instante vivaz e irresistible el recuerdo del profundo terror demostrado por el loro el día que pretendió arrancar una vara del peral privilegiado. Por fortuna, hallábase muy cerca de este árbol, y desgajando rápidamente una rama de un fortísimo tirón, levantola sobre el pájaro en el momento que se disponía a emprender su vuelo.

—¡Detente! Estás perdido si lo tocas—exclamó Sofoquete,

El Príncipe, sin escucharle, descargó sobre el ave parlera tremendo golpe; y entonces con gran asombro de todos la vieron soltar su presa y caer al suelo muerta.

En el mismo instante el Palacio de las rocas se vino abajo con horrisono estruendo y Alapapajú bramó:

—¡Infame!, me arrancaste el poder al matar a mi amado Don Trombolin, pero aún me queda el del agua y sabré vengarme. Busca ahora a tu Princesa.

Antes que nadie tuviese tiempo de impedirlo, alargando una mano sujetó a la joven por la cintura, hundiéndose con ella por una sima que se abrió bajo sus pies.

Graciela, exhalando un angustioso lamento tendió sus brazos al Príncipe clamando:

—¡Ricardo, Ricardo, sálvame!

Este comprendió al oírla que también el encantamiento de su prima había terminado al morir el loro. Pero de nada iba a servirle; volvía a perderla acaso para siempre.

Y con la cabeza entre las manos el Príncipe dejó correr sus lágrimas.

Exclamaciones de alegría su alrededor le hicieron levantar la vista y observó una multitud de gente entre la que reconoció muchos de sus antiguos vasallos» los que marcharon en busca de Graciela y fueron convertidos en animales por Alapapajú. Al desaparecer el brujo de la isla, todos recobraron su antigua forma. Los duendes henchidos de entusiasmo besaban las manos de Ricardo. ¡También ellos tornaban disfrutar de sus privilegios!

—Por lo visto—exclamó Batiborrillo—lo único que podía matar al árbol era la rama del loro, quiero decir, lo único que podía matar al loro era una rama del árbol portentoso, y la Reina de las hadas te ha inspirado que la empleases como arma poniendo fin a nuestro castigo.

—No creas—añadió Sofoquete—que pensamos volver nuestros dominios sin ayudarte antes a rescatar a tu Princesa;

Mientras tanto, Pirindongo, que no podía estarse quieto un momento, no satisfecho aún con la muerte de su enemigo, tomó un cuchillo clavándolo en su cuerpo. De aquella herida salió una lechuza que se perdió entre los árboles, con gran estupor de todos los presentes.

## VIII LA CAJA DE ORO

Pasados los primeros instantes de entusiasmo, dirigióse Sofoquete hacia el tronco de una añosa encina y dio en él tres golpes. Instantáneamente salió un hombrecito pequeño, bastante feo y cargado de espaldas, con un extraño gorro y largas barbas blancas, en el que el Príncipe reconoció en seguida a un gnomo.

Los duendes y el recién venido se abrazaron con demostraciones de verdadero cariño.

—¡cuánto tiempo sin vernos! —murmuraba el gnomo. — Pero ya sabéis que Alapapajú también me tenía aquí prisionero. Ahora todos somos felices.

—No, todos, no—respondió Sofoquete mas colorado que un tomate. —Este joven, al que debemos nuestra ventura, desgraciado y estamos obligados a ayudarle a realizar sus anhelos. Tú que habitas bajo la tierra, ¿sabe dónde se fue el brujo? —Afortunadamente puedo satisfacer vuestra curiosidad. Al hundirse el Palacio de las rocas dejó abierta una profunda sima que iban a parar al fondo del mar. Como el poder en el líquido elemento es el único que resta a nuestro enemigo, por allí se deslizó hasta llegar a un Palacio de corar que tiene debajo de las aguas. En él ha dejado encerrada a la hermosa Joven que llevaba desmayada en sus brazos. Conozco un camino subterráneo, seco y en tierra firme, que parte de la caverna cubierta por las raíces de esta encina, donde tengo mi casa, hasta terminar delante de una de las puertas del Palacio. Por él podemos ir y libertar la Princesa. Ricardo mandó que se quedasen en la isla todas las personas desencantadas y él acompañado por el gnomo y los duendes penetró en el pasaje subterráneo.

Dos horas después se encontraban ante la mansión de coral. Amparados por una foca amiga del gnomo, que, hacia oficio de centinela, lograron. entrar en la regia morada y averiguar dónde estaba oculta Graciela.

Al llegar a la estancia indicada observaron con estupor que el aposento no tenía señal de puerta alguna.

Mohínos y cabizbajos tuvieron que retirarse apresuradamente, avisados por la foca del regreso de Alapapajú, siguiendo el camino subterráneo, volvieron a la isla.

Los duendes y el gnomo un poco apartados sostuvieron secreto conciliábulo, y de repente desaparecieron sin que Ricardo supiera por dónde.

El Príncipe, rendido de tanta emoción se había quedado dormido debajo de un árbol, y a la mañana siguiente, lo primero que vio al despertar fue a sus cuatro amigos que le decían:

—Ya hemos averiguado cuanto deseas—y tomando la palabra Sofoquete añadió:

—No existe llave ni instrumento alguno que abra la habitación donde ocultan a Graciela; sólo una palabra mágica nos franqueara la entrada; pero tenemos que aprovechar el día de hoy para poner por obra nuestro plan; si no lo conseguimos, hasta dentro de un año nada podemos intentar, pues Ajapapajú, que únicamente hace cortas ausencias de su Palacio, nos alcanzaría quizás antes de salir de sus dominios, y aunque contra nosotros es ya impotente, Graciela y tú estaríais perdidos.

Una vez al año, todos los hechiceros, brujos y divinidades de las aguas se reúnen en un lugar lejos de aquí. Hoy es la fecha señalada y por eso hay que aprovechar la ausencia del infame mago. Si dejamos escapar esta ocasión, ya te he dicho y te repito que nos veremos obligados a aplazar la salvación de tu prima.

—¿Y cuál es la mágica palabra talismán de mi ventura? — preguntó el Príncipe lleno de esperanzas. —Lo ignoramos; más pronto lo sabremos.

Una carcajada irónica resonó en los aires, y levantando la cabeza divisaron sobre ellos la lechuza que salió del cadáver del loro.

El gnomo muy de prisa encendió una hoguera, haciendo fuego, golpeando dos piedras la una contra la otra y amontonando cuanta leña halló a mano.

La lechuza al observar estos inquietantes, preparativos levantó el vuelo.

Sofoque en el mismo instante dio un fuerte golpe en la tierra con su diminuto pie, y abriéndose ésta apareció un águila que se lanzó tras la lechuza y alcanzándola le clavó sus garras dejándola caer al suelo.

Abalanzose Sofoque al avechucho, más antes de que llegase a él, de la abierta herida de su cabeza salió una liebre que se perdió entre las matas.

Batiborrillo, imitando a su compañero golpeó también la tierra y surgió un galgo.

Corrió éste tras la liebre y minutos después volvía con ella en los dientes, tirando al suelo su cadáver.

Inclinose Batiborrillo para recogerla, deslizándose entre sus dedos una rana que huyó, y dando saltos se zambulló en una laguna próxima.

Pirindongo empezó a bailar un verdadero zapateado. De la tierra salió un pato, que persiguiendo a la rana entró en el agua.

El gnomo desesperado con tanto inútil esfuerzo exclamó: —El tiempo pasa y si se nos escapa otra vez me temo que hasta el año próximo nada consigamos. En ese instante surgía de nuevo el pato llevando la rana en el pico. Ricardo, de un brinco corrió a su lado y antes de que la soltase, hízose dueño de ella.

—Échala entre las llamas—le gritaron de común acuerdo sus cuatro amigos.

Un gemido sobrenatural atronó la isla. La hoguera al recibir el asqueroso animal, alzó sus brazos de fuego hacia la altura, cual si quisiera dar gracias al cielo por el favor que le concedía, otorgándole medios para destruirlo.

Una hora después se apagaron las candentes brasas y todo quedó en silencio.

Acercáronse a la extinguida hoguera, y en el centro del lugar que ocupaba divisaron una caja de oro cubierta de piedras preciosas. Abriéndola emocionados y dentro hallaron un pergamino en el que sólo estaba escrita esta palabra:

*Ujapapala*

que como mis pequeños lectores pueden ver es Alapapajú leído al revés.

—Este es el talismán que te abrirá el Palacio de coral—voceó el gnomo.

La caja, en cuanto sacaron el pergamino, se hundió en la tierra. Ya habréis comprendido, amados niños, que los duendes durante su corta ausencia fueron a buscar al hada de la Constancia, cuyo poder era mucho mayor que el suyo, para que les ayudase y auxiliase a su ahijado, y ella fue la que les dijo cuanto tenían que hacer para averiguar la palabra mágica.

## IX UJAPAPALA

Estaba anocheciendo, y sin perder tiempo corrieron los cuatros amigos a la galería subterránea. Conducidos por la amable foca, penetraron de nuevo en el Palacio de coral.

Al llegar al misterioso aposento, Ricardo con fuerte voz exclamó:

*Ujapapala.*

Instantáneamente, cual, si lo moviese escondido resorte, se abrió un hueco en el muro y por él apareció más hermosa que nunca la

encantadora Graciela, que llena de alegría se arrojó en brazos de su primo.

La noche cerraba y los duendes por temor a la vuelta del enemigo, interrumpieron las alegres expansiones de los Príncipes gritando: —Huyamos pronto — todos salieron corriendo del Palacio.

Dos horas después llegaban a la isla donde los antiguos cortesanos de los reinos de los Pistachos y Tonambul les hicieron un conmovedor y entusiasta recibimiento.

Los Príncipes cayeron de rodillas ante los duendes, pretendiendo demostrarles su gratitud.

Ellos les respondieron:

—Nada tenéis que agradecemos. Ricardo; por tus nobles cualidades te has hecho acreedor a la recompensa. Por tu constancia y tu firmeza has merecido la protección de tu madrina, y por tu generosa bondad la nuestra.

Y Batiborrillo añadió muy de prisa equivocándose como siempre:

—Cada cual en este mundo siembra lo que recoge. Ricardo no se saciaba de contemplar a su prima, ni de hablar con ella de su vida pasada y de sus esperanzas futuras. Del tiempo que permaneció en la isla nada recordaba la joven, hasta la muerte del loro que le había robado con sus malas artes la inteligencia, la memoria y el corazón.

—¿Nos perseguirá el brujo para vengarse? — preguntó Graciela a uno de los duendes, así que Ricardo acabó de referirle todas las infamias de Alapapajú.

—No lo creo—respondió Sofoquete. — Nos encontramos fuera de sus actuales dominios, y aunque no le está vedado volver a tierra, ha perdido en ella su poder y seguramente no querrá exponerse a caer indefenso en nuestras manos. Sin embargo, como por experiencia sabéis lo rencoroso que es, conviene que estéis alerta, por si tarde o temprano intentase perjudicaros. Difícil le va a ser ahora; más si alguna vez os vieseis en peligro, llamadnos, que acudiremos inmediatamente donde quiera que os halléis.

Renovaron los dos jóvenes sus protestas de gratitud, preguntando después de qué medios se valdrían para regresar su patria.

—Eso es muy fácil—contestó Sofoquete — no olvides, Ricardo, que te debemos el haber recobrado nuestros privilegios y estamos dispuestos a servirte en todo.

Y adelantándose hacia el mar escupió en las aguas surgiendo instantáneamente entre sus ondas una nave encantada contra la cual nada podía Alapapajú.

El Príncipe rogó a sus cuatro amigos que lo acompañasen hasta su reino y asistieran, a su boda. Los duendes accedieron gustosos, pero el gnomo respondió:

—No me es posible abandonar por tanto tiempo mis cavernas. Si alguna vez me necesitas ya sabes dónde estoy.

Despidiéronse de él con sentimiento y subieron a la embarcación seguidos de los desencantados habitantes de los Pistachos y de Tonambul.

Cuando la nave iba a ponerse en marcha oyeron un fuerte aleteo sobre sus cabezas, y levantando los ojos vieron llegar al magnífico cóndor. Acercose Graciela que sentada en la popa del navío lo contemplaba, y depositó sobre sus rodillas un hermoso huevo. En seguida movió vertiginosamente las alas en señal de despedida y remontó su vuelo en el espacio.

Apresurose la Princesa a romper el huevo y dentro pudo admirar un hilo de perlas de incomparable belleza. Era el modo que tenía la arrogante ave de probar su agradecimiento al que la libró de su feroz enemigo.

## X

### EL HADA DE LA CONSTANCIA

El reino de los Pistachos, gemía bajo el peso de la más profunda aflicción.

Cerca de dos años habían transcurrido desde la marcha del Príncipe heredero, y en tanto tiempo, ninguna noticia suya llegó a sus inconsolables padres. Las ilusiones que durante el primer año concibieron los Monarcas de los Pistachos y los de Tonambul, se habían ido desvaneciendo una a una.

Pocos días faltaban para que se cumpliera el segundo aniversario de la despedida de Ricardo, y los Soberanos de ambos reinos, se reunieron en los Pistachos para llorar juntos en tan triste fecha al desventurado Príncipe. Raimundo, perdida ya toda esperanza de recobrar a su hijo, publicó un decreto en el que decía:

«Primero: La Corte vestirá de luto.

Segundo: En señal de duelo no se tocarán campanas ni tambores.

Tercero: No habrá ningún regocijo público, y ni siquiera se permitirá jugar a los niños en las calles, plazas y paseos.»

Por este motivo, el más sepulcral silencio reinaba en todo el imperio.

Llegó la triste fecha, y figuraos mis amados lectorcitos, cuál sería el asombro de los Reyes, de los Ministros y del pueblo entero, cuando oyeron vibrantes tañidos de campanas unidos a marciales redobles de tambores. El estupor creció de punto al esparcirse la noticia de que tambores y campanas tocaban solos. Al mismo tiempo, un centinela que observaba el mar desde lo alto de las murallas, dio el aviso de que una nave blanca se aproximaba con velocidad desconocida.

Los Reyes, que sentían latir sus corazones llenos de las más risueñas esperanzas, salieron a recibir la portentosa embarcación seguidos de numerosa comitiva.

¿Cómo describiros la felicidad de aquellos buenísimos Monarcas al estrechar entre sus brazos a sus hijos que creyeron perdidos para siempre?... No se cansaban de besarlos y colmar de bendiciones a los simpáticos duendecitos.

Al llegar a Palacio, una nueva gratísima sorpresa les esperaba. En el salón del trono, resplandeciente de luz, con un traje cubierto con gasas azules y blancas simulando nubes, prendidas con estrellas de brillantes, aguardaba el hada de la Constancia. Todos al verla, prosternáronse a sus pies, y ella abrazando los dos jóvenes exclamó:

—Ricardo, te has hecho digno de mi protección por tu bondad, tu firmeza y tu constancia, única que en este mundo consigue siempre llevar a feliz término las empresas por muy difíciles que sean. Vengo a ser madrina de vuestras bodas.

Ocho días después, celebrábanse con gran pompa en el Palacio. El Rey para festejarlas, colmó de grandes beneficios a su pueblo y repartió lindos regalos a todos los niños del reino y en los que miraba la esperanza futura de su nación.

El hada y los duendes prometieron volver siempre que los felices jóvenes los necesitasen, y aquéllos, sintieron tanto separarse de sus protegidos que por primera vez Sofoque se puso pálido; Batiborrillo no se equivocó en su discurso de despedida; y Pirindongo marchó con paso mesurado y tranquilo.

Me parece oír la vocecita de alguno de mis encantadores amiguitos que me pregunta:

—¿Y Alapapajú?... ¿Qué hizo cuando se encontró sin la Princesa? Nada nos dices de esto.

—Tened un poco de paciencia, niños míos, y acaso más adelante encontréis en otro cuento la historia de la nueva venganza del rencoroso brujo.

Pero no os asustéis, recordad como ya otra vez os he dicho, que la protección divina representada en los cuentos por las hadas, auxilia siempre a los buenos, ya veréis como nunca falta su poderoso amparo a los que en ella confían.



## LA PRINCESITA BURLONA SEGUNDA PARTE DE ALAPAPAJÚ

### I

#### EN EL QUE SE REFIERE CÓMO CASTIGA EL HADA GRACIOSA A LA PRINCESA EDELMIRA

PENSABA, mis amados niños, cumpliendo lo que os ofrecí, volver a ocuparme más adelante de algunos de los personajes de mi cuento anterior, pero conozco vuestras infantiles impacencias y para complaceros, no quiero diferir mi promesa.

Diez y seis años habían transcurrido desde el casamiento de la Princesa Graciela con. el Príncipe Ricardo, y ni una nube obscureció su felicidad en este largo período de tiempo.

El prudente Monarca Raimundo, para impedir que el malvado brujo Alapapajú llevase a cabo sus amenazas, sabiendo que sólo le quedaba poder en el líquido elemento, trasladó la capital de su reino al interior, a inmensa distancia de mares y ríos. Un ingeniero habilísimo inventó un sorprendente sistema de cañerías y alcantarillas para que las aguas, aunque viniesen desde muy lejos no faltasen nunca ni a los pobres ni a los ricos, cegando al mismo tiempo las rías y los manantiales próximos a la capital; por lo que el brujo veías en la imposibilidad de hacer daño a los que él llamaba sus enemigos. A pesar de esto, valiéndose de otras personas había intentado perjudicar a los ancianos Reyes de los Pistachos y de Tonambul o a sus hijos; mas amparados siempre por sus poderosos protectores, nada pudo contra ellos.

Dos preciosos hijos gemelos alegraban el feliz hogar de Graciela y Ricardo: un niño y una niña. Nuestros antiguos amigos los duendes, apadrinaron al primero, cuyo nombre era Fernando; derrochando sobre él sus más preciados dones. Sofoquete, Pirindongo y Batiborrillo, adoraban a su ahijado, que unía a una precoz inteligencia la lealtad y nobleza de su padre.

La niña llamábase Edelmira. A ruegos del hada de la Constancia, fue su madrina el hada Graciosa, que la dotó a más de otras muchas cualidades, de una gracia tan irresistible, que era el encanto de cuantos la rodeaban.

En este mundo las mejores cualidades mal dirigidas, pueden trocarse en defectos; y la Princesita Edelmira acostumbrada que la corte entera aplaudiese sus ocurrencias, de todo sacaba partido para hacer reír.

Mimada hasta la exageración, volvióse un poco egoísta; y como sólo se preocupaba de que resaltase su ingenio, sin pensar si molestaba a los demás, se fue haciendo muy burlona, trocándose en antipatía el cariño que antes inspiraba.

La Princesita dejó de ser amada, y empezó a ser temida; no respetaba a nadie y a todo el mundo ponía en ridículo.

El día en que comienza este relato daban los Reyes una gran fiesta en Palacio, para celebrar el cumpleaños de los Principitos.

A ella acudieron también los tres duendes, el hada Graciosa y la de la Constancia.

Durante aquella tarde la primera de estas magas había tenido que reprender varias veces a su ahijada por sus continuas burlas.

Al entrar una jovencita hija de un noble arruinado, ridículamente vestida con un traje muy antiguo, Edelmira, dirigióse a ella muy amable y le dijo:

—Pláceme saludar a la que tan consecuenta ha de ser con nuestra secular dinastía.

Algunas personas preguntáronle la causa de esta observación. La Princesa contestó:

—¡Cómo no queréis que adivine sus actos futuros, si es tan respetuosa con lo que pertenece a la *Historia del pasado* que hasta se pone los trajes de su abuela!

Una carcajada general acogió las palabras de la Princesita, en tanto dos gruesas lagrimas brotaban de los ojos de la pobre niña, objeto de esta mofa.

Graciosa, lanzó a la incorregible burlona terrible mirada des indignación.

Llegó luego una respetable dama completamente calva que disimulaba este defecto cubriendo su cabeza con una artística cofia. Edelmira, que no ignoraba lo que sucedía, al verla acercarse la llamó diciéndole:

—¡Qué preciosa papalina lleváis puesta! Dádmela en la mano para contemplarla mejor.

La anciana señora se puso del color de la escarlata, y ya alzaba sus brazos temblorosos para exponer su monda cabeza a las

impertinentes miradas de los cortesanos, cuando el hada Graciosa se adelantó deteniéndola y exclamando:

—No os molestéis, mi ahijada. como es muy joven no se da cuenta de que podéis resfriaros.

Edelmira, furiosa, porque le impedían llevar a cabo la burla proyectada, buscó a su alrededor alguien sobre quien descargar su injusta cólera.

Encontrábanse todos en la terraza del Palacio y en ese momento vio atravesar por él parque al hijo del jardinero, un infeliz niño cojo y jorobado.

La rabia que sentía venció sus buenos sentimientos y llamole con grandes voces.

—Juanito—le dijo— ¿por qué vas tan cargado? Quitate ese bulto de la espalda; como te pesa tanto te hace perder el equilibrio y andas balanceándote más que los patos.

Y mientras la pobre criatura lloraba, la Princesita se puso irónicamente a imitarlo.

Ricardo, muy enfadado, se dirigió a su hija, pero Graciosa no pudiendo, contener por más tiempo el disgusto que estas escenas le causaban, hizo una seña al Príncipe para que se detuviese y tocó al niño con su varita. Instantáneamente desapareció la joroba y la cojera que afligían al desgraciado.

El hada, acercándose después con semblante airado a la Princesita exclamó:

—Esto ya es demasiado. Te estas volviendo insufrible. Para que aprendas a respetar las desdichas ajenas voy trasladarte la joroba que he quitado Juanito.

Los Reyes y sus hijos, arrojáronse a sus plantas implorando misericordia.

La maga respondió:

—Por complaceros revoco mi castigo. Mas como no puedo dejar impunes las burlas de mi ahijada, durante un año levanto mi protección sobre ella y ruego a mis amigos Constanca, Sofoquete, Pirindongo y Batiborrillo, que, en consideración a mí, hagan lo mismo. Os advierto—prosiguió dirigiéndose a los Reyes—que, si queréis evitar las asechanzas de vuestro enemigo Alapapajú, debéis obligar a Edelmira a que en dicho tiempo no salga de su cuarto; pues ahora nadie la protegerá contra sus venganzas. Sólo me resta haceros un ruego, que sigan las fiestas

y empiece así el castigo de mi ahijada, viéndose privada de asistir a ellas.

Despidiose de los Reyes y subiendo en su carroza, formada por un colosal clavel, del que tiraban lindas mariposas, desapareció entre las nubes.

## II

### EL REGALO DE LOS DUENDES

Comprendieron los Monarcas y los Príncipes lo justo del castigo, y acatando las órdenes del hada Graciosa, continuaron las fiestas en la capital.

Aquella noche al terminar la comida, acercáronse los duendes a Fernando. Sofoquete mas colorado que nunca, efecto sin duda de la emoción, tomando la palabra en nombre de sus compañeros, habló así:

—Fernando, si Edelmira por su mal comportamiento se ha hecho acreedora al castigo de su madrina, tú en cambio por tus bondades mereces una recompensa y vamos a concederte un don que has de apreciar más que cualquier otro regalo.

Los egregios padrinos besaron en la frente a su ahijado, y pronunciando ciertas palabras mágicas, frotaron luego muy de prisa sus manos con las suyas, gritando:

—Tarabú, tarabú.

En seguida exclamó Pirindongo dando un salto según su antigua costumbre:

—Te hemos comunicado la facultad de transformarte a tu antojo, y esto para un futuro Soberano tiene grandes ventajas.

Así podrás enterarte de lo que pasa en tu reino, sin que nadie sospeche tu presencia, cuando te convenga no ser conocido.

—Principal, olvidas lo Pirindongo; quiero decir, Pirindongo, olvidas lo principal—arguyó Batiborrillo quitando la palabra a su compañero, —y es que...

—Calla, calla—interrumpió Sofoquete, — que, si lo explicas tú, se lo dirás al revés y esto es muy importante. Cuando desees transformarte—continuó dirigiéndose a Fernando—tienes que exclamar:

¡Sofquete, Pirindongo,

Batiborrillo querido,  
en vuestras manos me pongo,  
concededme lo que pido!

Y después añades el ser o cosa en que pretendas convertirte, terminando con la palabra Tarabú. Para recobrar tu forma natural debes decir:

¡Padrinos del corazón!  
por vuestro potente nombre,  
cese mi transformación.  
¡Tarabú! Quiero ser hombre.

Obligaron los duendes a repetir esto varias veces a Fernando, hasta convencerse que lo sabía de memoria, recomendándole no lo olvidase nunca, pues se exponía a quedar trocado para siempre en el objeto o animal en que se hubiese transformado si no recordaba lo que debía decir para ser hombre.

Advirtiéronle, además, que, si estaba convertido en planta, flor, u otra cosa, privada por no tener boca de la facultad de la palabra, le bastaba repetir las mágicas frases sólo con el pensamiento.

La maga de la Constancia y los duendes, llamados por la Reina de las hadas, tenían que marcharse, y como última fiesta en su honor, celebrábase una gran cacería.

Edelmira quedose en su cuarto acompañada de su haya. No cesaba de lamentarse al verse excluida de su diversión favorita. Suaves golpecitos dados en la puerta de su aposento, interrumpieron su triste ocupación. Levantose el haya; abrió, y en el umbral, saludando con respeto, apareció un precioso pajecillo portador de una bandeja cubierta con un riquísimo paño de seda. Sin aguardar que le otorgasen licencia para entrar, adelantose hacia la Princesita, y depositando lo que llevaba en una mesa, se retiró haciendo una graciosa reverencia.

Con gran curiosidad acercose Edelmira al misterioso obsequio y llena de entusiasmo pudo admirar un lindísimo traje de caza, el más elegante de cuantos había visto. Sobre él había un pergamino con las siguientes palabras: «A la hermosa Princesita, un hada que la protege.»

La niña apresurose a probarse el vestido que resultaba hecho a su medida. — Querida haya — imploró mimosa, —déjame lucir mi regalo esta tarde. Nada me puede pasar; están ahí el hada de la Constancia y los duendes. A pesar de sus promesas a mi madrina, no creo consientan que me ocurra cosa alguna delante de ellos. Además, aún no sabrá el brujo enemigo lo que sucedió hace dos días. Seré muy buena; permíteme que salga. Al verme tan contenta, ni papá, ni mamá te han de reñir.

La prudente mujer, fue inexorable.

—Bien—replicó la niña; —ya que no quieres darme ese gusto, prepárame tú misma la merienda para consolarme. Mejor que nadie conoces mis golosinas predilectas.

Sin la menor desconfianza alejose la fiel servidora. Edelmira no perdió el tiempo; abandonó su estancia y salió del Palacio sin atender a las advertencias de los guardias, que sabiendo lo ocurrido pretendían respetuosamente detener sus pasos.

Cual, si aguardándola estuviese, encontró en la puerta un manso borriquillo blanco, primorosamente enjaezado, y subiendo de un salto sobre sus lomos, encaminose al bosque donde se celebraba la fiesta.

Ya había cerrado la noche, cuando volvieron los Monarcas, Príncipes e invitados, de la brillante cacería. Graciela y Ricardo, dirigiéronse en seguida al aposento de su hija. Profundo fue su estupor al hallarlo vacío; llamaron al haya, y ésta llorando amargamente contó lo ocurrido, completando su relato con el que los guardias le habían comunicado.

Los sollozos de los desconsolados padres respondieron sólo a la pobre mujer.

Pronto corrió en Palacio la triste noticia, y la consternación fue general.

Se registró el bosque con antorchas encendidas y ningún rastro se halló de la Princesita. Con fundamento temían todos que Alapapajú, valiéndose de algún amigo, hubiese realizado su anunciada venganza.

El hada de la Constancia y los duendes se habían despedido al terminar la cacería, marchando al Palacio de la Reina de las hadas. ¿A quién pedir auxilio?...

Fernando abrazó a sus abuelos y sus padres, y les dijo:

—No os aflijáis, antes de que mi hermana querida llegue al poder del brujo, sabré librarla. El maravilloso privilegio otorgado por mis padrinos, me ayudara a ello... ¡Tened confianza y esperad!... Que nadie me acompañe—añadió—notando que varios cortesanos y servidores se disponían a correr tras él.

En la puerta interrogó a los guardias.

—¿Cómo y por dónde visteis desaparecer a la Princesa?

—Señor, montada en un borriquillo blanco se dirigió hacia la selva — respondieron los interpelados.

Ese mismo camino tomó Fernando. Cuando vio que no le observaban exclamó:

Sofoque, Pirindongo,  
Batiborrillo querido,  
en vuestras manos me pongo,  
concededme lo que pido.

y añadió:

—Deseo convertirme en podenco, ¡Tarabúl!

En seguida el Príncipe, transformado en perro, corrió hasta encontrar el rastro del burro, y olfateando el terreno cruzó el bosque.

En una cañada algo distante, halló el fin de la pista que seguía.

### III

#### EL GENIO DE LAS TRANSFORMACIONES

Cuando el Príncipe trocado en podenco llegó a la cañada, vio en el centro de ella moviendo las orejas, un burro blanco cuyas señas coincidían exactamente con la descripción del que robó a la Princesita. Alrededor de él se agrupaban multitud de animales de la misma familia; a Edelmira no la hallaba por parte alguna. De pronto, su corazón latió con violencia; un poco separada de los pollinos, al pie de un roble, descansaba una preciosa perrilla, y esta perrilla, ¡cosa extraña! lucía en torno de su cuello un collar de magníficas perlas. Al punto recordó Fernando, que su madre había regalado las admirables perlas del cóndor a su hermana para festejar su cumpleaños, y la niña las llevaba puestas aquella mañana. Por eso no dudó que el animalito fuese Edelmira; pensando con razón que los duendes, aunque por cumplir su

palabra no hiciesen nada para salvarla, por ayudarlo a él habían conseguido que el collar, achicándose o agrandándose según lo exigiesen las circunstancias, permaneciese siempre visible en el cuello de la Princesa.

Acercose a ella con grandes precauciones, y no menores fueron las que empleó al llegar a su lado para hacerse reconocer.

Pasados los primeros instantes de emoción, y después de explicarle de qué medios se había valido para encontrarla, preguntole cómo era que estaba transformada.

—No he podido darme cuenta de ello — contestó Edelmira. —Al entrar en el bosque, el burro galopó con velocidad prodigiosa llevándome contra mi voluntad por desconocidas veredas. Intenté apearme y tampoco me fue posible. En esta cañada se paró en firme, sopló sobre mí al poner yo los pies en el suelo, y de repente noté con inmenso dolor mi triste metamorfosis.

Los dos hermanos combinaron mil medios para burlar la vigilancia del raptor.

—Aunque logremos escaparnos—decía la niña— poco adelantaremos. Durante un año tendré que seguir siendo perro. El don que recibiste de tus padrinos es sólo para ti, y mi madrina no querrá desencantarme hasta que pase el tiempo del castigo.

—Tanto se lo rogaremos, que te perdonará; pero aun cuando no lo alcanzásemos, mucho más segura estás en nuestro Palacio que en poder de Alapapájú de cuyas garras acaso no consiguiéramos librarte.

—¡Qué vergüenza, presentarme en esta forma, yo que tanto me he reído de todo el mundo!

—Eso te servirá de escarmiento para no burlarte de las imperfecciones de los demás. ¿No comprendes que si en nuestra mano estuviese elegiríamos al nacer ser los mejores, los más guapos, los más ricos?... Por eso al que Dios le ha concedido estos privilegios, en vez de envanecerse de lo que no es mérito suyo, debe dar gracias al que se los ha otorgado y compadecer los menos favorecidos, procurando con la bendita caridad, aliviar sus desventuras.

—Tienes razón, y ahora comprendo lo mala y lo antipática que he sido. Bien ha hecho mi madrina en castigarme.

—Acaso tu sincero arrepentimiento disminuya la pena impuesta... Pero basta de reflexiones y vamos a lo más urgente. ¿Quién es ese animal que tan poderoso parece?

—Lo ignoro. Mas calla y escuchemos. Él mismo se dispone a decirlo—replicó Edelmira observando a su enemigo. Con asombro oyeron los dos jóvenes que los burros hablaban en el lenguaje de los hombres. Uno de ellos respondía al raptor de la Princesa.

—Estamos encantados por el hada del Sentido Común durante un cierto número de años cuyo término fijo no sabemos, Esta señora, según nos dijo, baja poco por la tierra.

—¡Ya se conoce! — murmuró entre dientes el burrito blanco.

—Andamos errantes por el mundo, hoy en un sitio, mañana en otro... ¿Y tú—prosiguió después de una pausa—cómo es que hablas lo mismo que nosotros? Dinos quién eres y luego te contaremos nuestra historia.

Al llegar a este punto fue cuando se dispusieron a escuchar los dos niños.

—Soy el Genio de las Transformaciones — contestó aquél a quien preguntaban, —y a mi antojo puedo cambiar de forma y de figura siempre que lo desee mi fantasía, y hacer lo mismo con cuantas personas estén en mi poder, exceptuando a las que, como vosotros, sufren penas impuestas por las hadas, o a las que disfruten de algún privilegio por ellas concedido.

—¡Dichoso tú!... ¿Y en qué te ocupas ahora?...

—Para entreteneros, voy a referíroslo. Paseaba cierto día, por una playa, cuando observé a una cangreja, que, haciendo mil monadas con sus patitas, pretendía llamar la atención de los peces que asomaban sus plateadas cabezas fuera del agua, en tanto murmuraba: «Mucho más hermosa soy yo con esta rica cubierta que me sirve de vestido, que mis amigas las otras pescadas, que no poseen tan bonito adorno.» Entonces se me ocurrió transformarme en cangrejo para divertirme con aquella vanidosa.

—Señor Genio — interrumpió uno de los burros, — ¿me permitís que os diga una cosa?

—Habla, amigo.

—Pues que en el tiempo en que yo era hombre he visto que infinidad de mujeres hacían lo mismo que la cangreja, y cuando

llevaban lindos trajes, se pavoneaban satisfechas figurándose que era hermosura propia, la que le prestaba el lujo de sus galas.

—¿Sabes que para un burro son muy atinadas tus observaciones? Me parece que a ti pronto te va a levantar el castigo el hada del Sentido Común.

Con vuestro permiso, voy a proseguir mi historia. Convertido ya en cangrejo, me dirigí hacia donde se encontraba la presumida. Fija mi atención en ella, no me preocupé de que la marca subía y el agua avanzaba, hasta que una ola llegó a mí y me arrastró sin darme tiempo de ponerme en salvo. Grande fue mi terror, porque sólo tengo poder en la tierra y en el aire; al hundirme en el mar quedaba indefenso. Intenté tornar a la arena; mis esfuerzos resultaron inútiles. Por fortuna, al descender hacia el fondo vi un magnífico palacio de coral, y todo lo de prisa que me permitía mi desdichada metamorfosis, marché hasta él. Ante una de sus puertas se encontraba un brujo muy feo que lucía en lo alto de su cabeza tres largos mechones de pelo; blanco uno, rojizo el otro y negro el último. Me aproximé a él y humildemente díjele quién era y lo que me había sucedido, rogándole me volviese a la playa. —Conforme—me contestó, — más yo nada hago de balde.

—¿Que exigís de mí?... Dispuesto estoy a servirlos.

—Que vayas al reino de los Pistachos, robes a la hija o al hijo de la princesa Graciela y me lo traigas. Quiero vengarme de los que me hicieron perder mis privilegios en la tierra.

—Trato hecho.

—Júralo.

—Lo juro.

—Mandó el hechicero a una foca que me subiese a la arena; recobré mis naturales encantos y marché en seguida al reino de los Pistachos. Pronto me convencí de que la empresa no era tan fácil como yo suponía. Protegidos los dos jóvenes por poderosos padrinos, veía deshacerse todas mis combinaciones para apoderarme de ellos. Por fortuna, la Princesita Edelmira había adquirido un gran defecto; se burlaba hasta de su sombra; y esto a veces la hacía ser cruel con los demás con tal de lucir su ingenio o de producir la risa. Su madrina para castigarla por esta falta la privó de su protección. Entonces tuve la esperanza de conseguir mi deseo. Me transformé primero en un pequeño pajecillo, y recordando la historia de la cangreja, a la vanidad femenina acudí

para que fuese mi cómplice, y ella en la forma de un lindo traje de caza puso la Princesa entre mis manos.

—¿Dónde la has dejado? —preguntaron interesados los pollinos.

—La he trocado en perro para evitar que la encuentren. De su Palacio al mar hay cuatro jornadas. Por la noche tengo que dejarla reposar. Como es una mortal, no puede resistir mucha fatiga.

Ahora, amigos míos, ya sabéis mi historia; para distraerme en mi forzada inacción, contadme las vuestras,

#### IV LOS BURROS DE LA CAÑADA

Un borriquillo que pastaba cerca del Genio, tomando la palabra habló así:

—Yo, señor, era un niño algo desobediente que tenía la pernicioso costumbre de elegir por amigos a los peores de mis compañeros.

Una mañana me llamó mi madre, y entregome un paquete de dulces diciéndome:

—Ve a casa de Caralampia y dale esto. ¡Cuidadito con que te juntes con esos malos muchachos, cuyo trato te tengo prohibido! Como eres tan simple te engañan todos los días, haciéndote ver lo blanco negro. Si los encuentras, huye y no sueltes lo que llevas en la mano: es un encargo y me causarías gran perjuicio perdiéndolo.

Salí de mi casa y a los pocos pasos hallé a mis discípulos que me aguardaban.

—Ven con nosotros—gritaron.

—Imposible; madre me regañaría.

—No hagas caso. No se enterará. ¿Qué tienes ahí?

—Unos dulces para Caralampia.

—Obséquianos con algunos.

Recordando las advertencias de mi madre pensé marcharme, pero me detuve al escuchar a uno de los niños que vociferaba:

—¡Qué bonito, qué bonito!

Al mirar a mi compañero observé que alzaba los brazos en alto moviéndolos cual si fuesen alas.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Allá arriba—respondió, — entre las nubes, un burro va volando. No lo ves, porque para conseguirlo hay que hacer con los brazos lo mismo que yo.

Solté el paquete, imitando sus movimientos, con la cabeza muy levantada, y compungido exclamé:

—No distingo ningún bulto.

—Sigue mirando.

Convencido de que nada lograba, bajé los ojos al cabo de algunos minutos y los dulces y mis perversos consejeros habían desaparecido juntos. A mí lado sólo estaba una linda jovencita que se reía.

—¿Quién eres para que así te burles de mí? — gruñí furioso y contento al mismo tiempo de encontrar un ser sobre el cual pudiera desahogar mi rabia.

—Soy el hada del Sentido Común. ¿No querías ver burros? Pues voy a proporcionarte ese gusto por un poco de tiempo. —Y tocándome con su varita quedé transformado como estoy en compañía de estos amigos.

—¿Y tú, qué has hecho? —interrogó el Genio a un asno que llamaba su atención por lucir sobre sus lomos unas descomunales alforjas.

—Yo era un labrador que tenía la mala costumbre de abusar del vino y el defecto de ser algo tozudo. Fui una mañana con mi borriquito hacia el vecino pueblo, con objeto de comprar varias cosas, entre ellas unas vigas para reponer otras podridas del techo de mi granero. Quizás en la excursión bebiera más de lo conveniente, el caso es que a la vuelta quise que entrase mi pollino por la puerta de la cuadra por donde salió, llevando las vigas atravesadas sobre las alforjas y ¡claro!, no cabía. El animalito se echaba hacia atrás y yo le pegaba diciendo:

—¡Lo mismo que saliste tienes que entrar!

Al oír el barullo se asomó mi mujer gritando:

—¡Hombre de Dios! quita esos maderos.

—He dicho que pasa como viene, y pasa. No necesito consejos. Si la puerta se ha estrechado durante mi ausencia, que venga un albañil y que la ensanche.

—Pero, hombre....

---¡No hay pero que valga!

Llamé al obrero, se reunió la gente, y cuando empezaba la faena, abriose calle entre la multitud una joven muy hermosa. Acercándose a mí y acariciando a mi borrico, que pugnaba por retroceder y daba coces intentando tirar la carga y llegar cuanto antes al pesebre, dijo:

—Este animal te enseña lo que tienes que hacer para llevarlo a la cuadra. Soy el hada del Sentido Común y me convenzo de que el burro demuestra poseer más que tú. Hasta que te corrijas ocuparas su puesto. Tócome con la varita, sentí que se alargaban mis orejas, que se inclinaba mi cuerpo, y al pretender gritar, de mi garganta salió un rebuzno. Sin embargo, por prodigio de encantamiento, conservo también como mis compañeros el don de la palabra. Estas alforjas me recuerdan perpetuamente mi falta, y te aseguro que cuando el hada me perdone, ni seré testarudo, ni volveré a probar el vino, cuyo abuso nos quita la razón, haciéndonos semejantes a los animales.

No lejos del Genio saltaba un burro pequeñito seguido por otros dos mayores.

—¿Y tú qué tienes que contarme? — preguntó aquél al primero de los mencionados asnos.

—Era yo un niño rico y mimado hasta la exageración. Por no contrariarme, mis padres favorecían mi fatal desaplicación y no me obligaban a estudiar. Llegué a los quince años sin aprender cosa alguna.

Una tarde salí a paseo con mi hayo y divisé multitud de gente parada leyendo un gran cartel pegado en una esquina. Aguijoneado por la curiosidad, intenté, sin conseguirlo, deletrear sus líneas.

—¿Qué dice ahí? — interrogué a mi acompañante.

Antes que éste respondiera, oí a mi lado fuerte carcajada. Volví la cabeza y vi una hermosa jovencita que me decía:

—¡A tu edad y con tu fortuna, ni siquiera sabes leer! Como moralmente estas hecho un borriquito, conviene que en castigo lo seas también un poco de tiempo en lo corporal—y tocándome con una varita quedé como hoy me encontráis. Ya habréis comprendido que la joven era el hada del Sentido Común.

—¿Y vosotros, ¿quiénes sois? ¿Qué ha motivado vuestra metamorfosis? — preguntó el Genio a los dos burros viejos que no se apartaban del pequeño.

—Nosotros, señor: — contestaron los aludidos, —somos los padres de este niño. El hada vino a buscarnos y nos dijo que habíamos demostrado aún menos discernimiento que el chiquillo. Los dos perros, o si queréis mejor los transformados Príncipes, observando que el Genio estaba distraído oyendo estas historias, pensaron que debían aprovechar aquella buena coyuntura para escaparse. Sigilosamente primero, y más de prisa después, corrieron hacia el bosque. El ligero crujido de las hojas secas pisadas por sus patitas, llamó la atención del enemigo. Al darse cuenta de lo que sucedía, trocose instantáneamente en golondrina, y con rápido vuelo persiguió a los fugitivos. Al alcanzarlos dejose caer

cerca de la Princesa, y tocándola con una de sus alas hízole sufrir su propia transformación, alejándose con ella velozmente hacia la altura.

## V

### EN EL QUE EL, GENIO DE LAS TRANSFORMACIONESHACE DE LAS SUYAS

El Príncipe, sin abatirse al ver desaparecer a las preciosasavecillas, exclamó:

Sofoque, Pirindongo,  
Batiborrillo querido,  
en vuestras manos me pongo,  
concededme lo que pido.

Y prosiguió: —Quiero ser golondrina. ¡Tarabú!

Instantáneamente la transformación quedó hecha y remontó su vuelo tras las que tanto le interesaban. Como éstas llevaban mucha delantera, pasó la noche, sin que lograrse encontrarlas.

A la mañana siguiente llegó a un parque que rodeaba un palacio en cuyos tejados distinguió numerosos nidos de golondrinas. Pretextando visitar a sus compañeras, recorriólos uno a uno. Cuando casi perdía toda esperanza, en el último halló lo que buscaba al observar el lindo collar de perlas que ceñía el cuello de una de aquellas aves.

—Cui-cui—pio poniéndose a su lado. —Y añadió muy bajito: —Edelmira, huyamos, soy yo. De un salto volaron fuera del nido,

en tanto la dueña de aquél iba a dar aviso de lo que sucedía al que le confió la prisionera.

El Genio, trocado en gavián pronto alcanzó a los dos hermanos arremetiendo contra ellos. Fernando, al huir de la acometida llamó a Edelmira; nadie le contestó y nadie vio tampoco el joven. —¿Dónde estará? —preguntábase a sí mismo con desesperación. Y volando de un lado para el otro pasó casi todo el resto del día. Al atardecer, cruzaba por unas viñas y divisó multitud de moscas que rodeaban otras compañeras.

Con alegría inmensa observó al acercarse, que uno de los insectos ostentaba un diminuto collar de perlas. Inmediatamente colocose en un sitio hacia el cual se dirigían aquéllas, y repitiendo otra vez las palabras enseñadas por los duendes, añadió:

—Quiero ser araña. ¡Tarabú!

Con qué gusto —pensaba Fernando, trocado ya en lo que había pedido — con qué gusto sujetaré al Genio al pasar entre los sutiles hilos de mi tela, mientras yo, transformado en pájaro, vuelo con mi hermana a los Pistachos.

Llegaron las moscas y no se defraudaron las esperanzas del joven, cayendo prisioneras las dos que deseaba. Más cuando se disponía a cantar victoria, el Genio desprendiose con rápido esfuerzo de las mallas que lo oprimían, y convirtiéndose en un gorrión se arrojó sobre la araña. Esta apenas tuvo tiempo más que para decir precipitadamente:

¡Padrinos del corazón!  
por vuestro potente nombre  
cese mi transformación.  
¡Tarabúl Quiero ser hombre.

El gorrión sacudió las alas, y el Genio bajo la forma de un gigante, se abalanzó hacia Fernando levantando una tremenda cachiporra sobre su cabeza. Dando un salto a un lado, salvose el Príncipe del terrible golpe, en tanto murmuraba:

Sofoque, Pirindongo,  
Batiborrillo querido,  
en vuestras manos me pongo,  
concededme lo que pido.

Y añadió: — Trocadme en hormiga. ¡Tarabú!

El gigante, por más que miró por todas partes, no halló rastro del valiente joven. Cansado de buscarle, y aproximándose la noche durante la cual debía des. cansar la Princesa, tomó el Genio su verdadera forma que no era otra que la de un alado mancebo, cubierto con resplandeciente túnica de oro. Dirigióse entonces a la mosca que aterrada había presenciado la anterior escena, y soplándola suavemente quedó convertida en una rosa en el centro de un frondoso rosal.

—Ahora puedo irme tranquilo por unas horas—exclamó el Genio. —El que pretende libertarte nada ha de intentar sabiendo que si cortase el tallo que te une la planta, peligraría tu vida.

La hormiga que conocemos, al desaparecer su enemigo, repitió las palabras talismán de sus portentosas metamorfosis, y según el deseo expresado, vióse trocado en linda mariposa que, volando hasta el rosal, acarició con sus brillantes alas los aterciopelados pétalos de la hermosa flor. Muy de mañana volvió el Genio, tornó a soplar sobre la rosa, y de ella surgió una gacela.

Por virtud de las mágicas frases, cambiose la mariposa en un ciervo que corrió tras la gacela.

Inmediatamente el Genio, en unión de su compañera fue transformándose en avestruz, tigre, oso y conejo. Fernando, sin olvidar una letra de lo que debía decir, siguió siempre a los fugitivos que marchaban hacia adelante.

Los avestruces, viéronse perseguidos por un águila, los tigres por un león, los osos por un elefante y los conejos por un galgo. Entonces fue cuando el Genio estuvo en serio peligro de caer en una trampa. A duras penas logró librarse antes de que le alcanzase el galgo. Desesperado gritó:

—No lucho más; bastante me he molestado. Te llevaré muerta ya que me es imposible entregarte viva.

Y al decir esto, recobró su forma natural y tocó ligeramente al otro Conejo, trocándolo en una antorcha que clavó en la tierra. El Genio, con un soplo, apresurose a encenderla exclamando:

—Ahí te dejo. Consúmeme durante la noche. Si ardes hasta el fin se extinguirá tu existencia. De las cenizas resurgirá tu cuerpo, pero sin vida.

Y alejose convencido de que Fernando había perdido su pista, al no divisar al Príncipe, ni al galgo, ni otro animal alguno, por la explanada en que se encontraban. Por fortuna no era así. Escondido en el tronco de una encina hueca no se le escapó nada de lo hecho, ni de lo dicho, y apenas desapareció su enemigo intentó apagar la antorcha. ¡Trabajo inútil!, como estaba encantada a cada nuevo soplo lucía más brillante. Loco de pesar repitió de nuevo las palabras enseñadas por los duendes, rogándoles lo transformasen en copiosa lluvia. La súplica fue oída, y con los fuertes ímpetus del tremendo aguacero, logró al cabo lo que ambicionaba, más le fue imposible arrancarla del suelo, y si por el momento al extinguirse la luz, salvaba la vida de su hermana, casi iba perdiendo la esperanza de libertarla del poder del brujo. Sólo faltaba una jornada para llegar a sus dominios del mar.

Vuelto Fernando a su forma natural, el cansancio le hizo aletargarse entre las ramas del árbol que le servía de refugio para observar sin ser visto lo que sucedía.

Cuando se despertó a la siguiente mañana el sol brillaba muy alto en el horizonte. La antorcha había desaparecido.

Lloró con amargura, recriminándose duramente por haberse dormido, y para ganar tiempo, tomó la figura de una cigüeña, dirigiéndose hacia el mar.

## VI EL ARBOL Y LA YEDRA

Inútilmente voló Fernando todo el día sin hallar rastro de los fugitivos. Acercábase la hora del crepúsculo; a lo lejos divisó dos cigüeñas que cruzaban el espacio. Aproximose a ellas, y su corazón latió alegremente al observar que una de las aves se engalanaba con las perlas del cóndor.

Por una rara casualidad, ambos enemigos habían elegido la misma metamorfosis.

El pájaro del collar, por efecto sin duda del cansancio adelantaba poco, y el Príncipe pudo alcanzarlo en el instante que llegaban a una selva a orillas casi del mar. Por el sitio en el cual se encontraban supuso sería la que designaban en el reino con el nombre de «Las Cigarras».

En el momento en que un grupo de leñadores se disponía a cortar algunos de los árboles del bosque, el Genio, viéndose descubierto por Fernando, descendió furioso a tierra seguido de su compañera, y tocándole con las alas dejola convertida en un álamo.

Fernando, para defenderla contra el hacha de aquellos hombres, repitió una vez más las mágicas frases enseñadas por sus padrinos, añadiendo:

—Quiero ser una planta que se enrosque en ese tronco para protegerlo. ¡Tarabú!

Instantáneamente el Príncipe quedó trocado en una enredadera desconocida en los remotos tiempos de que os hablo, pero que hoy todos habéis visto, niños míos, llamase la yedra.

El Genio entonces recobró su forma verdadera, dirigióse a una fuente cercana y con su varita agitó las aguas exclamando:

Rasga el cendal transparente  
donde ocultas tu hermosura,  
rompe la limpia tersura  
de las aguas de tu fuente.

Abriéronse las ondas del claro manantial y salió de ellas una bellísima joven envuelta en larga túnica de tisú de plata.

—¿Qué deseas? — preguntó al que la evocaba.

—Que me prestes tu mágica regadera de oro.

—¿Es bueno el empleo que piensas darle?

—Sin duda; no temas. Luego lo sabrás.

Desapareció la hermosa ninfa, volviendo instantes después con una regadera de oro de extraña forma.

La tomó el Genio y corrió hasta el álamo cubierto de yedra que regó con el agua contenida en el recipiente de oro, arrojándolo en seguida, ya vacío, dentro de la fuente donde apareció la linda joven.

Fernando, aunque trocado en planta, por un prodigio de encantamiento, no perdió la facultad de ver oír cuanto su lado pasaba, y siguió con atención los movimientos de su enemigo, sin comprender lo que hacía.

El Genio, dirigióse después a la orilla del mar y por tres veces gritó:

—¡Alapapajú. Alapapajú, Alapapajú!

Encrespáronse las olas y entre sus espumosas ondas viose surgir la horrible cara del brujo que bramaba:

—¿Quién es el osado que se atreve a llamarme?

—El Genio de las Transformaciones, que ha cumplido su palabra, y libre de sus compromisos, desea volver a su palacio. Os ofrecí entregaros uno de los Príncipes de los Pistachos, y soy tan generoso que pongo los dos en vuestras manos.

—¿Dónde están?

—Ahí cerca; en la selva. ¿No distinguís ese álamo que ofrece la rara particularidad de tener su tronco protegido por una enredadera?... Esos son los que buscáis. El árbol es la Princesa, la enredadera su hermano.

Sé que destruyen este bosque por orden de su dueño. El procedimiento de que se valen para transportar la leña al vecino reino de las Azucenas es bien sencillo; embarcan la madera cortada en balsas atracadas a la orilla que la conducen a los barcos surtos mar afuera; quedando depositada en sus cubiertas por las grúas de los buques. Cuando veáis pasar la balsa que lleva el álamo del ropaje verde, hundidla antes que alcance su destino.

—¿Y si mientras tanto logran deshacer su mágica transformación?

—Imposible. Escuchad... El Genio en el exceso de su entusiasmo había hablado gritando muy alto, y Fernando no perdió ninguna de sus palabras; pero bajó la voz entonces y el Príncipe ya no pudo oír nada del resto de su larga conversación.

Despidiéronse el brujo y su amigo, desapareciendo éste sin que se supiese por dónde.

. —¡Qué tonto es! —pensaba Fernando—en cuanto cierre la noche, para no llamar antes la atención de los leñadores, repito mentalmente mis frases mágicas, me hago hombre, visito al dueño del bosque, le digo quién soy contándole lo ocurrido y hallaremos el modo de proteger a mi hermana mientras dure su fatal encantamiento. Más un descubrimiento doloroso le aguardaba. Al intentar hacer lo que se propuso, notó con terror que había olvidado en absoluto las frases que eran su talismán, sin las cuales, no tenía medio de recobrar su verdadera forma. Inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo por recordarlas.

Muy temprano llegaron al día siguiente los leñadores, y uno de ellos, fijándose en el álamo dijo a sus compañeros:

—Mirad qué árbol más raro. Tiene el rocío alrededor de la copa como si fuese un collar y el tronco cubierto con una planta desconocida.

—Vamos a echarlo abajo——insinuó uno de aquellos hombres.

—Este álamo no estaba aquí antes. Acaso sea un brujo que venga a hacernos daño. —Y alzó el hacha dispuesto a ejecutar lo que decía. Fernando, decidido a dar su vida por salvar la de su hermana si posible era, enroscó más fuertemente sus ramas en torno del tronco.

El arma mal dirigida, sólo rozó las hojas de la yedra. Otro de los obreros protestó exclamando:

—Hombre, no seas bárbaro. Deja ese árbol hasta que demos cuenta al señor de lo que sucede.

—Tiene razón—gritaron los demás.

—Está ausente.

—Volverá dentro de unos días.

---¡Quién sabe! Se va y luego llega cuando menos se espera. Ignoramos todos sus nombres. Vino del vecino reino de las Azucenas, pagó este bosque doble de lo que vale a su antiguo dueño, y en seguida mandó echar abajo los árboles y llevarlos a su país.

Es un chiquillo, pero tiene una dignidad para mandar que ya la quisieran muchos hombres.

Continuó la discusión entre los leñadores y al fin, el que deseaba derribar el álamo, aunque de mala gana, tuvo que ceder por encontrarse en minoría, y suspender lo que proyectaba.

## VII LAS NINFAS

Ya expliqué a los niños en mi libro de cuentos anterior a éste<sup>30</sup>, que la mitología es la historia de las falsas divinidades del paganismo. Para mayor claridad de este capítulo, diré a los que aún no la hayan estudiado, que las ninfas eran nietas del Océano, y éste, hijo de Neptuno, dios del mar. Las de los ríos y fuentes,

---

<sup>30</sup> *Para los niños. Cuentos de Hadas.*

llamábanse Nayades. Nereidas las del mar... Y basta de digresión y siga el cuento. La vuelta del amo debió retrasarse, porque transcurrió más de un mes desde la discusión de los leñadores sin que nada nuevo ocurriese. El pobre Fernando, se trituraba la memoria por recordar las frases olvidadas sin conseguirlo. Aquella tarde oyó decir a los trabajadores:

—Hoy llegó el señor; mañana recorrerá este lado de la selva; veremos lo que dispone que se haga con ese árbol tan extraño. Aseguran que está de muy mal humor porque encuentra atrasada nuestra faena. Seguramente nos ordenará que despachemos pronto y cortemos de una vez todo cuanto resta del bosque.

Fernando quedó aterrado al escuchar aquellas desconsoladoras palabras. Pensando estaba en su triste suerte mucho tiempo después de marcharse los obreros, cuando de improviso interrumpió el silencio de la media noche el tañido de una melodiosa campana, suceso desconocido en aquellos solitarios lugares. Contó los golpes, y al llegar a los doce, la campana enmudeció. Instantáneamente abriéronse las aguas del mar y cogidas de las manos, salieron varias jóvenes hermosísimas que cubrían sus cuerpos con largas túnicas de gasas verdes y azules salpicadas con ramos de algas y sujetas por cinturones de espumas. Perlas y corales ceñían sus gentiles cabezas.

Adelantáronse por la playa hacia el bosque, y con dulce voz empezaron a cantar:

Reina en la selva  
profunda calma,  
la luna vierte  
su luz de plata;  
llegó la hora  
tan esperada  
en que podemos  
salir del agua,  
ver a las ninfas  
nuestras hermanas.

Cual, si este canto hubiese sido un conjuro, agitáronse las fuentes y manantiales del bosque y de ellos surgieron bellísimas doncellas, no menos lindas que las anteriores, vestidas con largas

túnicas de tisú de plata, y coronadas con diademas de juncos, lirios y nenúfares. Corrieron muy de prisa al encuentro de las Nereidas que salieron del mar, cantando:

Rasgan las fuentes  
sus ondas claras,  
llegan las ninfas  
a la enramada  
para besaros  
lindas hermanas,  
bellas Nereidas,  
reinas del agua.

Al terminar esta frase uniéronse todas abrazándose cariñosamente. La ninfa que vimos hablar con el Genio, adelantose y volvió a cantar:

Bendita noche  
que nos ampara,  
como el olvido  
triste y callada.

Enlazaron después sus manos las unas con las otras y comenzaron a bailar preciosas danzas en torno de los árboles.

Absorto contemplaba Fernando aquella fantástica escena.

Al cabo de dos horas, agrupáronse las ninfas cerca del álamo cubierto de yedra y sentándose en el suelo, dijeron las Nereidas a las Nayades:

—Un siglo nos parece el tiempo que pasamos sin veros, hermanas. ¡Qué triste es que sólo nos permitan reunirnos dos veces al año!

—Nosotras—respondió una de las Nayades—también contamos las horas que nos separan de estos dichosos momentos.

—¿Qué tiene nuestra hermana Olvido, que esta tan melancólica?

—preguntó una de las hijas del mar señalando a la ninfa que ya conocemos, la que entregó al Genio la regadera de oro, cuyo contenido vertió sobre la yedra.

—Lo ignoramos—contestaron las Nayades.

—Voy a decírtelo yo—replicó la aludida; —ya sabes que habito entre las ondas que llevan mi nombre en la fuente del Olvido, y que guardo en el fondo de la gruta en donde nace su manantial, otro menos caudaloso, cuyas aguas mezcladas con las del río Leteo, tienen la virtud de borrar de la memoria las cosas pasadas, o una sola circunstancia de la vida, según se desee

—¡Ay! — díjose a sí mismo Fernando tristemente —ahora comprendo por qué no recuerdo las palabras mágicas.

Y siguió escuchando con la mayor atención el relato de la ninfa, que proseguía:

—No ignoras que mis sentimientos son bondadosos; si doy con gusto algunas gotas de mi manantial para que los mortales olviden sus pesares, las rehúso siempre cuando las buscan para producir un mal. Hace más de un mes acercose a mí un hermoso Genio, y evocándome, pidióme la regadera del olvido parcial, llena de su precioso líquido.

—¿Para qué la quieres? —le pregunté.

—Ahora te lo diré al devolvértela. No temas—me respondió. — Le entregué lo que deseaba y no debe haber sido bueno el empleo que de mi don ha hecho, cuando ni una palabra me dijo al traerme el objeto prestado; lo tiró entre mis ondas huyendo sin detenerse. Mucho me aflige haber causado tal vez un grave daño sin saberlo.

—No te apures—exclamó una de las preciosas jovencitas de las túnicas verdes. —El mal, gracias a una conversación sorprendida por mí, puede acaso tener remedio.

Y la Nereida refirió a sus compañeras la historia del Príncipe que había oído contar a Alapapajú, y parte de la entrevista del Genio con el brujo a la que asistió sin que la viesen, oculta entre las espumas de las olas.

—Con esto, hermana mía—arguyó la ninfa del Olvido, —nada hemos adelantado, y mi dolor aumenta al enterarme del perjuicio, que involuntariamente he hecho a ese noble joven.

—Ten paciencia, querida, y sigue escuchando. Al final de la larga conversación del Genio con el hechicero, éste le dijo:

—¿Conoces tú por casualidad las mágicas palabras que pronunciaba el Príncipe para conseguir sus metamorfosis?

—Sí—respondió en algunas ocasiones las repitió en alta voz.

Para cambiar de forma exclamaba:

Sofoque, Pirindongo,  
Batiborrillo querido,  
en vuestras manos me pongo,  
concededme lo que pido.

Y luego añadía: quiero ser tal cosa ¡Tarabú!...

Las ramas de la yedra temblaron de emoción cual si las moviese el viento. Todo lo olvidado volvía a la memoria del Príncipe.

—Y ahora, oídmeme — prosiguió la que contaba la interesante historia. —Sabemos que ese joven está en la selva, mas como hubo una parte de la conferencia del brujo con el Genio que no pude escuchar por impedírmelo los gritos de un calamar y una merluza que reñían a mi lado, ignoramos el sitio donde se encuentra. Para poder remediar el daño causado y recordarle las olvidadas palabras mágicas, repetid cantando conmigo las frases que han de hacerle recobrar su forma de hombre. Gritad fuerte, para que nuestros acentos lleguen hasta él.

Levantáronse todas y una exclamó:

—Date prisa, hermana, la aurora se aproxima envuelta en su manto de gasas blancas y rojas y se dispone con sus dedos de nácar a abrir las puertas azules del espacio para que salga el sol. Ya sabes que apenas el primer rayo inunde la tierra con su luz, tenemos que regresar a nuestras moradas. Fernando con terror miró al cielo; en efecto, una franja matizada de púrpura se dibujaba en el horizonte. ¡Tan cerca de la salvación e iba a perderla! Un siglo le pareció el segundo que tardó la ninfa del mar en contestar:

—Decid conmigo:

¡Padrinos del corazón!  
por vuestro potente nombre,  
cese mi transformación,  
¡Tarabú! Quiero ser hombre.

Con la última nota de este canto entonado por aquellas celestiales voces salió el primer rayo de sol. Pero las ninfas antes de hundirse en el líquido elemento tuvieron la alegría de oír el grito de triunfo de Fernando y de ver estremecerse las hojas de la enredadera,

primero, desaparecer la verde planta después, y en su lugar surgir al pie del árbol la figura de un hermoso joven que de rodillas les demostraba su gratitud.

Ya comprenderéis por esto que os digo, mis amados lectorcitos, que el Príncipe al mismo tiempo que las ninfas repetía en su memoria las olvidadas palabras; por eso fue tan rápida la transformación.

## VIII EL, ESPANTAPAJAROS

En aquel momento llegaban los leñadores acompañando al misterioso dueño del bosque.

Acercose a él Fernando y al verse, ambos jóvenes lanzaron honda exclamación de alegría cayendo el uno en brazos del otro.

—¿Quién era ese señor? — me preguntaran mis pequeños lectores.

Ahora vais a saberlo.

Tres años antes de estos acontecimientos, fue el Rey de los Pistachos a visitar a su querido vecino el Soberano de las Azucenas, acompañado por su nieto. Fernando conoció entonces al heredero del reino, al Príncipe Mirtildo, un niño algo mayor que él. Los dos jóvenes eran de carácter noble, bueno y generoso, y en el tiempo que pasaron reunidos estrecharon lazos de fraternal amistad.

Los trabajadores que se habían retirado volvieron temblorosos.

—Señor—gritaban, — el árbol extraño, del cual os hablamos, ha perdido esta noche, sin dejar rastro de ella, su túnica de verdura.

—Yo te explicaré lo sucedido, Mirtildo. Diles que se alejen.

Así lo hizo el heredero de las Azucenas, y Fernando contó a su amigo lo que saben mis lectorcitos.

Este escuchó atentamente y respondió conmovido:

—Acaso en la historia que me refieres, encuentre yo la realización de mi sueño. Oye: dormía una noche profundamente y creí ver a mi madrina, el hada Graciosa, que besándome en la frente susurraba:

«Marcha a los Pistachos; compra el bosque de las Cigarras; en uno de sus árboles hallaras tu ventura para el porvenir.» Me desperté y la hermosa visión se desvaneció. Ese mismo día mandé

emisarios a entenderse con el dueño de las Cigarras: una semana después visité la selva, que ya era mía. Entonces ordené que cortasen los árboles y los llevaran a las Azucenas donde son examinados uno a uno. Desesperaba de lograr el fin que persigo, dudando de la veracidad de mi sueño, al ver que solo contenían ramas y madera. Tu historia hace renacer mis esperanzas. Como la mayoría de las hadas poseen la facultad de adivinar el tiempo futuro, comprendo las intenciones de Graciosa. ¿No es también la madrina de tu hermana?

—Sí—respondió Fernando.

—Seguramente es ella el árbol que me traerá la dicha. El hada en sus altos designios todo lo preveía. Me ha hecho venir aquí para que la conozca y ha consentido que Edelmira sufra tantas penalidades para corregirla de sus defectos.

—¿Y ahora de qué medio nos valdremos para desencantarla»

—Evoquemos a nuestros padrinos.

Llamó Fernando a los duendecitos, que no tardaron en presentarse, y Mirtildo al hada Graciosa, que llegó en su precioso coche formado por un clavel, acompañada por su amiga el hada de la Constancia.

Los dos jóvenes posternáronse ante aquellos poderosos seres, rogándoles que desencantasen a Edelmira.

—He jurado—declaró Graciosa—no protegerla durante un año.

—Señora—observó Fernando, — ya ha pasado.

—¿Qué estás diciendo, si no han transcurrido ni dos meses? ...

—Siempre he oído que las horas del sufrimiento cuentan por mucho más del doble. Además, me consta que está verdaderamente arrepentida.

—Lo primero no me convence, pero en gracia a lo segundo, revocaré el castigo—y acercándose al álamo lo tocó con su varita de oro. Inmediatamente cayeron sus hojas, hundiose el tronco, y en el lugar que ocupaba vieron aparecer a la hermosa joven que se arrojó en brazos de su hermano, en tanto Mirtildo la contemplaba extasiado admirando su prodigiosa belleza.

Edelmira, arrodiloóse después delante de su madrina pidiéndole perdón.

—Ya comprenderás—contestó la maga—que al privarte de nuestro poderoso amparo sabía cuánto te iba a suceder, pero he

consentido que sufras para que te corrijas, condoliéndote en el porvenir de los que la fortuna haya favorecido menos que a ti.

De repente llamó a todos la atención que se agitasen las olas sin que hiciera viento alguno que produjese la marejada.

Escondeos detrás de los arboles—gritó el hada de la Constancia. A los pocos segundos asomó entre las ondas la horrible cabeza del brujo.

Alapapajú impaciente, quiso enterarse por sí mismo, si tardarían mucho en cortar el álamo tan esperado, y su estupor no tuvo límites al ver el sitio que ocupaba vacío. Creyéndose juguete de una ilusión, y dominando la rabia la prudencia, salió furioso del agua decidido a encontrar el árbol y llevárselo al fondo del mar. Mas apenas se aventuró fuera de su elemento, de un salto se echaron los duendecitos sobre él y lo sujetaron mientras se acercaban las hadas. La de la Constancia, tocándolo con su varita lo dejó inmóvil.

—Soltadme, soltadme—rugió el hechicero.

—Jamás—contestó la maga—Tus infamias van a ser castigadas. Pierdes al mismo tiempo el poder y la inmortalidad anexa a él. Nuestra excelsa Soberana, cansada de que sólo para el mal emplees los dones que te concedió, ha permitido que caigas en nuestras manos en la tierra, donde no tienes ya privilegio alguno que te defienda. No volverás a hacer daño a nadie

—Troquémosle—insinuó el hada Graciosa—en algo que a la par haga reír, y cause miedo en ocasiones a hombres y animales. Alapapajú ha pretendido inspirar terror a todos, pues démosle por el gusto y que lo siga inspirando eternamente.

Entre los tres duendes lo colgaron de un árbol pesar de sus iracundas protestas.

Sofoquete con su mágica adivinación, comprendiendo las intenciones de las hadas, lo tocó con su varita exclamando:

—Fue tu corazón como un leño cuando tus víctimas sufrían; en hombre de madera te convierto para siempre.

Oyose un chasquido, y los Príncipes observaron emocionados que los que fueron brazos y piernas, se transformaron en pedazos de caña que salían de un cuerpo de palo.

—¿Cómo le bautizamos? — preguntó Pirindongo.

En aquel momento se aproximaba volando una bandada de pájaros, y al ver el horrible monigote huyeron asustados.

—Ya tienes el nombre—respondió ¡Espantapájaros!  
Este fue el primero de su clase que hubo en el mundo, y así  
continúan llamándose todos sus sucesores.

## IX LA YEDRA, EMBLEMA DE LA CONSTANCIA

Los leñadores aterrados, habían asistido desde lejos a este mágico espectáculo, y en tanto Fernando, abrazaba y repetía millones de veces sus expresiones de gratitud a sus padrinos, por el poderoso don que le habían otorgado y sin el cual hubiese perdido a Edelmira para siempre, Mirtildo llamó a los trabajadores diciéndoles:

—Amigos míos, fuisteis honrados y —laboriosos en el tiempo que estuvisteis a mi servicio; como premio vuestro comportamiento, os hago donación de los terrenos de este bosque para que edificuéis cada uno vuestra casita en la parte que os corresponda, con el dinero que voy a daros. Acercaos.

Muy de prisa fueron llegando a recibir unos papeles firmados que el Príncipe sacó de su bolsillo, en los que rogaba al tesorero de su reino, entregase al dador la suma escrita. Mirtildo era compasivo y generoso, y siempre iba provisto de estos documentos para socorrer al desvalido donde le hallara. Su caridad le hizo inventar mucho antes de que existieran, algo parecido a las letras de cambio.

Pronto observaron todos que uno de los leñadores, quedaba rezagado de los demás. Era un tipo que hubiese causado risa no haber inspirado lastima. Un pobre hombre medio cojo, bizco, con la nariz torcida y la boca tan grande que se abría de oreja a oreja. Avergonzado sin duda por su extremada fealdad, o quizás a causa de su cojera, avanzaba muy lentamente. La Princesita al verlo corrió hacia él. Fernando se echó a temblar.

—¡Dios mío! —pensaba aterrado; —¿si el arrepentimiento de mi hermana no habrá sido verdadero e irá ahora según su antigua costumbre a burlarse del desgraciado haciendo resaltar sus defectos?...

En breve se tranquilizó y sus temores trocáronse en la más pura alegría.

La preciosa joven, al llegar al sitio donde el infeliz se encontraba, extendió uno de sus brazos y dijo con acento más dulce y melodioso que el trino de un ruiseñor: —Apoyaos en mí, buen hombre. Tal vez estéis cansado de la faena del día y os cueste trabajo andar.

—Gracias, señora; es que me da vergüenza. ¿Cómo va a presentarse delante de tantos señores, un tipo tan feo y tan ridículo como yo?

—Desechad esas ideas—continuó amorosa la Princesita—y venid conmigo. Acaso valgáis más que ninguno de vuestros compañeros. El verdadero mérito consiste en lo que somos, no en lo que parecemos.

El hada Graciosa sonrió satisfecha. Su lección había dado lozanos frutos.

Mirtildo, admiraba entusiasmado y conmovido aquella hermosa niña, conduciendo cuidadosamente al desdichado, cuya fealdad hacía resaltar la delicada belleza de la Princesita.

—Gracias— susurró el joven al oído de su madrina; — he comprendido el sueño.

—¡Chist! —respondió el hada Graciosa poniendo un dedo sobre sus labios; —aún es demasiado joven; no es tiempo de hablar todavía, pero deseaba que os conocieseis y por eso te he hecho venir.

Los leñadores no cesaban en sus demostraciones de gratitud a Mirtildo. El hada de la Constancia les interrumpió rogándoles se alejasen por unas horas de aquellos lugares.

Así lo hicieron, y en seguida tocó con su varita varias florecillas del campo, quedando sin perder su forma trocadas en preciosas carrozas conducidas por lindas aves.

En aquellos floridos carruajes tomaron asiento las hadas, duendes y Príncipes, encaminándose velozmente a la capital de los Pistachos.

Los Monarcas de este reino, los de Tonambul y los Príncipes Graciela y Ricardo, pasaban los días enteros asomados en la terraza del magnífico Palacio esperando siempre la vuelta de los queridos ausentes. Inútil es intentar describiros su alegría, al ver cruzar entre las nubes los bellísimos carruajes, que desaparecían por encanto apenas depositaban en tierra a sus gentiles ocupantes.

Los duendecitos contaron a los Reyes y Príncipes los prodigiosos sucesos ocurridos, y padres y abuelos abrazaban felicitándolo al intrépido Fernando, que lejos de envanecerse repetía:

—Yo nada he hecho, a mis padrinos se lo debo todo.

Esto no os extrañe, niños míos, el verdadero mérito es siempre modesto.

Mirtildo fue muy bien recibido por los Monarcas que aprobaron satisfechos los futuros proyectos del hada Graciosa.

Para celebrar el feliz resultado de tan arriesgada empresa, y sobre todo el verse libres de la saña de su mortal enemigo Alapapajú, decidieron los Reyes dar a la noche siguiente una magnífica fiesta a la que serían admitidos lo mismo los pobres que los ricos, y pusieron a saco las tiendas y bazares del reino, para repartir obsequios que conservasen los invitados, como recuerdo de tan fausto día.

Cuando llegó la hora del baile, sorprendió a todos el hada de la Constancia presentándose espléndidamente vestida, adornando su magnífico traje con hojas de yedra; ceñía su hermosa frente una rama de la misma enredadera. Observando que la contemplaban admirados, habló así:

—Hizo surgir esta desconocida planta un arranque de leal adhesión de un niño firmemente resuelto a morir antes que abandonar el fin que se proponía. Por eso la elijo desde hoy como atributo y será hasta la consumación de los siglos, el símbolo de la constancia.

Tres años después de estos acontecimientos, se celebraban alegremente las bodas de Edelmira con Mirtildo y de Fernando con Zafira, una hermosa Princesa hija del Rey de las Azucenas, en todo semejante a su buenísimo hermano.

La encantadora Princesita Edelmira, siguió siendo siempre graciosa y risueña; pero completamente corregida de su antipático defecto, no volvió a lucir su ingenio molestando a los demás, ni burlarse nunca de la desgracia ajena.



# QUIQUIÑO

A Joaquinito Muñoz Seca y de Ariza

## I

### EN DONDE SE VEN LAS CONSECUENCIAS DE UNA VISITA DE LAS HADAS DE BUENA Y DE LA MALA SUERTE

EN las afueras de la hermosa ciudad de Illopus, capital de los Estados del mismo nombre, pertenecientes al muy noble y poderoso caballero Don Íñigo de Mesnil, Duque de Fuencalar, habitaba en una modesta casita una infeliz mujer enferma llamada Carolina, con su hijo único Joaquinillo, que apenas contaba doce años de edad. Conocido era el niño en la población por el apodo de Quiquiño «el de la Mala Suerte». Difícil hubiera sido a sus ilustres ascendientes reconocer en la pobrísima criatura al último heredero de la preclara estirpe de los Barones de Mombón.

Antítesis de esta desdichada familia era la de los Condes de Perafin, cuya casa solariega se alzaba en el centro de la capital. Componíanla dos hermanos, Amón y Ocias, sus esposas y ocho hijos, cuatro de cada matrimonio. Amón llevaba el título de Conde,

Ocias el de Vizconde. Todo el mundo los apellidaba los de la Buena Suerte».

—¿Cuál era la causa de ambos sobrenombres? — me preguntareis tal vez, amados lectorcitos. Voy a explicárosla.

Muchos cientos de años antes de la época en la que empieza este relato, pasaron por Illopus dos misteriosas hadas; una iba vestida de blanco, otra de negro. Las magas pidieron hospitalidad en las mansiones más poderosas que existían en aquellos parajes (excepción hecha de la del Soberano), la de los Condes de Perafin y la de los Barones de Mombón. Al marcharse, cada una de ellas tocó con su varita la casa que fue su morada.

—Soy «la Buena Suerte»—exclamó al hacerlo la dama cubierta con albas vestiduras, la que buscó albergue en el Palacio de los Perafin.

—Soy «la Mala Suerte»—murmuró la hechicera que ostentaba negro manto.

Aterrados quedaron los Mombón al escucharla. Aquélla al observarlo añadió:

—No os aflijáis, en vuestra mano está el dejar sin efecto mis maleficios. El que a fuerza de perseverancia logra vencerme, no tiene por qué envidiar los favores de mi hermana. Y al terminar estas palabras, las dos hadas desaparecieron. Desde entonces, a los Perafines sonreía la fortuna, y el éxito coronaba cuanto pretendían llevar a cabo. En cambio, los Mombón arruináronse poco a poco, y de aquella que fue ilustre familia sólo quedaba como os he dicho una infeliz viuda y un desgraciado niño.

Éste, triste y abatido penetraba en aquel instante en la humilde casita. Besó tiernamente a su madre, y conteniendo los sollozos que pugnaban por salir de su garganta le dijo:

—Nada he conseguido, madre mía, los unos porque soy pequeño, los otros porque temen que les comunique mi mala suerte, me niegan el trabajo que pido. ¿A qué luchar?... Resignémonos a nuestro sino. ¿Olvidáis la historia de nuestra familia?...

—Hijo mío—respondió aquella santa mujer, — ten ánimo y confianza. La falta de energía, común a los de tu raza, ha sido la culpable de nuestra ruina. Ya que me recuerdas los vaticinios del hada maléfica, te contestaré repitiéndote sus últimas palabras: «El que logra vencerme, no tiene por qué envidiar los dones de la Buena Suerte». Todos tus antepasados se han dejado dominar por el infortunio sin combatirlo, por eso quiero inculcar en tu alma la fuerza de voluntad que te ha de hacer conseguir el triunfo. — Y terminó añadiendo — «Más hace el que quiere que el que puede». Al día siguiente, caminaba Quiquiño por un bosque cercano recogiendo ramas secas para calentar su mísero albergue. Pasos de animales y voces de hombres hiciéronle levantar la cabeza y divisó dos burros que avanzaban por la selva llevando abrumadora carga. Uno de ellos pacientemente seguía su camino, el otro protestaba con respingos y coces, intentando tirar al suelo el peso que le molestaba, lo que le valió sendos estacazos del arriero.

Mi madre se equivoca — pensó Joaquinito que era muy observador, —En esos burros veo el símbolo de mi vida; hay que aguantar la carga sin pretender arrancársela de los hombros. Sólo

me servirían mis iniciativas para recibir nuevos palos de la suerte, como los que llueven ahora sobre el pollino.

—Joaquinillo, las madres buenas como la tuya, siempre tienen razón cuando aconsejan a sus hijos. Juzgas sin discernimiento. Cierto es que nunca debe uno rebelarse contra la voluntad de Dios, y hay que acatarla resignadamente. Pero eso es solo en lo divino, no en lo humano; puedes y debes luchar para vencer tu mala suerte a costa de los mayores esfuerzos; tu perseverancia será premiada. Ya que unos animales te sugirieron antes esas falsas ideas, mira estos otros, y aprende de las pequeñas hormigas la hermosa lección de energía que te enseñan.

Volvióse asombrado el niño al oír la vibrante voz que así le hablaba, y absorto quedó al contemplar una señora de extraordinaria belleza, cubierta con brillante túnica de mallas de acero. Con su varita señalaba un crecido número de aquellos insectos, conduciendo granos, simientes y otras cosas diversas, mayores que ellos, hasta depositarlas en lo alto de un montículo donde se abría el agujero de su vivienda. Algunas al llegar casi al fin de sus fatigas, rodaban hacia abajo sin soltar su presa. Con pasmosa serenidad empezaban otra vez la tarea, y lograban dar cima a su faena con éxito completo.

—Mira esas hormigas—dijo de nuevo la desconocida. — El peso que llevan es muy superior a sus fuerzas. Sin embargo, su voluntad poderosa triunfa de su flaqueza. «Más hace el que quiere que el que puede».

—¿Quién sois, señora? — preguntó emocionado el niño. — Acabáis de repetirme las últimas palabras que ayer escuché a mi madre.

—Los deseos de ella me han evocado; deseos sagrados para mí porque los formula el amor maternal, el más grande que en el mundo existe. Él me ha traído a tu lado. Soy el hada de la Energía, y desde este momento te tomo bajo mi protección.

Acercose a Joaquinillo y le tocó con su varita de acero, que ostentaba escrito sobre ella en doradas letras la palabra «Voluntad». Luego besó al niño en la frente y desapareció.

## II

### EN EL QUE QUIQUIÑO SIGUE LAS INSPIRACIONES DEL HADA DE LA ENERGÍA

Al contacto de la varita de acero de la hermosa maga, sintió Quiquiño que todo cambiaba en su inteligencia y en su corazón. Ya no tuvo miedo a la vida, y lleno de alegría y de esperanza se puso a trabajar. Recogió juncos e hizo preciosos cestos que pronto encontraron compradores. Su industria fue poco a poco creciendo, y ya su pobre madre enferma se alimentaba mejor, y tomaba cuantas medicinas eran necesarias; y aun encontraba Joaquinito tiempo para asistir a la escuela, donde muy pronto se distinguió entre todos por su aplicación y su excelente conducta. Allí conoció a los Perafín.

Una tarde que salían juntos del colegio, acercóseles pidiendo limosna una niña misera y desvalida. Con altaneros ademanes arrojáronle los de la Buena Suerte, varias monedas. Una sola poseía Quiquiño, y diósele hablándole con tanta dulzura que la chiquilla la agradeció mucho más que el rico donativo de los primeros.

Aquella noble acción dejó en su alma tan pura alegría, que, con la esperanza de obtener medios para repetirla, discurrió desde entonces acostarse todas las noches una hora más tarde y emplearla en seguir su trabajo. Las cestas, escobas y diferentes objetos que en ese tiempo confeccionaba, los iba juntando para lo que él llamaba el tesoro de los pobres; y cuando los vendía, empleaba ese dinero en socorrer a los menesterosos.

Observad, niños míos, como aun al más abandonado de la fortuna, inspira la bendita caridad el modo de poder aliviar a otros más necesitados.

—Madre—exclamaba en estas ocasiones Juaquinillo lleno de gozo—ya ves si somos ricos, ¡hasta nos damos el gusto de hacer limosnas!

La madre bendecía a Dios y besaba emocionada a su hijo.

Este amor al bien que hizo nacer en él la educación, fue agrandado por sus generosos sentimientos, fortificados por las pruebas de la vida.

Un día presentose nuestro héroe en su casa llevando de la mano una rapazuela dos o tres años menor que él, andrajosa y

desmedrada. No era bonita, pero embellecía su rostro la dulce expresión de sus grandes ojos.

—Madre—dijo Quiquiño al entrar, —te traigo una nueva hija. Elena, a quien hace tiempo socorro, se ha quedado sola en el mundo, ayer murió su abuelita única familia que poseía. ¿No es verdad que no podemos abandonarla?...

La niña fue cariñosamente acogida. Poco tiempo después nadie hubiera reconocido en ella a la antigua mendiga.

Carolina la enseñó coser y lavar su ropa; y la muchachita, que era dispuesta y lista, pronto se halló en condiciones de poder pagar la generosa acción de sus protectores. La madre enferma, tuvo una hija solícita que ayudó a Quiquiño en sus tiernos cuidados y supo ocuparse del humilde hogar.

### III EL DUQUE DE FUESCALAR

Cinco años transcurrieron.

Diez y siete contaba ya Quiquiño que bendecía su antigua mala suerte, pues a ella era deudor de haber tenido por maestros de su infancia al desamparo y la miseria; y estos rudos protectores hicieronle aprender el trabajo y la fuerza de voluntad. Gracias a sus recias enseñanzas, los maleficios de su aciago sino iban deshaciendo en el crisol de su energía y de su abnegación.

Los esfuerzos de Joaquinillo fueron recompensados, y la humilde vivienda de Carolina habíase trocado en una modesta y cómoda casita, primorosamente arreglada por Elena.

Sorprendióles mucho recibir cierto día un aviso del Duque de Fuencalar, rogando se presentará Joaquinito aquella tarde en su Palacio.

—¿Para qué me querrá este poderoso señor, a quien ni de vista conozco? ... — Pensó el muchacho.

Al llegar a la suntuosa morada del Duque Soberano, entraban también en ella los ocho vástagos de los Perafin: Alejandro, Armindo, Eurico y Recaredo, hijos de los Condes. Y sus cuatro primos, Eriberto, Manfredo, Tulio y Orlando, hijos de los Vizcondes.

Estos jóvenes, orgullosos, frívolos y mal educados, fingieron no reconocer a su antiguo condiscípulo.

Un lacayo de librea hizo pasar a todos al salón de recepciones del Palacio. Allí les esperaba reclinado en alto sillón, el anciano Don Iñigo de Mesnil, el noble Señor de Fuencalar, Duque y Soberano de aquellos florecientes Estados.

—Sentaos, hijos míos, y escuchad—dijo el magnate, respondiendo con exquisita cortesía al ceremonioso saludo de los nueve jóvenes. —Voy siendo viejo, y como no tengo herederos directos a quienes dejar mis dominios, quiero elegir mi gusto al que reúna mejores condiciones para hacer la felicidad de mis queridos vasallos. Sois los representantes de los dos más antiguos linajes de Illopus, así es que desearía fuese uno de vosotros mi sucesor. Joaquín de Mombón—prosiguió el Duque dirigiéndose a éste, — he sabido tus afanes por vencer la mala suerte que os persigue. ¡Qué hermosa manera de coronar el fin que te propones si lograses devolver su perdido esplendor a tu escudo llegando a conquistar la Soberanía de estos dominios! ¿Te atreves a intentarlo?...

—Mi madre y mi protectora el hada de la Energía, me han hecho lo poco que soy con la repetición de esta máxima: «Mas hace el que quiere que el que puede». A ella me atengo.

— Me place tu respuesta. Y vosotros, ¿queréis todos tomar parte en las pruebas que he de someteros? —añadió Don Iñigo mirando a los demás.

Afirmativa fue también la contestación de los ocho Perafín.

—Está bien. Ahora oídme atentamente. Solo será mi heredero el que consiga llegar al Palacio del hada de la Felicidad y traerme el objeto que encierra: «El secreto de hacer la ventura de las personas que nos rodean.» Al que me lo entregue podré tranquilo confiarle la dicha de mis vasallos. No creáis que la empresa es nada fácil. Para que os dejen penetrar en el Castillo del hada de la Felicidad, tenéis que enseñarle al dragón que guarda su puerta; una flecha del Genio del Amor, la balanza del hada de la Justicia, un escudo del hada de la Misericordia y el anillo del Genio de la Sabiduría.

Mas no es esto todo: antes de pisar los parajes donde los Genios elevan sus Palacios, atravesaréis dos poderosos reinos, el de Extrañus y el de Laboro.

Los Monarcas que gobiernan ambos imperios no dejan pasar a nadie sin someterlos a tiránicos mandatos, duras pruebas o a

singulares caprichos. Por eso os repito: ¿Estáis dispuestos a aceptarlos y vencerlos?

—Sí, sí; — clamaron a coro los nueve jóvenes.

—Para facilitaros vuestros trabajos, mañana os enviaré a cada uno un plano exacto del camino y lugares que debéis recorrer. — Y dando por terminada la audiencia añadió: —¡Qué Dios os bendiga y la Reina de las hadas os proteja! Saldréis de Illopus dentro de quince días todos reunidos, y al cabo de dos años os aguardo.

El Duque se levantó y los Perafin desfilaron ante el besándole la mano.

Quiquiño quedó para el último. En vez de retirarse como hicieron los demás, cayó de rodillas diciendo:

—Señor, grande es mi afán por obtener el triunfo; no me inspira el orgullo, si no el deseo de alcanzar para mi madre la fortuna que merece. Mas a pesar de mi ardiente anhelo renuncio a realizar mis risueñas esperanzas.

— ¡Cómo! — interrumpió desagradablemente sorprendido Don Iñigo de Mesnil—¿tienes miedo?

—¿Miedo?... ¡No lo conozco!; pero mi pobre madre y Elena nuestra protegida no cuentan para vivir más que con lo que yo gano. ¿Qué va ser de ellas durante los dos años que dure mi ausencia?... Por eso desisto de optar al premio antes que abandonarlas.

El Duque conmovido le hizo levantarse y estrechándolo en sus brazos respondió:

—Eres un buen hijo y un noble joven. Desde hoy señalaré a tu madre una pensión suficiente a cubrir sus necesidades. Mañana recibirá la primera remesa, y con ella un bolso de escudos para ti, que te ayuden a sufragar los gastos del viaje. Marcha tranquilo, hijo mío, — prosiguió abrazándolo de nuevo. Y luego añadió muy bajito para que el muchacho no le oyese: — ¡Dios haga que éste sea el vencedor!

#### IV LA MARCHA

Los ocho Perafin después de maduro consejo decidieron repartirse los trabajos para dedicar a una sola cosa su atención, y

así con escasas fatigas asegurar el triunfo a su ilustre familia. Por este motivo acordaron presentarse en compacto grupo, pidiendo en cada sitio ser uno de ellos sometido a la prueba en nombre de los demás.

Alejandro fue el encargado de hacerlo en el reino de Extraños, el primero que iban a cruzar para ir al Palacio del Genio del Amor. En el reparto correspondió a Armindo el reino de Laboro. Por él debían atravesar para dirigirse al Castillo del Genio de la Sabiduría. En éste convinieron que se presentara Eurico. De allí, siguiendo el itinerario trazado en los planos, marcharían al Palacio del hada de la Justicia a donde Recaredo sufriría las condiciones impuestas. Después a la mansión del hada de la Misericordia en la que lucharía -Eriberto. A Tulio, habíale correspondido vencer en el Palacio del Genio del Amor. Y por si no lograban ser dueños de los talismanes a cuya vista el dragón debía franquearles la entrada en el Castillo de la Felicidad, designaron a Manfredo con objeto de distraer al monstruo, mientras que Orlando penetraba en él, apoderándose del portentoso tesoro.

Llegó el día señalado para la partida, y según las órdenes del Duque salieron de Illopus todos a un mismo tiempo. Algunos minutos después los ocho primos apartáronse de Joaquinillo, demostrándole el desdén más absoluto.

Nada importó al valiente muchacho que le dejaran solo. Llevaba por inseparables compañeros: la energía, la abnegación y el deber.

Al cabo de unos días detuviéronse los viajeros ante las murallas del reino de Extraños. Los centinelas les negaron el paso.

Según las instrucciones recibidas, Alejandro se adelantó, y en nombre de su grupo pidió ser presentado al Rey para obtener el permiso que le rehusaban.

Accedió el centinela y al observar a Quiquiño le preguntó:

—¿Y tú, qué deseas?...

—Lo mismo; pero vengo por mi cuenta.

Introdujeron a los jóvenes en el salón del Trono, y S. M. Serius III, al enterarse de sus pretensiones respondió:

—Tengo dos hijos tan perezosos que no hacen nada en todo el día. Mas no es esta sola mi desdicha.

En mi reino no existe ni una persona que logre distraerlos y se pasan la vida aburridos desesperándose con sus caras tristes y sus ademanes lánguidos. Si conseguís corregirlos, os daré licencia para atravesar mis dominios.

—Señor—contestó Joaquinillo, — la medicina es muy fácil. Pero como necesito para que surta su efecto tres o cuatro meses, por lo menos, permitidme que deje la receta, y para ganar tiempo marche mientras al Castillo del Genio del Amor. Yo os juro constituirme prisionero a mi vuelta, si me hubiese equivocado.

Alejandro entonces adelantóse y dijo:

—Señor, consentid que vaya también mi primo Tulio, en tanto yo me ocupo de cumplir la condición impuesta.

Conforme el Rey con lo propuesto por los jóvenes, puso en manos de Quiquiño al Príncipe Epifanio, y en las de Alejandro al Príncipe Samuel.

Joaquinito salió aquella tarde, recorrió las tiendas de los principales librereros de la población y en pocos días arregló una escogida biblioteca amena é instructiva.

Así que todo estuvo preparado a su gusto, llamó su discípulo y le dijo:

—Señor, mi maestro el sabio Plausias, enseñome una receta, la que no sólo cura el aburrimiento, sino que hace grandes Príncipes, sabios y guerreros. Como ha pasado mucho tiempo desde que la aprendí, la he olvidado. Sé ciertamente que está en uno de estos libros (no recuerdo en cuál de ellos), para encontrarla debéis leerlos uno por uno sin excepción, y seréis en el porvenir el mejor y el más amado de los Reyes.

—Yo no tengo valor para repasar tanto volumen— respondió el Príncipe, y después de una ligera pausa añadió: —Búscamela tú.

—La receta es una fórmula mágica y queda sin efecto si no la halla aquél a quien ha de favorecer.

Callado quedó Epifanio. Dos fuerzas contrarias combatían en su alma. La pereza le aconsejaba que nada hiciese; el pundonor y el deseo de no dar pobre opinión de su persona al joven profesor, le impulsaban a la obediencia.

Quiquiño, con sus grandes ojos llenos de reproches miraba fijamente al Príncipe, cual, si quisiera comunicarle su energía. Al fin, éste avergonzado contestó de mala gana:

—Haré lo que me ordenas.

—¿Me juráis encerraros cuatro o cinco horas diarias en esta habitación y buscar lo que os he indicado?

—Lo juro.

## V

### EN EL QUE EL PRÍNCIPE EPIFANIO ENCUENTRA LA RECETA CONTRA EL ABURRIMIENTO

Al día siguiente marcharon Quiquiño y Tulio hacia los dominios del Genio del Amor. Después de muchas penalidades, cortoles el paso una infranqueable sima.

—¿Queréis decirme dónde estamos? preguntaron los jóvenes a un viejecito que por allí cuidaba su rebaño.

—En el barranco de la Abnegación; y si os dirigís como parece al Palacio del Genio del Amor, tenéis que atravesar por él, pues no tiene otra entrada.

Tristemente contemplaban los viajeros sus rocas cortadas a pico y su incalculable profundidad. Quiquiño, recordando el nombre pronunciado por el pastor al señalar el enorme precipicio, sin darse cuenta, evocaba en su memoria las muchas necesidades que había remediado y las innumerables penas que dulcificó con sus actos de abnegación y amor al prójimo. De repente vio bajar de las nubes en mágica caravana una multitud de figuritas vestidas de blanco que parecían copitos de nieve e iban a precipitarse en el barranco, donde se deshacían trocándose en cristalinas gotas de agua.

Algunas acariciaban los cabellos de Joaquinito y a porfía exclamaban todas al caer:

—Somos las lágrimas que enjugaste con tu caridad.

—Los sollozos que consolaste.

—Los dolores que supiste aliviar.

—Los sufrimientos que remediaste.

—Los pesares que no pudiendo socorrerlos los compartiste...

Ya la sima estaba medio llena, pero aún faltaba bastante y los prodigiosos copitos habían cesado.

Instantes después, bajó a raudales del firmamento, como una lluvia de perlas que besando con amor la frente del asombrado Quiquiño le decían:

—Somos las lágrimas de alegría que has hecho derramar a tu madre con tu buen comportamiento.

El barranco quedó lleno y Joaquinito se lanzó a nado sobre aquellas improvisadas ondas.

Tulio, intentó seguirlo; mas apenas se había arrojado entre ellas, formose un remolino y surgió de él un torrente que parecía salir del seno de la tierra. Las aguas descompónganse en gotas que saltaban hacia arriba bramando:

—Somos las lágrimas de soberbia, de ira, de envidia, de rencor y de egoísmo que has derramado. ¡Vete de aquí! Y con fuerza irresistible, molido y maltrecho volviéronle a la orilla, en tanto los pies de Joaquinillo descansaban en la opuesta margen.

Las aguas se retiraron y el barranco quedó seco.

Llamó nuestro amigo a la puerta del Palacio del Amor, y éste, enterado de la pretensión del mancebo, entregole en seguida una de sus flechas, diciendo:

—Toma: cuando has podido llegar hasta aquí, digno eres de ella. Hermana Esperanza—añadió dirigiéndose a una hermosa jovencita que se engalanaba con un lujoso traje verde y se entretenía en cortar unas flores luminosas muy extrañas que esparcía por el aire en todas direcciones. — Hermana Esperanza—volvió a repetir, —préstale tus alas a este muchacho, para atravesar el precipicio.

Dos preciosas alas doradas fueron a colocarse por sí mismas sobre las espaldas de Joaquinito y desaparecieron en el instante en que se vio transportado a donde lleno de confusión le aguardaba Tulio.

El camino era largo y difícil, y entre la ida y la vuelta transcurrieron más de cinco meses.

El Rey Serius III recibió a nuestro héroe amablemente, diciéndole:

—Mi hijo no se aburre, está contento y toma interés en muchas cosas del reino que antes no le importaban; creo que al fin será mi digno sucesor. (Como veis, niños míos, Serius no era modesto.)

Epifanio, se arrojó muy alegre en brazos de Quiquiño y le habló así:

—Al principio me costó mucho trabajo decidirme a abrir los libros; mas recordando mi juramento; logré vencerme y poco a

poco fue interesándome lo que leía. Avergonzado por mi falta de instrucción, continué con verdadero gusto lo que empecé por compromiso. Aún no he hallado la receta; pero el caso es que ya no me aburro.

—Si la habéis encontrado, señor—replicó Joaquinito. — Mi receta es esa: el trabajo y el estudio. A un tonto no le hubiera servido. Vuestra inteligencia sólo estaba dormida y se ha despertado.

En ese momento aparecieron el Príncipe Samuel y Alejandro. El primero gritaba:

—Déjame... no sabes inventar nada nuevo. Me cansas—y volviéndole la espalda sentose bostezando en un sofá.

Alejandro bajó el cabeza abochornado. No había discurrido para entretener a su discípulo más que juegos y farsas. Agotado el repertorio, los dos se fastidiaban soberanamente.

Por muy divertidos que sean los juegos, cuando los niños son mayorcitos, si durante el día no se hace otra cosa; hay momentos (aunque lo dudéis, mis amados lectorcitos) en que llegan a cansar. S. M. Serius III exclamó:

—Tú, Joaquín de Mombón, triunfaste y saldrás honrosamente de mi reino, llevando salvoconducto para la vuelta. Pero el jefe de los otros no ha cumplido y todos quedaran prisioneros.

Nuestro amigo, siempre noble y generoso, olvidó las ofensas recibidas y pidió el perdón de sus enemigos. El Monarca, accediendo a tan vehemente súplica, lo concedió.

## VI EN EL REINO DE LABORO

Tristes y mohínos los unos, y alegre y satisfecho Quiquiño, emprendieron la ruta de Laboro.

Sucedioles al llegar lo mismo que en el reino de Extrañus. Conducidos ante el Soberano Jebeque II, rogáronle les dejase libre el paso.

—Cuando paguéis la contribución que exijo—respondió el Rey. —¿Cuánto es, Señor? — preguntó orgullosamente uno de los Parafín, echando mano su repleto bolso.

—No es dinero lo que pido, amiguito, si no trabajo. Os permitiré cruzar mis dominios así que hayáis arrancado entre todos las

malas yerbas de la huerta de Secum, podados sus árboles y plantadas las hortalizas y flores de la estación.

No agradó mucho a los aristocráticos conjurados la condición impuesta, pero tuvieron que resignarse.

En cambio, Quiquiño la aceptó lleno de alegría. Y mientras los primeros desahogaban su rabia haciendo mal su faena, arrancando flores al par que yerbas y tirando piedras a los troncos de los frutales, cual si quisieran hacerlos responsables de sus fatigas, el segundo les rogaba le dejaran él trabajar solo, y con amoroso afán enderezaba los árboles caídos, regaba a los que lejos de los manantiales veían agostarse sus raíces, y plantas, árboles y flores recibían con esmero sus solícitos cuidados, en tanto los Perafin, pasaban el día tendidos sobre el césped.

Por las mañanas, cuando les servían la modesta comida que un guarda llevaba al campo, multitud de pajarillos revoloteaban buscando las migajillas sobrantes. Espantábanlos de mal humor los protegidos de la Buena Suerte. El último descendiente de los Mombón comía la mitad de su pan y desmenuzaba el resto para que fuese más abundante la ración de las avecillas. Y deseando reconocerlas, si de nuevo las encontraba en su camino, ató al cuello de algunas lindos lacitos de cinta roja.

Al fin pasados unos meses, gracias a la laboriosidad de Quiquiño, S. M. Jebeque II pudo recorrer satisfecho su huerta de Secum en pleno cultivo. Cumpliendo su promesa, facilitó allí mismo los pasaportes ofrecidos a los viajeros y quedose después largo rato observándolos atentamente, cual si quisiera leer en sus ojos quien era el más digno de su protección. (Hay que advertir que este Monarca. era un mago muy poderoso). Acercose luego a Joaquinito y cortando una varita de un fresno, sopló sobre ella y se la entregó diciéndole:

—No la pierdas, posee grandes virtudes y acaso llegue una ocasión en que pueda serte útil—y añadió mirando severamente a los Perafin: —El engaño, tarde o temprano es castigado y la virtud recompensada.

La preferencia no hizo gracia ninguna a los conjurados, y aquella noche, mientras Quiquiño dormía, decidieron robarle la varita. Mas apenas la tocaron, escapóseles de las manos y la emprendió contra los ladronzuelos, propinándoles una descomunal paliza. Por sí sola volviose al bolsillo de su dueño, al que despertaron los

ayes y gemidos de sus envidiosos contrincantes, y como Joaquinito era tan bueno, fingió no haberse enterado de lo sucedido y no les dirigió el menor reproche.

## VII EL GENIO DE LA SABIDURÍA

Ya iban aproximándose los nueve jóvenes al Castillo del Genio de la Sabiduría. Adelantáronse hacia él según lo convenido, Joaquinito y Eurico, que era el más orgulloso de los Perafin.

La puerta del Palacio estaba abierta y pronto hallaron al Genio, bajo la figura de un arrogante anciano de luengas barbas. Recibíoles amablemente, sentado sobre un globo terráqueo. Libros innumerables, maquinas, compases, teodolitos, telescopios, etcétera, etc. llenaban el vasto salón donde se encontraban.

Preguntó el poderoso ser a los muchachos, lo que buscaban, y ambos rogáronle cediese su famoso anillo forjado por una chispa luminosa del que ostenta Saturno.

Pensativo quedó el anciano Genio y al fin contestó —Si alguno de vosotros responde satisfactoriamente a las dos interrogaciones que voy a hacerles, dueño será de mi sortija. Para que no os oigáis el uno al otro, y para que nadie pueda ayudaros os voy a encerrar en esas celdas, cuyas puertas se abren en los extremos de este salón. No os asustéis, sólo pienso preguntaros cosas bien sencillas, que me prueben únicamente si sabéis sentir y pensar, sin lo cual no sois dignos de llevar mi anillo.

Ocultos los jóvenes en sus respectivos cuartitos, dirigióse el Genio al que ocupaba Eurico y le dijo:

—¿Qué ha de hacerse para parecer más hábil, fuerte y prudente que los demás?...

El interpelado, que era brutal y soberbio, creyendo demostrar ingenio respondió:

—Los que como yo tienen mucho dinero pueden obligar a los que están a sus órdenes a pensarlo, a fuerza de palos.

—¿Esa es tu opinión?... Pues para que te convenzas que eres un bárbaro y un tonto, probaremos en ti la receta. Dio el Genio dos palmadas y las paredes de la celda abriéronse, dejando al descubierto pequeños huecos por los que salieron varias manos,

quedando invisibles los cuerpos a los que pertenecían. Dichas manos, armadas con largas estacas aplicaron severo correctivo al mal intencionado Eurico.

Dejando a éste gritar y lamentarse, marchó el Genio al otro extremo del salón e hizo a Joaquinito la misma pregunta.

Mientras éste reflexionaba, vio surgir repentinamente del suelo una cantidad de enanitos en los que, fijándose bien, reconoció a sus buenas amigas las letras del alfabeto. La A, con su caperucita puntiaguda; la B, con sus dos barriguitas; la C, abriendo su boca que nunca cierra corriendo tras la D, que ostenta su abultado abdomen; la E, pretendiendo siempre inútilmente tocarse la cintura, con su único brazo y su único pie; la F, con su cabeza gorda marchando pie cojito tras la obesa G; la H, mostrando satisfecha su cuerda tendida entre dos palos a la delgada I; la J, andando cabeza abajo; la K, dando un puntapié a la L, que llora su soledad al contemplar a la Ll, tan bien acompañada; la M, caminando pausada con sus cuatro patitas y.... etcétera, etc., porque si os sigo haciendo la relación de cómo iban llegando todas, este cuento va a resultar más pesado e interminable que el famosísimo de la *Buena Pipa*.

Una vez que salieron las letras (en menos tiempo por supuesto del que yo he empleado para decíroslo), colocáronse en lila y susurraron quedamente a nuestro amigo:

—Siempre fuiste aplicado y nos demostraste tu amor; ahora vamos a pagártelo.

Entonces empezaron bailar una especie de contradanza, y con sus figuras formaban frases. En ellas leyó Quiquiño la respuesta ansiada, que no fue otra que la misma de Cambises, rey de Persia, a su hijo Ciro cuando le hizo idéntica pregunta.

El Genio, observando que el muchacho tardaba en contestar, repitiola de nuevo.

—¿Que ha de hacerse para parecer más hábil, fuerte y prudente que los demás?

—Es preciso—replicó Joaquinito, bien aleccionado—serlo realmente, y para serlo es necesario aplicarse mucho a su profesión, estudiar seriamente sus reglas, consultar con docilidad a los mejores maestros, y sobre todo implorar el auxilio del cielo, que es, el único que concede la prudencia y el triunfo.

—Muy bien—asintió el Genio, — más queda la otra. ¿Qué es lo más grande que existe en la tierra?...

Y Quiquiño leyó en sus amigas las letras, la respuesta que ya le indicaba su corazón. Sin titubear contestó:

—El amor de las madres.

—¡Admirable! — exclamó el Genio. — Sabes sentir y sabes pensar. Tuyo es el anillo. Y sacando a Joaquinito del cuarto, lo deslizó en su dedo. Las letras, ya habían desaparecido. Los gritos de Eurico, movieron al dispensador de la Sabiduría volver a su lado. A una señal suya, retiráronse las manos que lo castigaban.

—Vamos a ver, dime: —¿Qué es lo más grande que existe en la tierra?...

El incorregible orgulloso respondió:

—La noble familia de los Perafín.

—¡Estúpido!

—Me he equivocado—interrumpió tembloroso Eurico—es... es... un... un... una...

—¿Te has vuelto tartamudo? —y tocándole el Genio con su varita prosiguió: —Por necio te condeno a serlo toda tu vida.

Furioso el uno, y lleno de alegría y reconocimiento el otro, despidiéronse del dueño de aquella regia morada.

Cuando los Perafín vieron brillar el codiciado anillo en el dedo de Joaquín de Mombón, no pudieron a disimular su rabia.

—¿Qué te ha pasado? — le preguntaron a Eurico.

—Que... que que... que que...

—Pero hombre. ¡Pareces una gallina! No seas guasón.

—¡Yo gua... gua... gua...

—Y ahora un perro, ¿quieres decirnos lo que te sucede?...

—Mee... me... me...

---¡Anda! después del perro el carnero. Eurico, a ti la sabiduría te ha producido el efecto contrario; vuelves convertido en un conjunto de animales.

Por fin, a fuerza de fuerzas logró explicarse; y con esto creció la envidia de los Perafín contra su buenísimo compañero. Mas como eran bastante cobardes, recordando lo ocurrido cuando pretendieron robarle la varita regalada por el Rey Jebeque, no se atrevieron a intentar nada contra él.

## VIII LA BALANZA DEL HADA DE LA JUSTICIA

Con nuevos bríos emprendieron los nueve muchachos el camino que según los planos conducía al Castillo del hada de la Justicia. Joaquinito lleno de ilusiones y los otros sin perderlas del todo, pues aún esperaban salir victoriosos de las dos pruebas que restaban y lograr tal vez la posesión del ansiado tesoro.

Después de varios días de marcha, detuviéronse delante de un campo con muchos recovecos, cuyo suelo cubría espesa capa de fango y nieve.

Alejandro que iba delante, al pretender andar por él, dio el más tremendo batacazo que contemplaron los siglos. Lo propio ocurrió a Armindo y este repetido percance, hizo pararse a los demás.

Perplejos estaban sin saber qué hacer, cuando divisaron a un muchacho subido en un borriquillo, sobre el que llevaba, dentro de grandes alforjas, frutas y hortalizas de su huerta, para venderlas en la ciudad vecina.

Acercándose él le interrogaron. —Ternemos habernos perdido. ¿Quieres decirnos dónde estamos y cuál es el mejor camino para ir al Palacio del hada de la Justicia?

—Estáis ante los resbalosos laberintos de la Mentira. Para llegar al Castillo del hada de la Justicia, tenéis que pasar antes por el del hada de la Verdad. Esta señora sólo dejará cruzar su morada al que atraviese estos terrenos, dominios de su enemiga la bruja de la Mentira, sin caerse en ellos, ni mancharse con el resbaladizo lodo que los cubre.

Los asombrados jóvenes dieron las gracias por sus interesantes noticias al amable hortelano y murmuraron tristemente: —¿Qué haremos para poder seguir nuestra ruta?...

—Eso es casi imposible. Pero puesto que a mí corresponde esta aventura—exclamó Recaredo—allá voy.

Mas apenas penetró en el laberinto, cayó al suelo llenándose de fango desde los pies hasta la cabeza.

Mientras esto ocurría, Joaquinito observaba, devanándose los sesos por buscar medios para conseguir su objeto.

Hízole salir de su distracción un ligero cosquilleo que sentía en un bolsillo. Sacó la flecha del amor, por si era ella la que no estaba quieta; pero el movimiento seguía. Acordose entonces de la varita regalada por Jebeque II y tiró de ella. De un salto el palito escapósele de las manos y desapareció. Una hora después oyese terrible estruendo, cual, si un furioso vendaval hiciese crujir las ramas de una selva y a las atónitas miradas de los nueve jóvenes se presentaron los árboles y plantas de la huerta de Secum, cuidados tan amorosamente por Joaquinito. Venían en vertiginosa marcha, como si las famosas botas de siete leguas calzasen sus raíces, con las que andaban igual que si fuesen pies. Al llegar al laberinto, tendiéronse sobre su resbaloso suelo. Y las hojas mecidas por el viento susurraban dulcemente al moverse:

—Quiquiño, venimos a pagarte tus cariñosos afanes.

Por aquella improvisada y florida alfombra, atravesó nuestro amigo hasta el Castillo del hada de la Verdad, y encontró abierta la puerta que solo era digno de franquear el que no se hubiese manchado en los terrenos de la Mentira.

Los Perafín, al contemplar lo que sucedía a Joaquinito, decidieron aprovecharse ellos también del inesperado auxilio, y se abalanzaron los ocho por encima de las ramas de los árboles. Éstos, al sentir su contacto enderezáronse furiosos y azotaron con fuerza los que tanto los habían maltratado. Entre el rumor de sus chasquidos podía oírse claramente:

—Por crueldad nos hicisteis daño, por pereza pretendisteis engañar al Rey. Recibid ahora el merecido castigo.

Y en tanto, mohínos y despechados, con las espaldas doloridas, se retiraban los Perafín, Joaquinito llegaba al Palacio del hada de la Justicia.

La poderosa maga, accedió muy amable a la súplica de nuestro héroe, entregándole una balanza de oro igual a la que ella ostentaba como atributo.

Quiquiño pasó de nuevo por la fragante alfombra, y al volverse a dar las gracias a sus frondosos y floridos protectores, notó con asombro que ya habían desaparecido.

## IX EL MURO INFRANQUEABLE

Al cabo de algunas horas alcanzó Joaquinito a sus rivales, que no se dignaron a dirigirle la palabra.

Un mes después se detenían todos ante un muro elevadísimo. Detrás se alzaban las enhiestas almenas del Castillo del hada de la Misericordia.

Los grandísimos esfuerzos que hicieron para escalar aquellas vetustas piedras, resultaron inútiles.

Al fin, en una de las vueltas, que dieron alrededor, observaron una pequeña abertura, a modo de ventanillo.

Por allí asomaba su cabeza una severa matrona, a ella le preguntaron el medio de salir airosos en su empeño.

La interpelada contestó:

—Este es el muro de las Buenas Obras y sólo puede subirse a él con la escala que formen las que has yais hecho en vuestra vida.

—¿Y cómo conseguiremos reunir las? — Interrogaron llenos de esperanza los Perafin.

Ahora sí que triunfamos nosotros—pensaban ellos. —Joaquinito es pobre y nosotros ricos; seguramente nuestras limosnas han superado a las suyas, y juntas las de los ocho, levantarán una interminable escalera.

La arrogante dama, entregando a cada uno un minúsculo espejito respondió:

—Yo soy el hada de la Conciencia. Contemplaos en este don que os hago. Vuestras buenas obras irán saliendo a la superficie.

-Hicieron todos lo que la maga les indicó, y en tanto, el espejo de Quiquiño le mostraba sus horas de trabajo extraordinario para socorrer a los pobres, y lo mucho y bueno que hizo, por su luna iban brotando, multiplicándose las monedas con que alivió a los desgraciados, y apilábanse formando gradas hasta alcanzar lo más elevado de la muralla. Multitud de monedas, y hasta algunas de oro salían también de los otros espejos; pero se desmoronaban sus montones o se hundían en el suelo si Eriberto intentaba izarse sobre ellas.

Tornaron a preguntar a la maga que los observaba la explicación de tan extraño suceso. El hada respondió:

—No consiste el mérito en la cantidad sino en la calidad. Es decir, en la intención con que se hacen las buenas obras. Para que suban hacia arriba como las de vuestro compañero, deben de ir unidas por el cemento de la caridad. Las que no lo tienen y se practicaron sólo por vanagloria, egoísmo o indiferencia, como no poseen la buena mezcla que solidifique su unión, se desparraman en la tierra y no llegan a la altura.

Mientras los Perafines escuchaban aquellas severas palabras, Quiquiño había traspasado el muro y encontrábase ya en el Palacio del hada de la Misericordia.

Hermosísima, irradiando de sus dulces ojos encantadora expresión de bondad, presentose la maga ante Joaquinito, y desprendiendo de su cintura un riquísimo bolso de perlas, que encerraba un escudo con su retrato, entregóselo diciéndole:

—Sé lo que buscas. Eres muy digno de que mi hermana Felicidad corone tus esfuerzos.

## X

### EN EL PALACIO DEL HADA DE LA FELICIDAD

Secreto conciliábulo sostuvieron los Perafines sobre si debían o no renunciar a la lucha y volverse Illopus. Alejandro, Armindo, Eurico, Recaredo, Eriberto y Tulio, aseguraban que sin poseer ni la flecha, ni la balanza, ni el anillo, ni el escudo, era temerario presentarse ante las puertas del Palacio del hada de la Felicidad. Manfredo y Orlando no estaban de acuerdo y protestaban contra el abandono de la empresa. Dejábanlos a ellos intentar también el cometido que en suerte les tocara, lo mismo que, aunque sin fruto, lo hicieron los demás. Comprendiendo los otros seis lo justo de estas razones siguieron adelante, revolviendo Manfredo mil planes en su cabeza para distraer al dragón, en tanto Orlando penetraba en el Palacio y robaba el anhelado tesoro. Quiquiño sin parar mientes en los cuchicheos de sus falsos compañeros, marchaba muy de prisa, pensando en la alegría de su madre y de Elena, si volvía triunfante. Y entretenidos los unos con su charla y el otro con sus esperanzas, llegaron al Castillo, meta de sus afanes.

Un gigantesco dragón cubierto con escamas de oro, presentose en la puerta bramando. Mostrole Joaquinito los cuatro objetos que

llevaba, y el monstruo, haciendo una grotesca reverencia, le dejó pasar.

Mientras tanto, Manfredo algo distante, escondido entre unos juncos gritaba:

—¡Socorro! ¡socorro!... Señor dragón, ayudadme a sujetar un hombre que trae una varita mágica para trocaros en piedra.

El dragón como buen animal era tan tonto como feroz, y creyó lo que le decía el taimado muchacho. Muy agradecido a sus advertencias corrió hacia el sitio de donde salía la voz, echando fuego por la boca para pulverizar a su enemigo. Al verlo llegar exclamó Manfredo:

—¡Victoria, victoria! Señor dragón, la fuerza de mi brazo hizo desaparecer al miserable. Voy a perseguirlo. —Y fingiendo hacerlo así, huyó por miedo a que el monstruo descubriese el engaño y lo matase.

Orlando aprovechó el instante en que el fiel guardián abandonó su puesto, y entró tranquilamente siguiendo los pasos de Quiquiño. Detrás de él penetró en una magnífica estancia llena de mesas y vitrinas que guardaban millares de cosas de incalculable valor.

El hada de la Felicidad, cubierta con un manto tejido con hilos de luz de las estrellas, y prendido con rosas, claveles y trébol de cuatro hojas, salió a recibir a Joaquinito. Vuelta de espaldas a la puerta mostrábale sus riquísimas colecciones y le decía:

—Uno de estos objetos es el tesoro que deseas y has merecido. Más para que otorgue los beneficios que en él se encierran, debes tú adivinar cuál es. Te repetiré tus propias palabras al Príncipe Epifanio: «No puedo señalártelo, búscalo tú.» Una hora te concedo para elegirlo.

Ya os dije hace un momento, mis amados lectorcitos, que la dueña del Palacio se hallaba de espaldas a la puerta, y Orlando, aprovechándose de esta para la dichosísima circunstancia, se introdujo sin ser visto en el salón, logrando escuchar las últimas advertencias de la maga. Con los ojos recorrió presuroso las múltiples maravillas que a sus atónitas miradas se ofrecían, y llamó su atención un huevo de avestruz, al parecer formado por dos brillantes de colosal tamaño y extraordinaria hermosura, pegado y sujetos con una cinta negra.

Esto indudablemente es lo mejor que hay en la sala —pensó. — De fijo ahí está lo que anhelábamos. Dando un salto, abalanzose al objeto codiciado y salió corriendo. Por suerte suya, el dragón no había vuelto aún a su puesto.

El hada, sin intentar detenerlo echose a reír diciendo a Quiquiño: —No creas que me ha engañado, he fingido no verlo. En el pecado llevará la penitencia.

Media hora había transcurrido, y Joaquinito no se decidía. ¿Cómo adivinar entre aquella profusión de estuches, cestas y cajas de todas clases, formas y tamaños, cuál era la que encerraba el secreto para hacer la felicidad de los que nos rodean?... Por primera vez, desde hacía muchos años, encontrábase irresoluto, y con angustia evocó pidiendo ayuda a su protectora el hada de la Energía.

El melodioso piar de una bandada de aves que entraban por la abierta ventana, sacole de su abstracción. Por sus lacitos rojos, reconoció en ellas a sus antiguas amigas de la huerta de Secum, aquellas con las que en pasados días compartiera su comida.

Precipitadamente acercábanse los pajarillos a nuestro héroe, y batiendo sus alas acariciabanlo con suavidad, dirigiéndose después hacia una blanca cajita de marfil, acaso la más modesta que allí se guardaba, y en torno de ella empezaron a revolotear.

Quiquiño, comprendió el aviso, y sin vacilación la tomó en sus manos presentándosela al hada que dulcemente sonreía. Echó ésta a su cuello una cadena de perlas de la que pendía una llavecita de oro, y besándole en la frente le dijo:

—Ya habrás comprendido por qué no te he indicado yo lo que buscabas. No quise privar a tus agradecidos amiguitos del placer de favorecerte. Esa es la caja. Aquí tienes la llave, para que tu antojo puedas abrirla y repartir sus dones. Adiós, hijo mío, mi protección te acompañara siempre.

## XI

### LA CAJITA DE MARFIL Y EL HUEVO DE BRILLANTES

Más de dos años después de salir de Illopus, regresaban a su patria los nueve jóvenes. No dejó Quiquiño de hacer su visita de gratitud al pasar por Laboro, los árboles, plantas y pájaros de la huerta de Secum.

En Extraños, salió a recibirle el Príncipe Epifanio y le abrazó exclamando:

—Nunca olvidaré que te debo ser un hombre de provecho.

Y lo mismo el Rey Serius III en Extraños, que el Rey Jebeque en Laboro, colmaron de regalos a Joaquinito, felicitándole por su merecida y buena fortuna.

¡Cómo describirnos, niños míos, la inmensa- alegría de Carolina y de Elena al estrechar en sus brazos al querido viajero, y lo orgullosas que ambas estaban de su triunfo!...

Avisado el Gran Duque de Fuencalar de la llegada de los jóvenes, los citó para el día siguiente a su Palacio, en unión de sus familias y de los principales ciudadanos de Illopus.

A la hora señalada, encontrábase reunidos los invitados en la ducal estancia, y como el salón del Trono donde recibía el Soberano, se hallaba situado en el piso bajo, mandó Don Iñigo que se abriesen las ventanas, con objeto de que el pueblo agrupado en la inmensa terraza, presenciara también cuanto ocurriese.

Los Perafín, aún no habían perdido del todo las ilusiones. Cifrabán sus esperanzas en el huevo robado por Orlando.

Dio el Duque la más cordial bienvenida a los viajeros, ordenándoles que relatasen sus aventuras.

De mala gana lo hicieron los ocho conjurados, callando cuanto pudieron de sus muchos descabros. Quiquiño modestamente contó las suyas.

Cuando terminaron, Don Iñigo obligó a Joaquinito y a Orlando a que se adelantasen, y dirigiéndose a este último le dijo:

—Sostienes que, a pesar de lo dicho por el hada de la Felicidad a tu compañero, ese huevo que tú traes encierra mejores dones que su caja. Ahora vamos a verlo. ¡Ábrelo!

Muy emocionado rasgó Orlando la cinta que unía sus dos mitades, y al separarlas observó con asombro que se hallaba vacía. Más a los pocos instantes empezaron a salir de él penachos de humo y entre las espirales que formaba antes de desvanecerse, fueron dibujándose en gruesas letras estas frases:

Prisionero me hizo el hada,  
mi nulidad castigando.  
Hoy la libertad ansiada

debo a tu amistad, Orlando.

No me hieren menosprecios,  
que soy con fieros alardes  
la presunción de los necios;  
el valor de los cobardes.

La gloria mal cimentada;  
riquezas mal adquiridas;  
la vanidad mal fundada;  
las palabras mal cumplidas

Adiós, Orlando, me esfumo  
como lo que represento;  
que al fin y al cabo soy humo,  
humo que se lleva el viento.

Los Perafín avergonzados salieron corriendo, seguidos por el abucheo de todo el pueblo. Además, examinado el huevo por un platero resultó falso.

Así pasa en la vida con los tontos y con los fatuos. Quiquiño, inclinando una rodilla en tierra, entregó al Duque su llavecita de oro para que abriese la cajita blanca.

De ella surgieron canciones, risas, besos, monedas de oro, flechitas del Genio del Amor, cascabeles del hada de la Alegría. Todo envuelto en sutiles y transparentes gasas que llevaban escritas, sembradas o impresos sobre ellas dulces máximas, semillas de virtudes, sabios preceptos y rayos de esperanza.

Abrazó el Señor de Fuencalar a Quiquiño, nombrándole su heredero, cruzó su pecho con la roja banda, signo de tan alta distinción, y por último exclamó:

—Desde este momento te considero cual si fueses mi hijo y como tal ordeno a mis vasallos que te respeten. Y a ti te mando que vengas a vivir a mi Palacio con tu madre y con Elena. La soledad me pesa; ya que he alcanzado la dicha de encontrar tan digno sucesor, no quiero separarme de él.

Los Perafín, llegaron a su casa en un estado de furor inenarrable. Trémulos y convulsos evocaron a la antigua protectora de su raza, al hada de la Buena Suerte, recriminándola por su abandono.

Cubierta con precioso manto azul tachonado de estrellas y luceros, presentose la maga y así respondió a sus amargas quejas: —La culpa de lo que sucede es sólo vuestra. En el viaje que emprendisteis no era la suerte la que podía ayudaros para el logro de la empresa, si no vuestro propio valer. Las acciones abnegadas, la inteligencia, las buenas obras, la rectitud, la laboriosidad y la energía alcanzaron el triunfo. Nada puede la suerte, os repito, contra el mérito verdadero. Quiquiño, supo con él doblegarme y ya no quiero ser su enemiga. —Pronunciadas estas palabras el hada desapareció.

La rabia de los Perafín, no tuvo límites. Lejos de comprender las prudentes lecciones de la maga, después de maduro consejo, resolvieron acudir a una famosa hechicera, llamada Currucanda, que vivía en intrincada selva, próxima a Illopus.

La horrible vieja encontrábase al llegar aquéllos, sentada en un tronco de árbol, sorbiendo rapé a la puerta de su caverna, en la que ningún ser humano penetró nunca.

Dijéronle sus pretensiones los visitantes y la repugnante bruja respondió:

—Ahora nada me es posible hacer. Mi rival el hada Melinda me ha vencido privándome de gran parte de mis facultades y reduciéndome al miserable estado que veis. Sin embargo, yo os prometo que dentro de trescientos años que termina mi encantamiento, vuestros herederos triunfarán de los sucesores de Mombón y éstos, reducidos a la esclavitud, serán los siervos de vuestros descendientes, a uno de los cuales os juro elevar hasta el Trono de Illopus. Sólo una condición os impongo. Tenéis que firmar un pergamino en el que os comprometáis en nombre del Perafín favorecido por mí, a que éste me obedezca siempre y me otorgue cuanto de él solicite, ayudándome a vencer a mi enemiga. Entró la vieja en la tenebrosa vivienda y salió a poco con el pergamino en la mano.

Los Perafín rubricaron lo que se les exigía, marchándose medianamente satisfechos. Algo era la seguridad de la venganza en el porvenir, pero se lamentaban de no lograrla en seguida.

No pudiendo soportar la contemplación de la ventura de su antiguo rival Quiquiño, los Condes, los Vizcondes y sus hijos cerraron su lujoso palacio y llevándose sus innumerables

riquezas, instaláronse en el reino de Camerlengo, vecino al de Illopus.

Para complemento de la felicidad de Joaquinito, Carolina, fuese por tantas alegrías, o por la protección de las hadas, recobró la salud.

Elena, aunque como ya os dije en el segundo capítulo de este cuento, no era una hermosura, fascinaba a todo el mundo con su gracia y simpatía. ¡Cuantos la conocían, la amaban!; los unos por su inteligencia; los otros por su buen corazón; pues cuando el talento se une a la bondad, el encanto es superior y más duradero que el de la belleza,

Quiquiño, en recuerdo de su viaje regaló a Elena la flecha del amor, y como éste comunica su atractivo a cuanto toca, a nuestro amigo le parecía la más ideal de las mujeres.

Un año después se celebraba entre públicos regocijos, la boda de los dos jóvenes, apadrinados por el Duque de Fuencalar y el hada de la Energía que vino a expresar a su protegido lo satisfecha que de él estaba.

A la muerte del Duque, Quiquiño fue proclamado Rey por sus vasallos. Dueño de los poderosos talismanes de las hadas, con ellos gobernó; y siempre amante de su pueblo mereció los dictados de sabio, justo y misericordioso. Este cuento, niños míos, os demostrará que la energía y la virtud triunfan de la mala suerte y alcanzan más tarde o más temprano, los hermosos dones de la Felicidad.



# EL MANTO DE CLAVELES

## I EL INCENDIO

Los pacíficos habitantes de la ciudad de Illopus, despertáronse sobresaltados por el bronco tañer de las seculares campanas echadas a vuelo clamando auxilio.

Algo muy grave debía ocurrir que motivase tales horas tan gran alarma.

Así era, en efecto. El Palacio de los Soberanos ardía presa de violento incendio, producido sin duda por causa sobrenatural, pues en un momento quedó trocado el regio edificio en tremenda hoguera. Los penachos de fuego hendían los aires con estridente ruido; bramaban como si protestasen de la injusticia que se les obligaba a cometer.

Inútiles resultaron los sobrehumanos esfuerzos que se hicieron para salvar a la Real Familia. Las personas que se acercaban a intentarlo, eran barridas por oleadas de fuego. En menos de media hora, como por arte de encantamiento, la hermosa morada quedó reducida a cenizas con cuantos seres y cosas encerraba. Y a los tristes chisporroteos de los inflamados escombros, respondían los ays de dolor de todo un pueblo que lloraba la pérdida de sus amados Reyes, los descendientes de Joaquín de Mombón, apellidado el Justo, el Sabio y el Misericordioso, que fue trescientos años antes el fundador de aquella gran dinastía.

Nadie se explicaba la causa de tan horrible siniestro. Interrumpió las hondas lamentaciones de la muchedumbre la voz de un leñador exclamando:

—Juraría que no es extraña a esta desgracia la bruja del bosque.

—Juan—respondió otro de aquellos hombres, — desde que la vieja, por haber tocado a uno de sus árboles, te echó una suerte y durante dos meses te hizo andar a cuatro pies sin poder incorporarte, la tienes ojeriza. No la has perdonado las burlas que por su culpa sufriste.

—Sé muy bien lo que digo. Yo he visto una bruja cubierta con un manto negro, montada en una escoba, entrar volando por una de las chimeneas de Palacio.

—¡Es ella! ¡Es ella! —rugió la multitud desesperada. Despedacémosla, corramos a su vivienda.

Y allí fueron todos. Mas con asombro observaron que no quedaba ni la menor señal de la antigua cueva.

Mohínos y cabizbajos tuvieron que volverse a la ciudad sin satisfacer sus deseos y sin conseguir averiguar quién fuera el autor del espantoso cataclismo. Si el leñador, que aseguraba haber visto momentos antes del incendio entrar a la bruja Currucanda por la chimenea del Palacio, hubiera seguido atisbando lo que ocurrió después, ¡cuántas cosas estupendas podría contar!...

Tras la enlutada bruja, por su mismo camino aéreo, penetró una preciosa joven, engalanada con un magnífico, manto tejido con hojas de claveles, sujeto con hermosos ramos de estas mismas flores. Llegó deslizándose por el espacio cual, si fuese su elemento, Al cabo de un cuarto de hora, cuando ya el incendio comenzaba a devorar la regia mansión, salió por la puerta falsa del Palacio, estrechando contra su pecho un lindísimo niño rubio de pocos meses y una antiquísima caja de marfil. Detrás de ella corrió persiguiéndola la repugnante bruja. Ya extendía sus garras para detenerla, cuando tropezó con una gran piedra blanca que se hallaba en el parque real, a la entrada del bosque. Furiosa la hechicera, bramó escupiendo sobre la losa al levantarse:

—Piedra fatal, ¡te maldigo! Y condeno a los que por ti pasen, sufrir la misma suerte que yo he sufrido.

La hermosa joven, en la que seguramente mis pequeños lectorcitos (los que hayan leído el cuento anterior) habrán adivinado al hada Melinda, cuando oyó los gritos de su enemiga, volvió la cabeza, echándose a reír al contemplar su ridícula figura y su horrible cara roja por la ira.

Aprovechándose de esta ligera distracción, Currucanda, que como os dije, se había incorporado, de un salto se colocó delante de ella para arrebatarle su presa. Melinda retrocedió, y sin darse cuenta pisó la piedra maldita, cayendo instantáneamente al suelo, La bruja, con infernal rugido de alegría se precipitó sobre su rival pretendiendo apoderarse del niño. Levantose en seguida el hada buena, y en sus esfuerzos por defenderlo dejó caer la caja de marfil.

Currucanda lanzó una carcajada de triunfo, y adueñándose de ella se alejó gritando:

—¡Vencí!... ¡Cuánto has hecho resulta inútil!...

Bien sabes que, en esta caja, regalo del hada de la Felicidad a Joaquín de Mombón, el fundador de la dinastía que yo quise hacer desaparecer y cuyo último heredero has arrancado a las garras de la muerte, se encierran los papeles que acreditan el nacimiento de ese niño. Sin ellos jamás recobrará su Trono. El pueblo entero ha visto arder el Palacio, y por tu sola palabra no creerá que esa criatura, quien por su escasa edad nadie puede reconocer, es el hijo de sus Soberanos.

Los trescientos años en los que por tu culpa quedé privada de mis privilegios, han transcurrido. ¡Tiembra!... Mi venganza será tremenda contra ti y contra el niño que proteges. ¡Hasta pronto! Voy a echar esta caja detrás de los muros del *Castillo de Iras y no Volverás*... Lo mismo que yo debes recordar, que ni aun nosotras podemos regresar de esa misteriosa morada, ¡Con que busca un ser que logre devolverte los documentos de Gonzalo de Mombón!

Y mientras Melinda contemplaba con terror a su enemiga, ésta dio un golpe en el suelo con su báculo; saliendo de la tierra un alado dragón. En tan extraña montura voló hacia el mágico Castillo, al que iba a confiar el secreto de su crimen.

## II

### LA VISITA DE LA BRUJA CURRUCANDA A LOS CONDES DE PERAFÍN

Salvó en algunas horas Currucanda el espacio que la separaba del famoso *Castillo de Iras y no Volverás*, y guardándose muy mucho de bajarse del dragón, desde lo alto del monstruo dejó caer tras las almenadas murallas la cajita de marfil; regresando con la misma rapidez que había marchado. Más en vez de quedarse en Illopus siguió hasta el vecino reino de Camerlengo, deteniéndose en Duaisa su capital. El dragón desapareció y la bruja dirigióse a un magnífico palacio, cuyo escudo ostentaba las armas de los Condes de Perafín. Sin vacilar llamó a la blasonada puerta.

Acudió un estirado lacayo y al verlo le dijo la hechicera:

—Necesito hablar urgentemente con tu amo.

—Dudo que acceda recibir a un estafermo como tú—respondió con acento burlón el criado.

—¡Insolente! —y la bruja de un salto agarrose a sus orejas propinándole sendos tirones.

El sirviente furioso, empezó a dar voces, y su rabia creció de punto al notar las enormes dimensiones adquiridas por aquéllas.

El inusitado barullo llamó la atención del Conde, que se presentó a inquirir el motivo de tal escándalo. Y no pudo disimular su risa, al contemplar la triste figura del lacayo con tan descomunales orejas.

Currucanda adelantándose exclamó:

—Conde Timoteo de Perafín, supongo no te negaras recibirme. Ya ves lo que cuesta resistir a mis deseos. —Y diciendo esto, señaló al desdichado sirviente.

—Pasad y ordenad en vuestra casa, noble señora— contestó temblando el Conde.

Este, y Sinforoso, su hijo, que apenas contaba dos años de edad, eran los únicos descendientes que restaban de aquellos antipáticos Perafín que conocisteis, lectorcitos míos, en el cuento anterior. El Conde Timoteo heredó con la fortuna y el nombre de sus antepasados, el insaciable orgullo, la sórdida avaricia y demás defectos de su raza. Su esposa Agapita era en todo semejante a él. Hizo entrar el soberbio prócer la bruja en el mejor salón de su palacio, é inclinándose reverente le preguntó:

—¿En qué puedo servirlos?...

Currucanda, sentose en un sillón, sacó de su voluminosa faltriquera una caja de oro llena de rapé y durante unos instantes lo sorbió con delicia.

Debo advertiros, mis amados niños, que éste era para ella el mayor de los placeres.

Guardó después pausadamente su tabaquera, y mirando con fijeza a Timoteo respondió a su pregunta con esta otra:

—¿Sabes la historia de tu familia?

—Sí, señora.

—Ella te habrá aleccionado en el odio contra los Mombón.

—Los aborrezco.

—Pues ¡alégrate!; llegó el momento de la venganza. Yo soy Currucanda,

Y extendiendo el famoso pergamino firmado trescientos años antes por los antecesores de Timoteo, recordó a éste el compromiso adquirido en su nombre. Después añadió:

—He cumplido parte de mi promesa. El Palacio «le los Soberanos de Illopus, destruido por mí, no, existe, y bajo sus ruinas quedaron sepultados los Reyes y sus hijos, menos el último, Gonzalo de Mombón que solo cuenta algunos meses. Mi enemiga el hada Melinda, lo ha salvado. Pero el pueblo, como el niño es tan pequeño, no podrá reconocerle, y su protectora no le será posible nunca demostrar su identidad. Yo hice desaparecer los pergaminos que la acreditan. En cambio, libré del incendio este otro, en que el Duque de Fuencalar designaba para sucederle (hace más de trescientos años) a los descendientes de los Barones de Mombón o los de los Condes de Perafin, y fijate en que solo el principio del escrito se conserva. He quemado el resto, donde se decía que, al regreso de las famosas aventuras en busca de la caja de marfil, que habrás leído en las crónicas de tu familia (aventuras donde tan mal parados quedasteis) os excluía de toda participación en su herencia.

Márchate hoy mismo. Puedes llegar Illopus dentro de dos o tres días. Presenta en seguida este pergamino a los Consejeros de la Corona y seguramente, convencidos de los derechos que invocas, te proclamaran Soberano. Mas no he de entregarte el documento si antes no me juras acatar siempre mis órdenes.

—Lo juro.

—Al prestarme ayuda contra mi rival el hada Melinda, para ti trabajas. No olvides que también es enemigo tuyo el niño a quien ella protege. En cuanto tomes posesión del Trono, vuelve Camerlengo a recoger a tu esposa y a tu hijo y anuncia a tus vasallos que más adelante llegara una tía de tu mujer. Esa seré yo. He decidido instalarme como tal en tu Palacio.

No le hizo mucha gracia esta condición a Timoteo; pero supo disimular su mala impresión. Currucanda quedose un momento callada y el Conde le preguntó:

—¿Y después, ¿qué debo hacer?

—Los acontecimientos irán dictando mi conducta y la tuya. Cuando Sinforoso sea mayor, a toda costa es preciso conseguir que se case con Elvira, la niña recién nacida, hija única del Rey de esta nación de Camerlengo.

—No me explico en qué puede eso servir vuestra a venganza.

—Escucha: el hada Melinda, conservara sus mágicos poderes en tanto las hojas de claveles que forman su manto, se mantengan

frescas y lozanas. Para lograrlo necesita que cada trescientos veinte años, los Soberanos o Príncipes herederos de este reino le preparen con su propia mano un agua maravillosa, cuya receta, regalo de la Reina de las hadas, sólo conoce mi enemiga. Ella busca las yerbas, que únicamente brotan en este país, con las que se fabrica el portentoso líquido, entregándoselas a los Monarcas ya trituradas; así ignoran siempre a qué especie pertenecen. El día en el cual logré robarle el elixir seré dichosa. Por pretender arrebatárselo hace trescientos años, nos peleamos. Quejose de mí a nuestra excelsa Soberana, y en castigo he estado privada durante tres siglos de casi todos mis privilegios; ahora espero vencerla. Ya sabes que Procopio es solo Rey consorte; su esposa, la verdadera Reina, ha muerto hoy; por consiguiente, su heredera es Elvira. Si, como antes te decía, se realizan mis deseos y se casa con Sinforoso, fácil nos será obtener de ella, cuando Melinda la ordene confeccionar la receta para refrescar su manto, que me entregue el codiciado líquido. Su poder es tan grande que me devolverá la juventud y la hermosura perdidas hace mil años, por haber murmurado en cierta ocasión de la Reina de las hadas; mi venganza entonces será completa; recobro mi belleza, y al mismo tiempo, al secarse el manto de mi rival, ésta queda indefensa. ¿Has comprendido?...

—Sí, señora; y admiro vuestro alto saber y profunda previsión.

—Pues ahora, haz tus arreglos para marcharte, cumpliendo en todo mis instrucciones. Dentro de unas semanas me veras aparecer e instalarme en tu Palacio.

### III

#### EN EL QUE GONZALITO SE CONVIERTE ES ROGELIO

Mientras la malvada bruja ataba cabos para preparar su meditada venganza, Melinda dirigióse con Gonzalito en los brazos, hacia la cabaña de los Juanes. Llamábanla así por habitarla Juan el leñador, que ya conocen mis lectorcitos, el que fue castigado por Currucanda a caminar en cuatro pies, y su mujer la buenísima Juanita.

La noche era muy oscura y un rayo de luz se deslizaba por debajo de la puerta. Esto hizo comprender al hada que el honrado

matrimonio no dormía. Melinda aplicó el oído a la cerradura y escuchó lo siguiente:

—Juanita: ¿cuál es la cosa que más deseas en el mundo?

—Tener un hijo. ¿Y tú, querido Juan?

- —¡Yo! Jugarle alguna mala pasada a la infame bruja que me causó tan grave daño. Ella seguramente fue también la que incendió el Palacio Real.

La puerta de la cabaña abrióse de par en par, y una hermosísima señora entró, interrumpiendo la conversación de los Juanes.

Adelantándose hacia los sorprendidos moradores de la vivienda exclamó:

—Vengo a realizar vuestros antojos. Juanita, aquí tienes al hijo que anhelas—dijo a ésta entregándole el precioso niño. —Como tal amalo y cuidalo; no te arrepentirás; se llama...—y después de una ligera vacilación repitió: — se llama Rogelio. En cuanto a ti, Juan—prosiguió la maga dirigiéndose al leñador, — puedo asegurarte que este niño será con el tiempo el instrumento de la justicia que persigues. No intentéis averiguar quién es; más adelante se aclarará el misterio; ahora es preciso guardar el más impenetrable secreto; con el fin de lograrlo conviene que mañana pretextéis un viaje en busca de trabajo más productivo. Marchaos en seguida de Illopus y no regreséis hasta que transcurran seis o siete años; entonces mostrad el niño como hijo vuestro nacido en el extranjero. Decid todos que habéis hecho fortuna, e instalaos en casa cómoda y decente. Como deseo que no falte a mi ahijado la esmerada educación que le corresponde, cuando tenga edad para ello buscad los más sabios profesores que le instruyan en las artes, en las ciencias y en la guerra. El dinero, que para tantos gastos necesitéis, yo os lo proporcionaré con creces.

Arrancó el hada un clavel de una maceta que lucía sus encantos en la ventana de la cabaña, y frotándolo contra las hojas de las mismas flores que formaban su manto, sopló sobre aquél y dándole a Juan exclamó:

—Mi nombre es Melinda: pronúncialo besando este clavel cuando quieras llamarme, y acudiré inmediatamente. Cada vez que te haga falta dinero, agítalo en el espacio.

Y la maga, acariciando al niño que dulcemente dormía en el regazo de Juanita, desapareció.

Sacudió Juan la roja flor con objeto de cerciorarse de su virtud, y una lluvia de escudos de oro cayó sobre el suelo de la modesta habitación. Los leñadores, locos de alegría, recogieron sus doblones y siguiendo las órdenes de su poderosa protectora, hicieron sus preparativos de viaje y se marcharon, llevando Juanita bien oculto entre los pliegues de su capuchón al monísimo Gonzalito.

Dos días después, el Conde de Perafín, fingiendo gran amor a Illopus, presentó ante los ministros y altos dignatarios de la nación el famoso pergamino que le entregó Currucanda. Reconocieron todos los legítimos derechos que alegaba, y decidieron proclamarle Soberano del reino. ¡Pronto iban a arrepentirse de aquella funesta y precipitada elección! Muy de prisa mandaron reedificar el Palacio a un arquitecto algo hechicero, que hacía las más difíciles construcciones en poquísimo tiempo.

En un mes, quedó terminado el magnífico edificio, y a la semana siguiente llegaron a Illopus el antiguo conde de Perafín, Timoteo I, su esposa la reina Agapita, y su hijo Sinforoso, acompañados por lucida comitiva. A la bruja la esperaban algunos días más tarde.

Según las reglas del ceremonial establecido en el reino, antes de penetrar en su morada los Soberanos y su séquito, debían dar la vuelta alrededor del parque del Palacio, precedidos por bandas de música. Entonces ocurrió una cosa que causó natural sorpresa. Monarcas y cortesanos, músicos y soldados, cuantos pisaron en dicho parque la piedra maldita por Currucanda, cayeron al suelo con extravagantes contorsiones. Y lo que empezó con gran compostura y reverencia, terminó como ridículo sainete. Marchaba el Rey con la mano tapándose la nariz, que del golpe se le puso más roja que un tomate; a su lado la Reina muy tiesa mostraba al andar un enorme desgarrón hecho al caerse en su lujoso vestido, y el complicado moño medio torcido, de resultas también de la fuerte sacudida. En el cortejo, unos cojeaban, otros alzaban los brazos en alto sujetándose apresuradamente las pelucas, quien se reía, olvidando la gravedad de la etiqueta, quien lloraba lamentando daños recibidos; y todos, nobles y plebeyos asustados ante lo extraño de la aventura, huyeron hacia el Palacio, interrumpiéndose la secular ceremonia.

#### IV DIEZ Y SIETE AÑOS DESPUÉS

Muchas cosas sucedieron en estos diez y siete años transcurridos. Pronto demostró Timoteo I, su orgullo y su avaricia; nunca se consideraba satisfecho con las enormes rentas que recibía y anualmente aumentaba los impuestos, sin atender ni a las súplicas de sus vasallos, ni las advertencias de sus ministros. Comparábanlo todos con los buenísimos Soberanos que habían perdido, lamentándose del exterminio de tan noble raza. Pero estas demostraciones de pesar apenas salían del corazón. El terror al castigo sellaba los labios.

Cuando Currucanda llegó a Illopus y le relataron la aventura de la piedra fatal, echose a reír explicando a sus protegidos las razones del extraño fenómeno. Luego añadió:

—Mucho nos conviene que los habitantes de esta capital comprendan que un poder misterioso y oculto, extiende sus invisibles garras sobre el Palacio; a él atribuirán, y en esto no se equivocarían, el pasado incendio. El miedo a lo desconocido evitara más adelante, si me reconocen, que lo dudo, pues apenas me han visto o si están descontentos de nosotros, que intenten algo en contra nuestra. Ahora voy a terminar mi obra—murmuró la hechicera después de unos segundos de silencio.

Salió de la regia morada y acercándose a la piedra maldita, hizo un círculo a su alrededor escupiendo por tres veces. Un árbol gigantesco surgió de la tierra prestando sombra con sus ramas a la losa fatal. Tornó la vieja a escupir y el árbol se pobló de unos pájaros muy feos y muy raros parecidos las lechuzas. Silbó con prolongado sonido, y los avechuchos agrupáronse ante la bruja. En misterioso lenguaje dirigioles un pequeño discurso, y las aves volvieron a su nido y Currucanda a Palacio,

Mas desde entonces, cuanto pasaba en el reino, cuanto ocurría en cada casa, y cuanto se hablaba en todas partes, era sabido en la mansión de los Reyes. Burlose cierto día una hermosa joven de la acaballada nariz y de la puntiaguda barba de la hechicera, y la mañana siguiente, al despertar, observó con dolor que sus facciones habían adquirido durante la noche, las mismas ridículas proporciones que criticó.

Quejábbase un cortesano de la avaricia del Rey, y muy quedo confiaba a un su amigo el lugar donde ocultaba el rico tesoro para librarlo de las garras de S. M. Al pretender enseñárselo unas horas después notó que alguien había penetrado recientemente en la escondida cueva, y ni una moneda existía ya.

Murmuraban varios mozos de los Perafín, y sin saber cómo ni por donde, aquella misma noche fueron duramente apaleados en castigo a su osadía.

Estos y otros casos análogos y muy frecuentes tenían aterrada a la comarca. Cuando menos lo pensaban, veían aparecer los habitantes de Illopus a las funestas lechuzas, que entraban sin que supieran por donde, y no dudaban fuesen ellas las que repetían sus hechos y palabras. Mas por el temor que lo sobrenatural inspira, no se atrevían a matar a los antipáticos avechuchos.

Siete años después de subir al Trono Timoteo I, volvían a instalarse en su ciudad nativa los Juanes, con su hijo único Rogelio. Compraron una preciosa casita y a ella acudían sus convecinos a felicitarlos por el nacimiento del niño en lejanas tierras, y por la fortuna adquirida.

Rogelio, en quien mis lectorcitos habrán reconocido a Gonzalo de Mombón, creíase hijo del aquel honrado matrimonio, tan grande era el amor que le demostraban. Y el pequeñito, heredero de las virtudes y nobles cualidades de su raza, desde chiquitín cautivaba a todo el mundo por su bonísimo corazón, su precoz inteligencia y su infantil belleza.

Buscaron los Juanes a los principales profesores de Illopus, dispuestos a dar al niño la esmerada educación que les había ordenado su protectora. Algunas noches presentábase ésta de improviso, besaba a Gonzalito, y él le echaba sus bracitos al cuello llamándola madrina. Enterábase de sus progresos en los estudios y se marchaba sin que ni las lechuzas lograsen averiguar la ruta que seguía. Advertida Currucanda de este raro suceso, barruntó lo que pudiera ser, mas no le fue posible cerciorarse; jamás consiguió ver a la desconocida, y como en aquellos tiempos existían varias familias amparadas por diferentes hadas, pensó que acaso sus recelos no fuesen motivados. Además, el niño se llamaba Rogelio y no Gonzalo, como el salvado por Melinda.

A pesar de todo hallábase intranquila, y ordenó a sus fieles auxiliares ejerciesen estrecha vigilancia sobre la casa y sus

habitantes; pero nada digno de mención sucedió en los diez años transcurridos desde que regresaron los Juanes a su patria.

Diez y siete contaba ya Gonzalito, y sólo os diré que mientras en Sinforoso crecía a la par de su cuerpo su orgullo, su violencia y su tontería; los años aumentaban el talento, la bondad, la prudencia y el valor del arrogante Rogelio.

Durante ese tiempo, ocurrieron grandes novedades en el vecino reino de Camerlengo. Recordaran, mis amados lectorcitos, que el Rey Procopio se quedó viudo al venir al mundo su hija única Elvira, la heredera del Trono por muerte de su madre. Procopio, antes de cumplir el año de su desgracia, casose de nuevo con una joven hermosísima llamada Alonsa que tenía fama de ser maestra en artes mágicas, y el pueblo susurraba que había hechizado al Monarca. Algunos meses después, nació una niña, la que pusieron por nombre Ildara. Desde entonces no tuvo Alonsa otro pensamiento, ni otra ocupación que hacer planes y meditar proyectos para conseguir el modo de arrancar la corona de las sienes de Elvira su legítima dueña, en favor de Ildara. Mas tan astuta como malvada, pretendía lograr su objeto sin que el pueblo, que adoraba a su Princesita, ángel de bondad y de hermosura, se percatase del verdadero motivo de sus acciones. Sabía Alonsa que, según las leyes del reino, si antes de los veinte años no se casaba la heredera del Trono, perdía todos sus derechos; a esta cláusula se acogió para que la ayudase en sus injustos designios. De acuerdo con Procopio (quien sólo veía por sus ojos), decidió, pretextando probar las buenas cualidades del futuro Rey de Camerlengo, que los aspirantes a la mano de la Princesita, fuesen sometidos a las más difíciles pruebas. Esperaba que ninguno saliese airoso en su empeño.

V  
LA CACERÍA

En un salón del Palacio Real de Illopus, hallábase reunidos Currucanda, los Monarcas y su hijo. La primera, tomando la palabra, exclamó dirigiéndose al último:

—Sinforoso, pronto cumplirás veinte años, y diez y ocho la Princesita Elvira que te destinamos por esposa. Con el pretexto de festejar tu aniversario se celebrará una gran cacería, a la que serán invitados los Reyes de Camerlengo y sus hijas. Procura agradar a la mayor de ellas.

—He oído decir—respondió el Príncipe — que exigen cosas imposibles al que aspire a su mano, y ya sabéis que no es el valor mi cualidad dominante.

—No seas tonto—replicó Currucanda. —Tomaré mis medidas para que triunfes sin peligro.

La invitación de los Reyes de Illopus, sorprendió a los de Camerlengo, que no se decidían a aceptarla. La entrada de la mimadísima Ildara dando saltos y diciendo que deseaba asistir a la fiesta, resolvió en sentido favorable los primeros, las dudas de los segundos.

Diez y seis años tenía la antipática Ildara. Elvira contaba Cerca de diez y ocho, y era el encanto de todo el pueblo por su bondad y su belleza. Desde que cumplió los quince años, los Reyes obligados por los ministros, enviaron a las naciones más poderosas que lo solicitaban, blasonados pergaminos con las condiciones requeridas para alcanzar la mano de la Princesa, Atraídos por la fama de su hermosura, habíanse presentado numerosos pretendientes; pero eran tan difíciles las pruebas a que se les sometía, que ninguno logró vencer con gran alegría de Ildara. Ésta, aleccionada por su madre, veía en cada fracaso un nuevo motivo de esperanza para llegar al Trono que ambicionaba; pensando con razón, que la Reina Alonsa cuidaría de casarla a su debido tiempo.

Con gran pompa y públicos regocijos fueron recibidos en Illopus los Reyes de Camerlengo.

Radiante brillaba el sol en la mañana de la gran cacería. Hermosa iba la cabalgata presidida por los Reyes y sus hijos. Ya se oían los clarines, el eco repetía el sonido de las trompas, resonaban las

voces de los pajes y escuderos, los broncos ladridos de la jauría; y todos, hombres, perros y caballos perseguían en tropel, en vertiginosa carrera a los heridos jabalíes.

En medio del bosque, oculto entre unos árboles, Gonzalo presenciaba la fiesta. Al pasar la Princesa Elvira cerca de él quedó deslumbrado por su angelical belleza. Absorto la contemplaba, cuando le sacó de su arrobamiento una dulce voz que le decía:

—Mírala bien, Rogelio; pronto será tu esposa.

Volvióse el joven algo confuso y con alegría encontró a su lado a su amada protectora.

—¡Ay madrina! —respondió, —por lograr la dicha que me ofrecéis, sería capaz de las mayores proezas.

Poro... no quiero hacerme ilusiones, ¡quién soy yo, para llegar hasta ella!

—Rogelio—contestó Melinda, —aunque sólo tienes diez y ocho años, por tu inteligencia y tu corazón eres un hombre. Tiempo es ya de que sepas lo que tanto te interesa. Escucha:

Y el hada Melinda, haciendo sentar al joven, hízole una minuciosa relación de la historia de su familia, de los dramáticos sucesos ocurridos en los primeros meses de su infancia y de lo mucho que de él esperaba.

Rogelio, o por mejor decir Gonzalo, arrojose en brazos de la maga demostrándole con profunda ternura su inmensa gratitud.

—Yo he sido—prosiguió Melinda—la que te he inspirado la idea de venir al bosque para que conocieras a la Princesa.

—Dispuesto estoy a luchar contra el mundo entero para obtener su mano—replicó Gonzalo. —Es imposible verla sin amarla.

—Así me gusta encontrarte, hijo mío, animoso y valiente. Eres digno de tu raza; mi protección nunca te faltara, pero deseo sigas disimulando y que ni los buenísimos Juanes que te han servido de padres sepan quién eres hasta que yo se lo diga; conviene que mi enemiga Currucanda ignore aun tu verdadero nombre. Desconfía siempre de la infame hechicera a la que debes tus desgracias. Su proyecto es casar a Sinforoso con Elvira; nosotros lo impediremos. Ahora voy a comenzar a poner por obra el mío, proporcionándote una entrevista con la Princesa.

Sin aguardar respuesta del conmovido joven, llevó a sus labios un silbato de plata pendiente de su cuello. Al melodioso sonido que produjo, contestó el bronco rugir de una fiera, y apareció un

hermoso león que sacudía arrogante su rubia melena. El hada acaricióle con dulzura inclinándose cual si dijese algunas palabras en su oído. El rey de la selva, de un brinco, dirigióse hacia el lugar donde estaban los cazadores. Su presencia produjo un pánico indescriptible, y todos huyeron a la desbandada; todos menos la Princesa Elvira, cuyo caballo al pretender es capar enredose entre unas malezas quedando prisionero. Elvira se desmayó del susto, mas no llegó a caerse al suelo, porque el hada la recibió en sus brazos.

Cuando volvió en sí, el león había desaparecido y la Princesita sólo halló cerca de ella a Melinda y a Gonzalo que humedecía sus labios con el agua que había ido a buscar a un arroyo próximo.

—Os debo la vida—exclamó la niña incorporándose.

—Con gusto hubiera dado la mía para salvar la vuestra—respondió galantemente el joven.

—Gracias. Veo que sois tan amable como valiente. ¿Queréis decirme vuestro nombre para que lo grave en mi alma en unión de mi profunda gratitud?...

—Me llamo Rogelio.

—Rogelio... ¿Y vos, señora, ¿quién sois? Vos, que hacéis latir mi corazón con vuestras caricias, cual, si fuesen las de mi adorada madre, a la que nunca tuve la dicha de conocer.

—Una persona que vela por ti desde tu cuna.

—¡El hada Melinda! ¡La protectora de nuestra familia! la joven' palmoteando de alegría.

—Has acertado. Mas no creí que la Reina Alonsa hubiese permitido que te hiciesen saber estas cosas.

—Escolástica, mi haya, una viejecita muy buena, que fue también haya de mi madre, me lo ha contado en secreto. Señora—prosiguió la Princesa cambiando de tono, —¿por qué me habéis abandonado durante tanto tiempo?

—Jamás cesé de velar por ti. Hasta hoy no convenía que lo supieses. Y ahora, Rogelio, di a la Princesa tu verdadero nombre.

—Gonzalo de Mombón—dijo sencillamente el joven.

—¡Gonzalo de Mombón! —exclamó Elvira. —El último descendiente de la noble raza de la que tanto he oído hablar a Escolástica. Esta me aseguraba que todos habían desaparecido.

—Se engañaba, como por ti misma puedes cerciorarte. —Y el hada repitió a Elvira la historia que momentos antes relató a Gonzalo. Luego continuó:

—Lo que acabo de revelarte debe quedar entre nosotros. Aquí tienes el esposo que te destino—añadió tomando a Gonzalo de la mano. ¡Es digno de ti! Dispuesto está a triunfar de cuantos obstáculos surjan a su paso para obtener lo que tan vivamente desea. ¿Lo aceptas?

—Con toda el alma, —respondió conmovida la Princesa arrojándose en brazos de Melinda, en tanto Gonzalo se arrodillaba ante ella.

Sonidos de clarines, crujidos de ramas, galope de caballos, interrumpieron el ameno coloquio de los tres amigos y el hada murmuró:

—Ha llegado el momento de separarnos, pero, pronto nos volveremos a ver.

Y haciendo una seña a su ahijado para que la siguiese, ocultáronse ambos en la espesura del bosque. Instantes después, los Reyes, acompañados por nobles, pajes y escuderos, presentábanse buscando, a la Princesa.

—¡Hija de mi vida! —gritó. Procopio fingiendo gran dolor. — ¡Qué susto nos has hecho pasar! Gracias a Dios que te hallamos sana y salva... Dinos qué te ha sucedido y cómo te libraste del peligro que te amenazaba.

—Padre, yo misma no me lo explico. Las patas de mi caballo se enredaron entre las malezas y aterrada me desmayé. Al recobrar el sentido, el león no estaba ya. Calculando que acudiríais en mi ayuda en cuanto notaseis mi ausencia, esperé aquí sin moverme, por temor a extraviarme.

Emprendieron toda la vuelta a Palacio, y Sinforoso colocó su yegua al lado del alazán de la Princesa, cual si quisiera protegerla; intentando así hacerla olvidar su cobardía anterior. Elvira escuchaba, sin oírlos, sus necios cumplidos y sus falsas galanterías. El corazón y el pensamiento de la Princesita pertenecían para siempre a Gonzalo de Mombón.

IV  
EN EL QUE MIS LECTORCITOS SE ENTERARAN DE LAS  
CONDICIONES EXIGIDAS PARA OBTENER LA MANO  
DE LA PRINCESA ELVIRA.

Aquella misma noche en el salón del Trono del Palacio Real de Illopus hallábase reunidas seis personas. Los Monarcas de dicho reino y los de Camerlengo, con sus respectivas esposas, el Príncipe Sinforoso y la bruja Currucanda.

A juzgar por, el tiempo que llevaban encerrados, mucho debió hablarse en la conferencia que entonces estaba terminando... La hechicera había hecho una pequeña pausa y sorbía, según su costumbre y un polvo de rapé. Luego dirigiéndose al Rey Procopio, tomó de nuevo la palabra diciendo:

—Por lo que extensamente acabo de referirte, habrás comprendido que te conviene ayudarnos y unir tus intereses a los nuestros. Todos saldremos así ganando, como Voy a demostrarte. Tú te comprometes a proteger ocultamente las empresas del Príncipe Sinforoso, cuando te pida la mano de Elvira; y Sinforoso te jura en cambio renunciar en nombre de ésta, cuando sea su mujer, a la corona Camerlengo, cediendo sus derechos en favor de Ildara, la que a su vez me empeñara solemne compromiso de entregarme el elixir que ha de obligarle a confeccionar mi enemiga Melinda, al ser reconocida la hija de Alonsa, como heredera del Trono: ¿Comprendéis ahora? Con la realización de este plan vosotros, Reyes de Camerlengo, sin violencias, aseguraréis la corona sobre las sienes de Ildara según vuestro deseo, y yo privando a Melinda de su agua maravillosa, logro dejarla impotente y sin medios para disputar el reino de Illopus a Sinforoso en nombre de su ahijado.

—Conformes—respondió Procopio, —mas no me explico por qué no me hicisteis estas proposiciones años ha, antes de que se publicasen las pruebas a que debían ser sometidos cuantos aspirasen a la mano de Elvira. Ya calcularéis que hemos inventado condiciones imposibles de cumplir para evitar que mi hija encuentre esposo.

—Justamente me alegré mucho al saberlo. De un momento a otro, temo se presente luchar Gonzalo de Mombón amparado por Melinda, y entonces todas nuestras precauciones serán pocas,

para impedir que triunfe. En cuanto Sinforoso, somos muchos para protegerle y saldrá vencedor. Cuidaremos de poner en práctica las medidas que juzguéis necesarias para asegurarle la victoria.

Mañana, los heraldos proclamaran oficialmente cuanto se exige a los que pretendan alcanzar el amor de la Princesa, anunciando el próximo comienzo de las pruebas de este año. Y mucho me engaño o el que yo creo que es Gonzalo de Mombón vendrá a tomar parte en ellas. Entonces, averiguando con certeza quién es, nos será menos difícil conseguir su derrota.

Al otro día, doce heraldos magníficamente vestidos daban lectura en la plaza pública de Illopus, en presencia de los Monarcas, Príncipes, nobles y plebeyos al siguiente documento:

Cumpliendo las leyes del poderoso reino de Camerlengo, S. M. Procopio I, hace saber a los Principes aspirantes o la mano de la heredera del Trono, la Princesa Elvira, que será concedida al que triunfe en las diferentes empresas que continuación se indican:

*Primera.* Como prenda de amor, los pretendientes, para alcanzar tan alto premio, regalaran a la Princesita una corona luminosa que por sí misma vaya a colocarse sobre su cabeza.

*Segunda.* Para probar sus fuerzas tienen que derribar de un solo hachazo uno de los arboles gigantes que se alzan a la entrada de Duaisia, capital de Camerlengo.

*Tercera.* Para demostrar su ingenio, los interesados deben acertar tres adivinanzas que les dirá el Rey.

*Cuarta.* Los Príncipes darán clara señal de su galantería, trayendo ti la Princesa un ramo de oruncias rojas, flores que brotan en el confín del mundo.

*Quinta.* Para mostrar su valor acudirán a singular torneo, triunfando de cuantos combatientes se presenten en liza.

ADVERTENCIA. Terminado el torneo, el vencedor, antes de serle concedida la mano de la Princesa, justificara ser hijo o descendiente de Rey, sin cuyo requisito será nulo cuanto haya hecho.

Ya comprenderán mis lectorcitos, que esta advertencia había sido añadida por Currucanda, pues sabía la imposibilidad en que Gonzalo se encontraba de cumplir dicha cláusula.

A la proclamación de los heraldos siguió un profundo silencio. Uno de ellos levantando la voz tornó a gritar: ¿Hay en Illopus algún Príncipe que desee tomar parte en la empresa?

Sinforoso, una señal de Currucanda, bajó de su estrado e inclinándose ante Elvira exclamó:

—Hermosa Princesa, dispuesto me hallo a emprender la lucha. No anhele mayor recompensa que ser vuestro esclavo.

Y muy satisfecho de lo que él juzgaba sorprendente y desconocida galantería, volvió a colocarse en su puesto.

Elvira, miraba a todos lados buscando ansiosamente: Gonzalo. Segundos después que Sinforoso subió a su blasonado escaño, con asombro vieron nobles y plebeyos adelantarse gallardo y sonriente al hijo de los Juanes. Hincó una rodilla en tierra y dijo a la Princesa:

—Señora, también yo quiero demostraros mi amor y mi destreza.

—¡Insolente! — bramó Currucanda sin poder contenerse al cerciorarse de que sus sospechas resultaban fundadas. —¿Quién eres tú, hijo de pobres leñadores para pretender tan alto honor?...

—Señora—respondió gravemente el joven, —según el pergamino que acaban de leernos sólo al fin del torneo están obligados los combatientes acreditar sus timbres de nobleza.

—Tiene razón, —rugió el pueblo muy contento de encontrar una ocasión para molestar al aborrecido Príncipe Sinforoso.

Comprendieron los Reyes que Gonzalo estaba en su derecho y bajo el nombre de Rogelio, fue inscrito junto al de Sinforoso, como aspirante a la mano de la Princesa Elvira.

Una vez al año se convocaba a este singular concurso; y como los Reyes se reservaban la facultad de señalar la fecha elegida para cada prueba, desde que empezaban, los interesados trasladábanse a Duaisia con objeto de acudir en cuanto los llamasen. El que no se presentaba a la ora exigida, perdía el derecho a proseguir la empresa. Por este motivo

los Reyes de Illopus, marcháronse a Camerlengo con su hijo, instalándose en el magnífico palacio que poseían en 'i aquella capital. Los ministros quedaron como Regentes del Reino.

Al volver Gonzalo a su casa, encontró en ella aguardándolo al hada Melinda. La poderosa maga, juzgando llegado el tiempo en que los Juanes se enterasen del verdadero nombre de Rogelio, hábíales dicho cuanto deseaban saber. Por eso al entrar Gonzalo

en su morada, los antiguos leñadores cayeron de rodillas ante él, llamándole su Soberano. Con gran cariño el joven los hizo levantar exclamando:

—Siempre seré un hijo para vosotros que fuisteis conmigo modelo de padres, El pobre huérfano, nunca echó a los suyos de menos, gracias a vuestros amantes cuidados. Mi gratitud será eterna; jamás nos separaremos, y si triunfo a Palacio vendréis conmigo.

Juan y Juanita lloraban de alegría. El hada dijo a Gonzalo:

—Mañana salís todos para Camerlengo. Al llegar a Duaisia os mostraré una cómoda casita que he alquilado para vosotros; y poco he de poder, o tú Gonzalo de Mombón serás el vencedor. Siempre que necesites mi auxilio acudiré en tu ayuda.

## VII A PRISIÓN

Quince días después eran llamados por el Rey de Camerlengo, los aspirantes a la mano de la Princesa Elvira. Escarmentados la mayoría de los Príncipes con los fracasos sufridos en los tres años anteriores, sólo acudieron Sinforoso y Gonzalo.

Procopio les dijo al verlos:

—Mañana tendrá lugar el comienzo de las pruebas exigidas para alcanzar el premio que pretendéis. Por la proclamación hecha en Illopus no ignoráis que la primera consiste en traer a mi hija una corona luminosa que vaya por si misma a colocarse sobre su frente. Un mes os concedo para obtenerla. Más adelante os iré avisando el día y hora en que tengan lugar las demás empresas. Esta noche comeréis en Palacio, dormiréis en los aposentos que os tengo preparados, y a las ocho en punto os presentaréis en esta sala a despediros de la Princesa. La puntualidad es la virtud principal de los Reyes, y el que no llegue a su debido tiempo, pierde todo derecho a seguir luchando. En vuestra habitación hallaréis cada uno un reloj mágico de gran tamaño que os llamara en el momento oportuno.

Gonzalo comió con apetito y se durmió tranquilamente. A media noche, Currucanda penetró en el cuarto del joven y abriendo la caja del reloj, descolgó las pesas que se llevó ocultas bajo su manto.

Melinda no cesaba en su vigilancia, y muy de mañana deslizo por el hueco de la chimenea hasta llegar al aposento de su protegido, e intentó despertarlo sin conseguirlo; por lo que comprendió le habían echado algún narcótico en la comida. Sólo el sonido del reloj encantado era capaz de sacarlo de su profundo sueño. Pero el reloj parado no avanzaba. Movi6 la maga los minuter0s hasta colocarlos en su hora. El reloj continu6 inm6vil. Entonces abri6 la caja y al observar que faltaban las pesas se figur6 lo ocurrido. Como el tiempo volaba no tuvo otro recurso que suspenderse ella misma a modo de pesa. Inmediatamente dieron siete campanadas y luego otra. Eran las siete y media. Gonzalo al oír las se despert6 sobresaltado, ech6se de un brinco fuera de la cama y ligeramente se acical6, presentándose algunos minutos antes de la hora fijada en el sal6n del Trono, donde ya aguardaban los Reyes, las Princesas y los altos dignatarios.

Currucanda al verlo no pudo contener su rabia, y sin disimulo ninguno, sospechando lo sucedido, corri6 al aposento del Príncipe. Melinda, distraída en Observar la máquina del reloj encantado, aún no había salido de su escondite y la bruja que lo adivin6, sacando de su bolsillo una llave hechizada, cerr6 la caja, marchándose muy satisfecha. Cuantos esfuerzos hizo Melinda por librarse de la cárcel que la aprisionaba resultaron estériles: el poder de Currucanda en aquella ocasi6n era superior al suyo. Su desesperaci6n no tuvo límites. ¿Qué iba a ser de Gonzalo?... Ella le había ordenado la tarde anterior que aguardase sus órdenes en las afueras de la capital, y allí la esperaba inútilmente. Al fin, convencida de que por medios naturales nada lograba, aun cuando no era partidaria de las metamorfosis (y esto la bruja lo sabía) trocose en mosquito, y así transformada, pudo cómodamente deslizarse por los agujeritos de los minuter0s, y volando desapareci6 por la ventana. Al llegar al sitio en el que había citado a su protegido, sólo hall6 en él a Currucanda y a Sinforoso. Vuelta Melinda a su primitiva forma, ocultose para que no la viesan y oy6 las siguientes palabras de la bruja:

—Gracias a mis previsiones, mi enemiga por un poco de tiempo quedara impotente. Aprovechando esta feliz circunstancia, Rogelio es nuestro prisionero, y tú sin rivales y ayudado por todos triunfarás.

En seguida, según su costumbre tomó un polvo de rapé, y sacando un pergamino entregóselo a Sinforoso añadiendo:

—Al fin de esta vereda encontraras una carroza tirada por zorros, es la mía; entra en ella sin miedo; te llevara al país de los gusanos de luz. Al Rey, que es mi amigo, le presentas este escrito y él te dará lo que necesitas para vencer. Aterrada quedó Melinda al escuchar aquellas frases; adivinaba les diabólicos proyectos de Currucanda. El viaje de Sinforoso dejábala indiferente, ella tenía preparada cosa mejor; lo que le afligía era ignorar el paradero del infeliz Gonzalo. Por todas partes buscó sin hallarlo.

Sentose entonces en una piedra, y sacudiendo los pliegues de su manto, esparciase en el aire delicioso aroma. Con dulce voz empezó cantar:

Golondrinas, jilgueros que raudos  
cruzáis por los aires,  
donde se halla Gonzalo, decidme.  
¡Volad a buscarle!

Bandadas de pájaros salieron de las copas de los árboles, y media hora después volvían piando alrededor de Melinda. Esta, que, como todas las hadas, entendía perfectamente su lenguaje, comprendió que las gentiles avecillas no lograron averiguar lo que deseaba saber. Su hermosa voz entonó esta otra canción:

Hormiguitas, ratones y topos  
que andáis bajo tierra,  
¿habéis visto a Gonzalo en prisiones?;  
¿en dónde se encuentra?...

Oyose un ligero ruido entre el césped que se movía con ondulaciones semejanteras a las de las olas del mar. Eran los animalitos evocados por Melinda que corrían a cumplir su misión.

Al cabo de un rato un precioso ratoncito blanco, haciendo una profunda cortesía exclamó:

—Señora, la bruja Currucanda ha encerrado a vuestro protegido en los calabozos de la Muerte, de donde nadie sale. Me lo han contado unos amigos, que habitan debajo de su prisión.

Melinda, se explicó entonces el indescifrable enigma que la atormentaba; es decir, cómo ella siendo un hada, no, pudo adivinar el paradero de Gonzalo. Oculto estaba el joven por arte mágico, en aquella circunstancia contrario al suyo.

—Guíame hasta allí—dijo la maga al, ratoncito acariciándole. Dirigióse él animalillo hacia un bosque próximo, y al acercarse a un sitio muy enmarañado, parose delante de unas malezas.

Tendió Melinda su manto sobre los impenetrables abrojos, e inmediatamente separáronse ofreciendo sus miradas una fuerte reja.

—Gonzalo, ¿estás ahí —preguntó asomándose:

—Sí, señora—respondió una voz muy lejana.

—¡Ánimo! Sé lo que te ha sucedido y vengo a salvarte. Para lograrlo pasó su varita por la tupida reja: ésta girando por invisibles ranuras dejó libre la entrada, y apenas se deslizó por ella Melinda, volvió a cerrarse. Nada le importó a la poderosa maga; pensaba escapar por otro lado para evitar que sus enemigos descubriesen la fuga del prisionero.

En cuanto llegó la cueva, acercose a Gonzalo y desató sus ligaduras. El heredero de los Mombón lleno de alegría se arrojó en sus brazos. Al observar Melinda que todo el alimento del joven consistía en un pedazo de pan duro y una taza de agua, tocó con su varita un boquete abierto en un rincón del calabozo. A los pocos momentos empezaron a salir infinidad de ratoncitos correctamente vestidos de librea, llevando los unos huevos, los otros jamones, éstos aves, aquéllos pescados.

Una sensible ratona, dejando caer dos lagrimas que brotaron de sus vivos ojillos, colocó ante nuestro héroe una mesita diciendo: ---¡Pobrecito, querían matarlo de hambre! Y nosotros no podíamos acudir en su ayuda. El contacto de tu varita mágica ha roto el hechizo que nos impedía venir.

—Pronto vamos a remediar las necesidades de mi protegido—contestó la maga—haciendo a los animalitos una seña para que depositasen sus viandas sobre la mesa; y ¡cosa estupenda! conforme las soltaban, los pollos, peces, pasteles, etc., crecían hasta adquirir tamaño corriente, así como la mesa traída por la ratona.

Mientras Gonzalo saciaba su apetito, Melinda preguntó a los roedores:

—¿Cuántos sois?...

—Doscientos.

—Estoy segura que en vuestra vivienda existe otra entrada por el lado opuesto del bosque, y es preciso que la agrandéis en el menor tiempo posible, así como el camino subterráneo que a ella conduce. Del boquete de la caverna me encargo yo.

Y así diciendo, extendió el manto sobre el agujero, que se ensanchó inmediatamente.

En tanto trabajaban los ratones, Melinda preguntó al joven cómo fue llevado hasta allí.

—Nada puedo explicaros — respondió — hallábame esperando a la salida de Duaisia según me ordenasteis, y de repente sentí sin ver a nadie que me tiraban al suelo. El golpe, hizome perder el conocimiento, y al volver de mi desmayo me encontré enterrado vivo en este sepulcro.

Cuando llegó la noche, la faena de los ratoncitos estaba terminada; y Gonzalo despidiéndose cariñosamente de los amables animalillos, fue acompañado hasta su casa por el hada, que le mandó permaneciese oculto, con objeto de que no sospechasen su evasión.

## VIII

### LA CORONA LUMINOSA

Sinforoso fue recibido en el país de los gusanos de luz con todos los honores debidos a su alto rango. El Rey, después de leer la carta de Currucanda, llamó a varios de sus súbditos y les ordenó se vistiesen con mantos de tisú de oro y se enlazasen entre ellos, resultando una hermosísima diadema que entregó al Príncipe encerrada con una caja con pequeñas aberturas para que respirasen los insectos.

El Monarca, a la par que el precioso estuche, dióle una cesta llena de yerbas diciéndole:

—Una vez al día tienes que dejar comer a mis vasallos, éstos son sus alimentos.

Y el heredero de Illopus fue despedido a la salida del reino con las mismas ceremonias con que lo recibieron. Apenas se alejó en su carroza, cogió la cesta y tirándola por la ventanilla murmuró:

—¡Fuera estorbos! ¿Creera ese estúpido y repugnante Soberano, que todo un Príncipe como yo va a rebajarse en cuidar a esos asquerosos animales?...

Y reclinándose sobre los mullidos almohadones del coche, se echó a dormir tranquilamente, sin volver ocuparse para nada de los gusanos.

El carruaje, lo mismo que sucedió en el viaje de ida, parábase mañana y tarde en medio del campo.

En seguida brotaban de la tierra unos monos negros muy feos que, acercándose al Príncipe, le llevaban opípara comida gritando:

—De parte de Currucanda.

En la fecha señalada llegó a Dúisia Sinforoso, y muy ufano y satisfecho, dirigióse al Palacio Real donde ya le aguardaban la bruja y sus padres, en compañía de los Monarcas y Princesas de Camerlengo. Inclínose el joven ante Elvira y presentándole el estuche (que exhalaba desagradable olor), murmuró:

—Hermosa Princesa, aquí tenéis la diadema luminosa, que me complazco en ofreceros. Tornóla Elvira con expresión un tanto desdeñosa, y al abrir la caja se esparció por la estancia tan insoportable hedor que todos tuvieron que taparse las narices.

Los gusanos, faltos de alimento, habían perecido.

Currucanda al oído de Sinforoso, que procuraba disimular su confusión ocultándose entre los cortesanos.

—¡No fuiste afortunado!--- exclamó Procopio; —

más en consideración a la amistad que nos une con tus padres, hemos decidido que a pesar de esto sigas las pruebas hasta el fin. Acaso en alguna triunfes tan brillantemente, que nos haga perdonarte otros fracasos.

Los Ministros miráronse con sorpresa, causada por la inexplicable conducta del Soberano, Los pretendientes de los años anteriores, fueron despedidos a la primera falta.

—Rogelio no llega—bramó Currucanda. Y dirigiéndose a Procopio prosiguió: — Me parece que puede esta sesión darse por terminada.

—Aún no ha pasado la hora, — respondió dulcemente Elvira, que prevenida por Melinda sabía a qué atenerse.

Currucanda quedose observándola con recelo. Sus dudas fueron de corta duración.

Instantes después, resonaba en la antecámara un paso fuerte y marcial, y con gran estupefacción de sus enemigos, que lo juzgaban muerto de hambre en el calabozo encantado, entró Gonzalo, y acercándose gallardamente a la Princesa depositó en sus blancas manos un estuche de terciopelo rojo. Al abrirlo Elvira apareció en él una hermosa corona, que de un salto fue a colocarse por sí misma sobre los dorados rizos de la Princesita. Un murmullo de admiración corrió por la sala al contemplar aquella joya cuyos vivos resplandores cegaban con su potente luz.

Esta diadema, como habrán comprendido mis amados lectorcitos, había sido fabricada por Melinda. Estaba construida con magníficos brillantes, dentro de los cuales se encerraban chispas arrancadas a un rayo de sol. Contenía, además, una perfecta e invisible maquinaria, que la hacía saltar al oprimir la esmeralda que formaba el broche. Elvira, instruida en secreto por la maga del funcionamiento de su mecanismo, sabía manejar sus resortes. Con acento de mal humor gruñó el Rey al levantarse:

—Joven, por esta vez has vencido. Pasado mañana he dispuesto que tenga lugar la prueba de fuerza. A las dos de la tarde os aguardo a ambos ante los arboles gigantes que se alzan a la entrada de la capital.

## IX

### EL GNOMO, LOS OMBÚES Y ADIVINANZAS

Currucanda, para evitar que Melinda protegiese a Gonzalo, hizole llegar un falso aviso de la Reina de las hadas llamándola; y mientras tanto, penetrando sin ser vista en el aposento de nuestro héroe, le arrebató el hacha encantada (regalo de su madrina para ayudarle en su empresa) y se la entregó a Sinforoso.

No se apuró Gonzalo al hallarse sin hacha y sin auxilio. Era valiente y confiaba en sus propias fuerzas. Muy de mañana, fuese a rondar el enorme ombú, por si descubriendo sus raíces, encontraba algún punto flaco para dar el golpe. Principió escarbar la tierra, y de repente surgió de ella un gnomo llorando.

Preguntóle Gonzalo cual era la causa de su pesar

—Me lamento porque vas a destruir mi vivienda.

—No os aflijáis—respondió el joven que tenía bonísimo corazón.

—Prefiero renunciar a todo, antes que perjudicar inocente.

—He querido probarte, Gonzalo de Mombón—replicó el gnomo. Para recompensar tu caridad, yo mismo cortaré las raíces de este árbol; y cuando des el primer hachazo, el ombú caerá al suelo. Poco después de marcharse nuestro amigo, apareció Sinforoso que iba atraído por la curiosidad a inspeccionar aquellos lugares. También se le presentó el pequeño, personaje y derramando abundantes lagrimas le hizo la misma observación que su rival. —¡Viejo estúpido, ridículo enano, quítate de mí vista! —gruñó el heredero de Illopus—Si continúas molestándome con tus desagradables gemidos, antes que, a la casa, derribaré al dueño. Éste se retiró bramando:

--¡Ya me la pagarás!,,.

Melinda, furiosa por el engaño de la bruja, llegó a punto de contemplar la victoria de su ahijado. Habíanle ofrecido un arma endeble y pequeña; mas contra lo que todos esperaban, al primer golpe cayó derribado el árbol. El de Sinforoso, en cambio, permaneció inmóvil a pesar del fuerte hachazo recibido; y al mismo tiempo del fondo de la tierra salió una voz que decía:

—Los buenos triunfan siempre de los malos.

Y el hacha encantada rebotando en el ombú volvióse contra Sinforoso y le cortó las narices.

Afortunadamente para él, estaba presente un médico que se las pegó, pero no obstante a causa de este percance quedó gangoso y con una gran cicatriz que le dejó desfigurado para toda su vida.

Furioso el Rey Procopio, dispuso tuvieran lugar en seguida las pruebas del ingenio, y ordenó que los contrincantes marchasen a Palacio.

Melinda que se había hecho invisible, trazó una cruz sobre la frente de Gonzalo.

Al entrar éste en la Real morada hicieronle aguardar una hora en la antecámara, y por las conversaciones de los cortesanos enterose de que su rival se había puesto malo y se hallaba acostado en la habitación que ocupó en Palacio la noche que ambos comenzaron a sufrir las condiciones impuestas para alcanzar el galardón que tanto ambicionaban.

Al pasar al salón del Trono, oyó al Monarca decir a los Ministros: —La herida que recibió el Príncipe Sinforoso, le produjo fuerte fiebre y en consideración a su enfermedad fui su cuarto a

preguntarle las soluciones de los enigmas. Tengo la satisfacción de comunicaros que los ha acertado brillantemente.

Todos comprendieron que el Rey mentía para proteger al heredero de Illopus. Pero el respeto, selló los labios.

—Rogelio—gritó con altivez el Monarca al ver a Gonzalo: —  
¡Adivina!

«Tan grande como un camino,  
pesa menos que un comino...»

¿Qué es?...

—*El humo*— dijo sin titubear Gonzalo.

— Bueno — replicó Procopio nervioso y excitado.

«¿Cuál es la planta que Dios  
puso bajo de la tierra  
y si no la cortan pronto  
de macho se torna hembra»

—«*El esparrago, que se vuelve esparraguera*».

El Rey no podía disimular su rabia y bramó ronca voz:

«Verde fue mi nacimiento,  
y negro fue mi vivir,  
en una sábana blanca  
me envuelven para morir.»

¿Qué es?...

—«*El tabaco del cigarrillo del papel*» —contestó con viveza nuestro héroe.

—Has acertado las tres—exclamó alegremente Elvira, que, en unión de los altos dignatarios de la Corte, había asistido a la prueba.

Furioso Procopio rugió:

—Te ordeno salgas mañana a buscar el ramo de oruncias rojas, que sólo se encuentran en las proximidades de los polos. Cuando llegue el momento oportuno te comunicaré la fecha del torneo.

Gonzalo hizo una profunda reverencia, dirigió una tierna mirada a Elvira y se retiró.

Alonsa poseía y guardaba escondida a las miradas de todos, una maceta de las famosas oruncias plantadas en hielo encantado que no se derretía. Habíasela regalado en cierta ocasión una hechicera. Su idea, era ofrecérsela a Sinforoso y ocultar a éste en Palacio, simulando antes su marcha a las regiones polares. Y apenas Gonzalo emprendiese el camino hacia aquellos apartados lugares, fijar la fecha del torneo para pocos días después, con objeto de que el último descendiente de los Mombón no volviese a tiempo de tomar parte en el combate. Pero no contaba con el hada Melinda, que, adivinando el malvado plan de la Reina, todo lo tenía previsto, Sospechando desde el principio de las pruebas lo que iba a suceder, rogó a un cóndor le trajese del polo oruncias rojas, y más de una semana hacia que llegaron a sus manos. Al recibirlas tocolas con su varita para que no se marchitasen.

Gonzalo, entretanto, lo mismo que Sinforoso, simuló pública partida y a media noche, cubierto con negro manto tornó a encerrarse en su casita, donde amorosamente le cuidaban los Juanes.

## X EL TORNEO

Hermoso amaneció el día señalado para el famoso torneo, última de las pruebas exigidas para obtener la mano de Elvira.

La tarde anterior Sinforoso había entregado a la Princesa el ramo de oruncias rojas. Los ministros que asistieron al acto, sólo por arte de encantamiento podían explicarse que en tan escaso tiempo hubiese el Príncipe vuelto de su largo viaje.

Los Reyes de Illopus y Camerlengo esperaban confiados en el éxito del combate, gracias a las medidas tomadas por Procopio, que ordenó secretamente a seis de los más valerosos caballeros de su reino, se presentasen a pelear contra Sinforoso, dejándose vencer.

Tenían además la seguridad completa de que Gonzalo no podía acudir en la fecha señalada.

Brillantes resultaron las justas con que dieron principio las fiestas. A las grandes luchas sucedieron los combates parciales. ¡Cuánto escudo roto, cuanta lanza por el suelo! Admirable era ver la fuerza y la destreza de que hacían gala los campeones. Por último, entró en la arena Sinforoso gritando:

—Declaro a los adversarios que pretendan medir sus armas con las mías, que ninguno es más digno que yo de alcanzar la mano de la Princesa Elvira.

Dispuesto estoy a sostener contra todos la verdad de lo que digo. Seis guerreros aceptaron el desafío y (como estaba convenido de antemano) fueron desarmados por Sinforoso. Ya iba ser aclamado vencedor, cuando de repente llega lanza en ristre, jinete en fogoso potro, un caballero cubierto con negro casco y recia armadura. Parose frente al heredero de Illopus y lo retó a singular contienda. El Príncipe lleno de furor viose obligado a ponerse en guardia. La victoria no estuvo mucho tiempo indecisa; al primer golpe de lanza del desconocido, Sinforoso quedó desarmado y en tierra, y los jueces del campo proclamaron el triunfo del recién venido. Este, adelantándose hacia la Real Tribuna, sacó de entre los pliegues de su ancha escarcela un hermoso ramo de oruncias rojas, presentándoselo a Elvira al descubrirse.

Con rabia difícil de expresar reconocieron los monarcas de Illopus y de Camerlengo en el vencedor al odiado rival de Sinforoso, al valiente Rogelio.

—Señora—dijo éste a la Princesa al entregarle las flores. —Dios me ha favorecido y he cumplido las condiciones impuestas para obtener vuestra mano.

—¿Te olvidas—bramó ciega de coraje Currucanda— que sólo a los hijos o descendientes de Reyes les es permitido aspirar a tan alto honor? ... —Y añadió con sarcástica risa: —llegó el momento de mostrar tus cuarteles de nobleza. ¿Quién eres tú, Rogelio?... Solamente el hijo de un tosco leñador que ha hecho fortuna.

—Basta ya de fingimientos—respondió indignado el joven. — Tan bien como yo sabéis que soy Gonzalo de Mombón, el legítimo Soberano del vecino reino de Illopus, puesto que los Peralill son unos usurpadores.

—¡Es falso! —vociferó la bruja.

—Si así fuese, ¿por qué me encarcelasteis en la prisión de la Muerte y por qué luego me habéis tendido tantos lazos para deshaceros de mí?

Y sin aguardar su respuesta, dirigiéndose a los Reyes exclamó:

—Un mes pido de plazo para presentar los pergaminos que prueben la verdad de mis afirmaciones.

El Soberano iba a rehusar lo que tan justamente se le rogaba, pero el pueblo entusiasmado con el arrojo del joven y con su arrogante figura, protestó abiertamente de que se tardase en acceder a la súplica del vencedor. Y Procopio, que no ignoraba cuan poco amado era por sus vasallos, no se atrevió a rechazar la demanda de Gonzalo.

Sinforoso, cojeando a causa del tremendo batacazo, habíase levantado, encaminándose hacia un carruaje que lo llevó su palacio en un estado de furor inenarrable.

Currucanda, iracunda en sumo grado, juró vengarse. Y fingiendo volver a mejores sentimientos pidió perdón a Melinda y a Gonzalo; y para sellar la paz, los invitó a un banquete en casa de los Perafin.

## XI

### EN EL QUE UNA VEZ MAS DEMUESTRA SU MALDAD CURRUCANIDA

Tentada estuvo Melinda de rehusar la invitación al banquete. Sabía que la especialidad de la bruja eran los narcóticos, especialidad probada ya en el que hizo tomar a Gonzalo la famosa noche del reloj encantado. Mas creyendo que no conocería ninguno tan poderoso que pudiera servirle contra ella, aceptó el convite; no engañada por sus falsas palabras, sino deseando averiguar los nuevos planes que fraguaba su enemiga. Entre los muchos y variados manjares que sirvieron en aquella succulenta comida, fue tal vez el mejor, un pastel de faisanes. Éste eligió la bruja para echar en él una pócima cuyo descubrimiento le había costado cuatrocientos años de trabajos y que debía producir un sueño de duración indefinida. Pero el hada notó al primer bocado las malvadas intenciones de Currucanda, y observó que los demás no lo comían: para contrarrestar sus perniciosos efectos, disimuladamente tocó con su varita el plato de Gonzalo y el suyo. A pesar de esto, el narcótico era tan potente que los dos fueron sumidos en profundo un profundo sueño. Sueño que aprovechó la bruja para robar a Melinda su fragante manto de claveles.

Llevóselo a su aposento y se dispuso a quemarlo con un fuego encantado encendido por ella con este objeto. Mas cada vez que lo intentaba un soplo de aire entrando por las rendijas de la

cerrada estancia, apagaba las llamas. Furiosa Currucanda y convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, destrozó el manto en mil pedazos y abriendo una ventana esparció las hojas por el aire, rogando al viento que las desparramase.

Todas salieron volando, menos unos cuantos pétalos que empezaron a revolotear por la habitación, cual si un airecillo suave jugase con ellos empujándolos hacia el cuarto donde los Perafindepositaron a Melinda dormida.

—¡Cefirillo! —gritó iracunda la bruja; —¡te conozco! ¡tú me apagaste el fuego!, y ahora no me obedeces y vuelves a poner trabas a mi venganza. ¡Pronto te arrepentirás de tu osadía!

Trazó unos signos cabalísticos en el espacio y de un salto aprisionó al viento, que, al tocarlo con sus largos dedos, apareció visible bajo la figura de un mofletudo chicuelo soplando las hojas; y a viva fuerza encerolo dentro de una de sus tabaqueras de rapé que estaba vacía. Reunió después los pétalos que había en el cuarto y los enterró en el jardín.

La pérfida idea de Currucanda era privar de sus privilegios a su enemiga robándole su manto, manto que no pensaba entregarle jamás. Pero como necesitaba el famoso elixir que le devolviese la juventud perdida y únicamente Melinda conocía las yerbas con que se fabricaba, su intención era despertarla del sueño encantado cuando juzgase conveniente.

Esto (según creía) sólo ella podía hacerlo; pues los demás con seguridad ignoraban cual era el antídoto del narcótico de su invención. Al tener a Melinda indefensa entre sus manos, esperaba engañarla de nuevo; ofreciéndole reunir y darle sus claveles y sacar a Gonzalo de su letargo, a cambio de que le revelase los nombres de las famosas yerbas. Obtenido esto, aun cuando por ser inmortal, sería inútil que atentase contra su vida, pretendía vengarse de ella no cumpliendo su palabra y dejándola impotente, haciéndole pagar caro sus anteriores victorias. No ignoraba que la varita de Melinda, sin el manto no tenía virtud alguna. Por eso no se cuidó de arrebatarla. En cuanto Gonzalo, aún no había decidido la suerte que le reservaba.

El sueño del hada y de su protegido, que dormía en una habitación contigua a la de aquélla, gracias a la precaución de Melinda de tocar los platos con su varita mágica sólo duró tres horas. Al despertarse el hada y notar la falta de su manto, comprendió en

seguida la inicua traición de que había sido objeto. Poco después entraba Gonzalo en su aposento, demostrándole su extrañeza por encontrarse allí. Explicole Melinda lo sucedido, añadiendo:

—Llegó el momento en que puedas probarme tu gratitud, recompensándome de lo que por ti he hecho. ¿Te atreves a ayudarme a recobrar mi manto, si yo sola no lo consigo?

—Aunque esté al fin del mundo os juro devolvéroslo o perecer en la empresa.

Como todavía era de noche y Currucanda segura de la eficacia de su narcótico, no hizo vigilar a sus enemigos, el hada y Gonzalo pudieron escaparse sin ser vistos por una puerta falsa del palacio de Timoteo, huyendo y ocultándose en la casita, donde inquietos por tan larga tardanza aguardaban los honrados Juanes.

## XII EL MANTO DE CLAVELES

Juanita, muy apesadumbrada al oír la nueva infamia de la bruja, instaló a Melinda en la mejor habitación de su casa. Rogó el hada que la dejaran sola con Gonzalo, y asomándose a la ventana entonó con celestial acento el siguiente canto:

Auras, vientos y brisas,  
hijos de Eolo  
devolvedme las flores  
qué triste lloro.  
A Currucanda,  
¿por qué ayudasteis ciegos,  
en su venganza?...

Tan hermosa era la voz que así clamaba que el viento muy variable (como buen amigo de las veletas) sintió lo que había hecho, y para desagrar a la maga, recorrió todo el mundo recogiendo las hojas esparcidas, que iban a precipitarse por la abierta ventana del aposento de Melinda. Ellas mismas, fueron uniéndose y en breves instantes el mágico manto quedó formado. Mas no estaba completo. Dos grandes agujeros abrían sus negras bocas entre el fragante tejido.

—Gonzalo—dijo el hada a nuestro amigo, que absorto contemplaba cuanto sucedía, —al recuperar mi manto recobro parte de mi poder, pero no lo tendré completo hasta que no logre juntar todos los claveles. Uno de los boquetes me será fácil taparlo. Ven conmigo.

Aún no había amanecido y la noche oscura y lluviosa siguió favoreciéndoles para no ser vistos. Saltaron ambos las tapias del jardín del palacio de Timoteo, y al penetrar en él, exclamó el hada:

Claveles queridos,  
llegad, acudid;  
rasgando la tierra,  
venid hasta mí.

Instantáneamente el suelo tembló, surgiendo entre las grietas que se abrieron, los pétalos enterrados por Currucanda, que, al reunirse a sus hermanos del manto, dejaron cubierto uno de los agujeros. Por el camino, al volver hacia su casa, Melinda preguntó a Gonzalo:

—¿Estás dispuesto a traerme las flores que me faltan?... —¡Qué no haré yo por vos, señora! Cuantos trabajos y sufrimientos me estén reservados, me parecerán pequeños.

—Pues entonces...

Interrumpió al hada un dulce murmullo.

—Yo te ayudaré—susurraba en el oído del joven un airecillo suave con olor a mar.—Soy la Brisa, la prometida del Céfiro, al que la infame bruja ha hecho prisionero. Sé dónde se halla lo que buscas, y te conduciré donde está escondido, si me juras libertar a mi prometido.

—Lo juro—respondió Gonzalo con energía.

Apenas estas palabras salieron de sus labios, sintiose llevado por los aires hasta la nación de Curumel, gobernada en aquella época por el feroz gigante Catapul, en cuyo poder cayeron las hojas de claveles que faltaban al manto de Melinda. Y tanto deleitó al monstruo su exquisita fragancia, que las guardó en un armario, para que no se le escapasen.

La Brisa hizo entrar a Gonzalo por la abierta ventana del salón donde estaba dicho mueble, obligándole a esconderse entre las cortinas.

Hasta muy avanzada la noche hubo tertulia en el palacio. A la madrugada, cuando todo quedó en silencio, metiose la Brisa por el agujero de la llave del armario y saltó la cerradura.

Gonzalo, muy contento, recogió sin perder tiempo los pétalos de los claveles; al pretender marcharse oyó una triste voz que le decía:

—¿Tendrás la crueldad de abandonarme aquí?

Después de mucho mirar, distinguió el joven a una salamanquesa, atada en un rinconcito. Sin duda alguna esta era la que se lamentaba.

Como Gonzalo era tan bueno, la sacó para dejarla en libertad. En ese momento despertó un perro enorme que dormía en la estancia, al que el joven no había visto, y hablando lo mismo que la salamanquesa en el lenguaje de los hombres gritó:

—Suelta ese feo bicharraco; es una malvada bruja, y si le da el airé te perderás,

—Es mentira, no le hagas caso, ten piedad de mi

—gimió el animalito.

Compadecido Gonzalo, llevósela con él. Al saltar por la ventana amanecía; y apenas el primer rayo de sol fue a posarse sobre la salamanquesa, trocose ésta en una hermosa joven.

—Soy el hada Mirela—exclamó llena de alegría abrazando con gratitud a su salvador, que absorto la contemplaba. —El gigante Catapul es un poderoso hechicero, y me encantó un día que con pérfidos amaños me hizo caer en sus manos. Hasta que me diese el sol no terminaba mi encantamiento. Por eso me encerró donde jamás llegase a mí. Quiso vengarse por haberme negado a ser su esposa. Ahora robó los pétalos de los claveles que el viento trajo hasta aquí, no para recrearse en su perfume como asegura, sino para obligar a mi amiga Melinda a casarse con él, si se los reclamaba.

—Y por lo visto—respondió Gonzalo—a Catapul lo mismo le da un hada que otra.

—Sí; su afán es alcanzar la inmortalidad; a pesar de su poder mágico no la tiene; y sabe que sólo podrá conseguirla uniéndose

a una de nosotras. Pero... huyamos; su cómplice, el antipático perro, le habrá dado cuenta de nuestra fuga. —Y añadió: —Brisa, amiga mía, ayúdanos...

Más la Brisa que encontró cerca a su primo el mar, estaba jugando con él, rizando sus ondas, y no oyó la súplica de Mirela.

En aquel instante, el gigante acompañado del perro salió de su palacio armado de tremenda cachiporra. Al moverla surgían de ella pequeños palos con garfios de acero en las puntas, tan afilados, que desgarraban sin piedad al desgraciado sobre quien caían. La rabia que dominaba a Catapul, hízole dirigir mal la puntería y nuestros amigos se libraron de la súbita acometida.

La maga, entonces, exclamó levantando su varita:

—¡Reina de las hadas, protégenos!, Truécame en águila batalladora.

La transformación fue instantánea. La hermosa ave, aunque de la misma forma que las demás de su especie, diferenciábase de ellas en que su cuerpo era colorado y de él nacían cuatro alas verdes. Al agitarlas, brotaron de sus plumas torrentes de llamas y multitud de flechas que mataron al gigante y a su cómplice y destruyeron las numerosas huestes acudidas en su defensa.

Sin perder tiempo, en rápido vuelo, llevó el águila a Duaisia a nuestro héroe montado sobre ella; y éste apresurose a entregar su precioso botín a Melinda, cuyo manto quedó completo.

Recobró Mirela su forma natural, y antes de irse quiso dar un abrazo a su amiga Melinda y contarle las aventuras ocurridas.

Gonzalo mientras tanto hizo honor a la comida que le habían preparado sus padres adoptivos y se dispuso a marchar en busca de Currucanda, anhelando poner por obra el plan que empezó a elaborar en complicidad con la Brisa, al dirigirse a Curumel, y cuya invención terminó ayudado por Mirela en su viaje de vuelta.

—Señora—dijo Gonzalo a ésta al despedirse, — nunca olvidaré vuestras bondades y sólo aguardo, para trasladarme al palacio de los Perafín, el obsequio que me habéis prometido.

Tocó el hada con su varita un pañuelo que llevaba el joven en la mano, transformándose en una tabaquera semejante a las que usaba la bruja.

Después exclamó:

—También yo te debo infinita gratitud y te lo demuestro con este regalo, que, siguiendo en todas mis instrucciones, te facilitara el cumplimiento de tus deseos.

El descendiente de los Mombón, muy emocionado, se arrojó a los pies de la hermosa maga, con vivas protestas de profundo reconocimiento. Y separándose de ella y de su madrina, salió con dirección a la morada de sus enemigos, no sin tomar antes unas píldoras fabricadas por Melinda, que poseían la virtud de preservarle del hambre y de la sed, si por algún caso imprevisto se prolongaba su ausencia.

### XIII LAS DOS TABAQUERAS

A la mañana siguiente del famoso banquete, grande fue la estupefacción de la bruja y sus amigos al hallar vacías las habitaciones donde esperaban encontrar profundamente dormidos al hada y a Gonzalo.

—Sin duda me he equivocado en mis cálculos al echar el narcótico—dijo de mal humor Currucanda—y los prisioneros se han escapado. Después de todo, ¡poco importa! Melinda privada de su manto, y no puede llamar en su auxilio la Reina de las hadas, y el heredero de Mombón sin documentos, nada conseguirá contra nosotros.

Y se quedó tan tranquila; por cuanto aquéllos no daban señales de vida.

Al encaminarse Gonzalo al palacio de los Perafínoyó una suave vocecita que le decía:

—Por todas partes te buscaba. Soy la Brisa, acuérdate de tu juramento.

—A tratar de cumplirlo voy, amiga; respondió alegremente el joven.

Llegó éste a la puerta del palacio y llamó con fuertes y repetidos golpes. Iba embozado hasta los ojos en elegante capa de terciopelo azul, y no fue reconocido.

—¿Qué se os ofrece? —le preguntó el portero.

—Necesito con urgencia hablar a la señora Currucanda, Es un asunto reservado y del mayor interés.

Al cabo de unos minutos regresaba el sirviente diciendo:

—¡Pasad adelante!

Después de recorrer múltiples y largos corredores, hicieronle entrar en el aposento donde con las ventanas herméticamente cerradas aguardaba la bruja.

Desaparecieron los criados, y sólo entonces se descubrió Gonzalo de Mombón. El joven, en una rápida ojeada cerciorose de que la caja de rapé, donde según le contó la Brisa, debía estar prisionero Cefirillo, se encontraba en un rincón de la mesa que ocupaba el centro del aposento. Fácil le hubiera sido apoderarse de ella, pero no ignoraba que únicamente la bruja tenía poder para abrirla.

Currucanda, al ver a Gonzalo, instintivamente retrocedió. Aquél sin darle tiempo a llamar, inclinose ante ella fingiendo humildad y cortesía.

—Señora—murmuró vengo a pedir os protección, haciéndoos en cambio un servicio.

—No te comprendo.

—Escuchadme y me entenderéis. De mi antigua protectora impotente en estos instantes, nada puedo esperar...

—¿Y por eso to acuerdas ahora de mí?...

—Tened un poco de paciencia. He sabido que los Reyes de Camerlengo y los de Illopus son tan ingratos, que para emanciparse del dominio que sobre ellos ejercéis han resuelto acogerse al amparo de Melinda, devolviéndole su manto, ayudados por otras hadas amigas de aquélla, cuyo auxilio, siguiendo su consejo, han evocado,

—¿Y quién me prueba que es cierto lo que me cuentas?...

—Ningún trabajo os cuesta convencer os por vos misma de la veracidad de mis afirmaciones. Id al jardín, buscad en el sitio donde enterrasteis algunos pétalos de los mágicos claveles, y no los encontraréis allí. Sinforoso los ha sacado y están en poder de vuestra rival.

—Voy a verlo ¡Desdichado de ti si me engañas!

—Antes de retirar os, señora, tomad está débil muestra de mi aprecio, sé que es vuestra afición predilecta—dijo Gonzalo reteniendo a la bruja y alargándole la tabaquera que le regaló Mirela.

Currucanda apresurse a aceptarla, aspiró fuertemente, con delicia, un polvo de rapé y la dejó en medio de la mesa en tanto corría al jardín para cerciorarse de la buena fe del último de los Mombón. Éste, en cuanto la bruja volvió la espalda, trocó las tabaqueras, colocando la suya en el rincón donde se ostentaba la que era prisión del Céfiro, y ésta en el lugar que la otra ocupaba. En seguida entreabrió una ventana. Momentos después regresaba Currucanda tan furiosa, que ni siquiera se fijó en ello.

—Tenías razón—gruñó al entrar, —los pétalos no se hallan en su sitio.

Quedose en seguida en silencio, sin duda para meditar su venganza, y distraídamente tomó la caja de rapé, dispuesta a sorber de nuevo una porción de su contenido.

Gonzalo se echó a temblar. ¿Notaría el cambio la hechicera?... ¡Perdido estaba si esto ocurría! Por fortuna no fue así. Y apenas destapó la tabaquera, el Céfiro libre ya, salió bramando de su estrecha cárcel.

La rabia, habíalo convertido en terrible huracán. Y levantando a la bruja que gritaba

volando por la ventana, siendo inútiles cuantos esfuerzos hizo ella, por zafarse de sus

garras.

Mas Currucanda, figurándose lo que iba a sucederle, aún tuvo tiempo de coger por un brazo Gonzalo, que fue arrastrado con ella en la inmensidad del espacio, en tanto vociferaba la arpía:

—No te regocijaras de tu victoria, ¡infame!, donde yo vaya, vendrás conmigo.

En vertiginoso vuelo recorrieron diversos lugares y naciones hasta detenerse encima de las enhiestas murallas del famoso *Castillo de Iras no Volverás*.

Allí el antiguo Céfiro, manteniendo a la bruja inmóvil en la altura gruñó iracundo:

—¡Estoy vengado! No harás ya daño a nadie, bien sabes que el que entra en este encantado recinto, jamás logra salir de él.

Y de un empujón dejó caer a la hechicera tras los seculares muros. Fue tan grande el golpe recibido, que Currucanda tuvo que soltar su presa y Gonzalo, que aún no había llegado al suelo, imploró:

—¡Señor Céfiro, recogedme! No seáis ingrato. ¿Olvidáis que me debéis la libertad?...

—Tienes razón—rugió el aire. Y antes de que el joven posara sus pies en el Castillo maldito, lo elevó con fuerza. En aquel momento, distinguió Gonzalo cerca de él la caja de marfil, la fiel guardiana de sus tesoros de familia, de la que tanto le había hablado Melinda, haciéndole de ella tan exactas descripciones, que ni un instante dudó de su identidad. Al verla, el descendiente de los Mombón, rogó al viento que se la alcanzase.

Currucanda oyó la súplica y lanzando una horrible carcajada bramó:

—Al menos, tú tampoco serás dichoso. —Y se abalanzó a recogerla.

Ya iba a poner sobre ella sus inmundas garras, cuando el huracán arreciando en sus furiosos levó tremendos remolinos de tierra que cegaron a la hechicera, y barriendo el suelo de un zarpazo, apoderose de la caja que depositó en manos de su legítimo dueño. El vendaval disminuyó sus violencias y dulcemente fue conducido Gonzalo por los aires, en tanto aullaba iracunda la bruja con la rabia loca de la impotencia.

Prisionera quedaba para siempre en el Castillo encantado donde no existían puertas para salir y cuyos muros se alzarían hasta lo infinito, si alguien que hubiese pisado su suelo, intentase escalarlos o volar fuera de ellos, por arte mágico.

#### XIV LA PIEDRA FATAL

La desaparición de Currucanda causó el mayor asombro a los Soberanos de Illopus y de Camerlengo. Próximo a transcurrir el mes de plazo concedido a Gonzalo sin que éste volviese, creyeron que la bruja andaba persiguiéndole secretamente para impedirle llegar a tiempo. Consecuentes con esta idea, decidieron adelantar la fecha de la boda y casar a toda prisa a Sinforoso con Elvira. Protestó ésta, invocando que el esposo designado no fue el victorioso en las pruebas impuestas. A esto respondieron sus

padres que ellos eran los únicos jueces en la cuestión y que se daban por satisfechos con que hubiese intentado triunfar.

Y Procopio añadió:

—He averiguado que el otro pretendiente a tu mano es indigno de ti; por consiguiente, sólo te resta obedecer.

—Jamás—contestó con firme acento la Princesa. Tan enérgica actitud contrarió vivamente al Rey; y sin perder un instante convocó a los Monarcas de Illopus y a su hijo, los Consejeros de la Corona, ministros del culto y altos dignatarios de la nación.

Cuando estuvieron todos congregados, y en presencia también de la Reina Alonsa y de las dos Princesas, habló así:

—S. A. Elvira se niega a contraer el ventajoso enlace que le proponemos, y en cambio pretende deshonorarnos uniéndose a un aventurero. En consecuencia, he decidido que, o accede inmediatamente casarse con el Príncipe Sinforoso, o firma ahora mismo la renuncia al Trono en favor de su hermana, más digna que ella de ocupar tan alto puesto.

Un murmullo de protesta acogió estas palabras; Procopio comprendió que únicamente la audacia podía salvarle.

Acercose a Elvira y cogiéndola de un brazo violentamente, exclamó:

—¡Elige!

—Mi esposo será Gonzalo de Mombón.

En aquel momento, oyéronse pasos precipitados en la galería contigua y la voz del aludido que gritaba:

—Gracias, Elvira. Aquí estoy ya para ampararte.

Y la arrogante figura del joven apareció en la puerta seguido del hada Melinda.

El estupor fue general.

Gonzalo se adelantó hacia Procopio, que estaba rojo de ira, entregándole la caja de marfil.

—Dentro documentos que me habéis exigido. Perdonadme si he tardado en venir,

pero fui tan lejos que no me ha sido posible llegar antes.

Examinó el Rey los pergaminos, y al observar fijas en él las miradas de los cortesanos, vio que era inútil negar lo que podían comprobar todos; y devolviéndoselos a nuestro héroe, de muy mal talante, refunfuñó:

—Está bien.

Gonzalo los recogió y dirigiéndose a Sinforoso le dijo:

—¡Escúchame!... No solamente Elvira será mi esposa, sino que esta noche marcharemos a Illopus a ocupar el Trono que tus padres me usurparon indignamente.

Estos, furiosos, conteniendo su rabia balbucearon en voz baja:

—¡Currucanda, Currucanda, no nos abandones!

Gonzalo que los oyó echose a reír y continuó:

—No llaméis a la bruja. No acudirá. Sus infamias han sido castigadas y quedó prisionera para siempre en el *Castillo de Iras y no Volverás*.

Confusos y temblorosos, ninguno se atrevió a protestar; y el descendiente de los Mombón, tomando de la mano a Elvira, prosiguió con alegre acento:

—Figa la fiesta! Aquí nada ha sucedido; sólo ha cambiado el novio.

Sinforoso despechado, acercándose a Ildara, le dijo:

—Princesa, ¿queréis casaros conmigo?... —y muy quedo añadió:

—¡Nos vengaremos!

—Acepto—respondió la Infanta.

Terminadas las dos bodas, Gonzalo exclamó:

—Conde Timoteo de Perafín: no os molestéis en volver a Illopus, el verdadero Soberano, como lo demuestran estos documentos, soy yo, y, por consiguiente, no os dejen entrar en el reino. Os enviaré

cuantos objetos os pertenezcan, más conviene que vayáis pensando en donde fijáis vuestra residencia, pues mi esposa, que, al casarse, entra en posesión de la corona de Camerlengo, heredada de su madre, no consentirá que habitéis en sus dominios. Un mes de plazo os concedemos; transcurrido ese tiempo, regresaremos a Duáisia. Buenas noches, señores —Y sin dignarse ni aun mirar a sus enemigos, salió acompañado por Elvira y por Melinda, y seguido de todos los cortesanos que aclamaban los gentiles desposados como sus legítimos Monarcas. En la puerta aguardaba una magnífica carroza, en la que esperaban Juan y Juanita. Subieron a ella nuestros tres amigos, y al galope corrieron los caballos con dirección a Illopus.

Solos quedaron en el salón del Trono, los Perafín, Procopio, Alonsa y su hija. Pasados los primeros momentos de estupor, rugió el ex. Soberano de Camerlengo:

—¡Nos han vencido! ... Y probablemente, aunque a nosotros nada nos han dicho, dentro de un mes, nos echaran de aquí como a siervos... ¿Vamos consentirlo?... ¡No! y; ¡no!... Ildara, hija mía, tú y Sinforoso, seréis los Reyes de Camerlengo... Conde de Perafín, vos, lo seguiréis siendo de Illopus. Escuchad el plan que he concebido. Conozco un atajo por el que puede irse a Illopus a caballo acortando camino.

Ahora mismo mandaré ensillar los seis mejores que tengo en la cuadra y llegaremos al vecino reino antes que el heredero de Mombón y sus satélites. Nos apostamos en el lugar que yo os designe en el bosque; detenemos el coche; los matamos a todos, y después robamos a Gonzalo sus documentos, para que no puedan identificarlo, si las fieras no se encargan de borrar el rastro de nuestro crimen. ¿Qué os parece?...

—Magnífico—contestaron a una aquellos desalmados. Alonsa objetó:

—Pero... ¿y el hada?...

—¿Melinda?... Seguramente no va con ellos. Habrá marchado delante para prevenir a los ministros, a los palaciegos y al pueblo, y prepararles una recepción triunfal—respondió Timoteo.

Muy pronto, como se proponían, salieron los infames conjurados de Camerlengo, bien provistos de víveres. A causa de lo avanzado de la hora, viéronles únicamente los palafreneros, y Procopio les dijo que iban a hacer una pequeña excursión fuera de la capital. Cuando al otro día echaron pie a tierra en la selva, la noche había cerrado tan obscura que era difícil orientarse. Procopio a tientas iba buscando el sendero que conducía al sitio que deseaba. Seguíanle los demás. Las espigas y los abrojos desgarraban sus trajes y arañaban sus carnes, pero ellos sin detenerse continuaban la marcha. De repente, sin explicarse cómo, Procopio cayó al suelo e igual percance ocurrió a los cinco conjurados restantes.

—¡Equivoqué el camino! —gritó aterrado el primero.

—Estamos sobre la piedra maldita—agregó Timoteo.

Para colmo de males, oyeron el repiqueteo de alegres cascabeles y vieron asomar por una senda vecina, la luz de unas farolas. Sin duda el hada obligó a los caballos correr vertiginosamente y el carruaje llegaba mucho antes de lo que creían sus enemigos. Detúvose la carroza cerca de ellos. Melinda, iba dentro en contra de lo que esperaban los Perafín. Gonzalo no tardó en reconocerlos

a la luz de las linternas, y en seguida comprendió el diabólico plan fraguado.

La maga lo había previsto y fue la que les hizo perderse en el bosque. Al aproximarse a ellos exclamó indignada:

—Quisisteis atacar a los buenos y sólo hallasteis vuestro castigo cayendo en la piedra maldita por Currucanda. Impotente ésta, la piedra y vosotros desapareceréis para siempre.

Y sin hacer caso de las lágrimas y gemidos de los miserables, tocó con su varita la losa fatal, que se hundió arrastrando tras ella a los culpables, en unión de las antipáticas lechuzas y del árbol que las cobijaba.

Elvira, como era tan buena, lloró amargamente la pérdida de su padre. Melinda para consolarla, le dijo que había ido a parar a los dominios de un duende amigo suyo, y que, si se arrepentía de sus faltas, acaso lo volviese a ver algún día.

Inmenso fue el gozo del pueblo de Illopus al saber que los odiados Soberanos ya no existían, y que tomaba posesión del Trono de sus antepasados, un descendiente de los Mombón, tan noble y generoso como todos los de su ilustre dinastía.

Más de un mes duraron los públicos regocijos con que se celebró tan fausto acontecimiento.

Gonzalo llevó Palacio a los antiguos leñadores, que le habían servido de padres; disminuyó los impuestos; revocó las órdenes injustas del Conde Timoteo de Perafíny, en una palabra, en Illopus renació la perdida ventura.

Cuando terminaron las fiestas, el hada Melinda expuso a Elvira:

—Pronto habrán transcurrido trescientos veinte años desde la última vez que se regó mi manto. Tiempo es que me ayudes a fabricar el mágico líquido que renueva su lozanía. Marcho a Camerlengo a buscar las yerbas necesarias y pasado mañana volveré.

A su regreso, hizo Elvira lo que su protectora le pedía y cuando acabó, abrazando a la maga le dijo:

—Señora, ni Gonzalo ni yo encontramos modo de pagar vuestros beneficios. Como prueba de gratitud, he decidido renunciar a la corona de Camerlengo en favor vuestro. Mis súbditos, estarán encantados de tener por Reina a un hada tan hermosa y tan buena, y así vos misma podéis confeccionar vuestro elixir, sin temor a

que algún día ocupe el Trono de mi país un Soberano perverso y se niegue a hacerlo.

Melinda conmovida, no quería aceptar tan espléndido regalo. Pero con tanto cariño insistieron ambos jóvenes, que al fin accedió, poniendo por condición que mientras ellos existieran, seguirían reinando en Camerlengo.

Gonzalo y Elvira, vivieron largos años muy felices, protegidos siempre por Melinda y adorados por sus vasallos. Sus hijos heredaron sus virtudes y perpetuaron la noble dinastía de los Mombón.

¿Existió el tiempo dichoso,  
en que de un hada el poder,  
amparando al virtuoso  
lograba al malo vencer?...

No, mis lindos lectorcitos.  
Mas seguid del bien en pos;  
que, si las hadas son mitos,  
existe inmutable Dios.

Dios, que de ternura lleno  
otorga vida y salud,  
Dios que protege al que es bueno  
y que premia la virtud.



